

BOLETÍN

DE LA

ACADEMIA ARGENTINA

DE LETRAS

TOMO IX. — N° 35

Julio-septiembre de 1941



BUENOS AIRES

1941

BOLETÍN DE LA ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

Director : Académico ARTURO MARASSO

Redactores : Académicos RAFAEL ALBERTO ARRIETA, ÁLVARO MELIÁN
LAFINUR, CARLOS OBLIGADO Y ELEUTERIO F. TISCORNIA

SUMARIO

<i>Discurso de don Roberto F. Giusti en la recepción de don Enrique Banchs</i>	385
<i>Discurso de don Enrique Banchs</i>	395
<i>Discurso de don Carlos Ibarguren en la sesión en honor de don José María Pemán</i>	419
<i>Discurso de don José María Pemán</i>	427
ARRIETA, RAFAEL ALBERTO, <i>Contribución al estudio de Esteban Echeverría</i>	437
ECHAGÜE, JUAN PABLO, <i>El amor en la literatura. Edgar Poe y Virginia Clemm</i>	473
MALARET, AUGUSTO, <i>Diccionario de Americanismos. Suplemento. (Continuación)</i>	501
KREBS, ERNESTO, « <i>El Cortesano</i> » de Castiglione en España. <i>Del Caballero y la Dama. III. Las armas</i>	517
TOVAR Y R., ENRIQUE D., <i>Hacia el gran diccionario de la lengua española. (Continuación)</i>	545
Acuérdos	579
Noticias	591

SUBSCRIPCIÓN

Anual (4 números) \$ ^m/_n 3.00
Número suelto..... » 1.00

Dirección y Administración : MÉXICO 564

BOLETÍN
DE LA
ACADEMIA ARGENTINA DE LETRAS

TOMO IX

JULIO-SEPTIEMBRE DE 1941

Nº 35

DISCURSO DE DON ROBERTO F. GIUSTI

EN LA RECEPCIÓN DE DON ENRIQUE BANCHS

..

La Academia, justamente orgullosa de los poetas que cuenta en su seno, recibe hoy a otro lírico ilustre, a quien debe agradecer, desde su incorporación, una activa colaboración en sus trabajos.

La historia literaria, posiblemente toda la historia, está hecha de negaciones. Cada generación, y en estos días apresurados, cada promoción, procura hacer lo contrario de la generación precedente, con éxito o sin él. El movimiento de la historia es un juego de reacciones, de afirmaciones y repulsiones sucesivas. Las vanguardias juveniles, motoras del progreso humano, arrojan al polvo y pisotean irreverentes cuanto ayer fué adorado en los altares. Solamente la posteridad hace justicia en su hora a unos y a otros, fijando valores, sino definitivos, que no los hay en punto a juicios estéticos, sí bastantes para determinar las coordenadas de la historia.

Enrique Banchs, hombre joven todavía, dejó cumplida hace treinta años la obra poética que le ha ganado un nombre continental. Después de él, en la poesía de lengua española han corrido ríos de versos, han surgido algunos líricos

..

admirables, han amanecido y anochecido escuelas y cenáculos, de los epígonos del modernismo se ha saltado al futurismo, al ultraísmo, al surrealismo, a las diversas resurrecciones del barroco, a la poesía deshumanizada, o bien a la vernacular; han sido derribados fetiches y roídos altos pedestales; pero contra los muros del laborioso y callado retiro donde el poeta de *El Cascabel del Halcón* y *La Urna* se ha encerrado voluntariamente, no ha golpeado hasta ahora ningún grito hostil, ni siquiera en horas de batalla y rebeldía desmelenada; y cuando se le vió dispuesto a volver a mezclarse entre quienes nos afanamos por dignificar y valorizar la labor literaria, un coro jubiloso acogió al hermano demasiado tiempo ausente.

Banchs fué cronológicamente la primera gran revelación de la poesía argentina del siglo. Apareció en un período de transición que podía confundirse con el cansancio. La vieja guardia postromántica, cuyas dos más altas figuras vivientes eran las de Carlos Guido Spano y Rafael Obligado, había acabado su obra. También había cesado el fugaz hervor de la generación modernista, cuya ala derecha, la parnasiana, tenía su docto Quirón en Leopoldo Díaz, nuestro venerado colega. Leopoldo Lugones, aunque parecía una imponente realidad, era entonces apenas la promesa de la obra múltiple y copiosa que sembraría luego en treinta años incansables a todos los vientos del espíritu. Su talento caprichoso iba probando instrumentos diferentes: ya lo había hecho con el órgano polifónico, con los clarines y las trompas, con la flauta y el caramillo, hasta con el xilófono clownesco, en el *Himno a la luna*, anticipación del *Lunario Sentimental*. Estábamos en 1907. En la estela trazada por los modernistas, una barca joven echaba los remos al mar. Cantaba, ambiciosa:

Todo lo que es promesa mi flanco hinchado lleva...
¡ Gloria al esfuerzo virgen ! ¡ Paso a la barca nueva !

Y el poeta de veinte años que la empujaba a la aventura,
comentaba ufano :

Y agitando en los flancos trescientos remos de oro,
Abrió ruta en el lomo del viejo mar sonoro.

Sonaba la voz de este muchacho, diferente de las escuchadas hasta entonces. Si le faltaba firmeza, tenía un particularísimo encanto. Entre mis escasas adivinaciones cuento la de haber percibido de inmediato, y proclamado, la anunciación que ese libro significaba. No juzguemos ahora sus galas usadas por el tiempo, antaño de moda, ni sus explicables balbuceos. Estamos hablando de un libro compuesto por un adolescente. Acaso porque me vuelve a mi inaprisionable juventud — cuando favorecido por el primer descubridor, el escritor Alfredo Bianchi, con la lectura del original, sentí el deslumbramiento de algo nuevo en nuestra literatura —, aseguro que a mí *Las Barcas*, el libro inicial del poeta, me habla todavía por momentos desde sus páginas de marfil, en un lenguaje no gastado, con un repiqueteo de campanita aldeana oída en la madrugada.

¡ Ah, señores ! ¡ qué dicha inenarrable la de asistir al milagro de un nacimiento poético ! Es un sentimiento de pasmo y felicidad estética tal « che intender non lo puó chi non lo prova ». Desde ese instante de iluminación, la esperanza se atreve a columbrar todo el ciclo de la metamorfosis del nuevo espíritu alado.

Leopoldo Lugones, generoso rabadomante de no vistas y frescas linfas poéticas, confirmó al año siguiente, cuando

Enrique Banchs publicó el *Libro de los Elogios*, la sentencia del aprendiz de crítico : al fin había encontrado la poesía argentina al poeta lírico que le faltaba, lírico en la más estricta acepción del vocablo. Banchs iba proyectando su mundo poético, una visión de ensueño, pura y asombrada, gozosamente infantil, de las cosas. Era la vida cantada en su expresión múltiple de una sola realidad esencial, en la cual hundió sus raíces el alma. El poeta acaricia las cosas suavemente, remirándolas a la luz de su fantasía. Todo cuanto existe es bello, todo es santo, todo es glorioso. Pero nada más hermoso que contemplar la propia intimidad, en donde se refleja el mundo y sus combates. El adolescente se había lanzado al mar sonoro y tempestuoso, si con la canción en los labios, armado de un hacha. Tenía la ilusión de su tiempo, creía en la misión social del poeta. *El Cascabel del Halcón* desnudará sus preferencias. Su mundo no es el de los hombres, sino el de la fantasía y la intimidad. Antes se movió con pasos serenos entre las cosas familiares, acariciándolas con manos lentas ; ahora lo hará entre los fantasmas del pasado, surgidos para él de los viejos poemas dilectos de ambos mesteres, el juglaresco y el clerical, y de los cancioneros y romanceros. Los *lieder* que hicieron la gloria de los románticos alemanes, germinados en la copla folklórica hasta alcanzar la plena madurez en el arte sabio de Heine, encuentran su digna correspondencia latina en muchas baladas, romances y canciones de la primera parte de *El Cascabel del Halcón*. Había precedentes, por supuesto, en la literatura romántica española y en la contemporánea ; sin embargo el acento que toman en Enrique Banchs tales resurrecciones del pasado es único e inconfundible en la poesía de nuestra lengua. No ha sido un imitador, sino el creador de un estilo de sutil sabor añejo,

en el cual han bebido muchos continuadores. Lo demás del libro admirable, que señala una fecha en la poesía argentina, es un buceo del poeta en su corazón, indiferente ya al clamor de los hombres. En adelante no expresará el dolor universal, sino su vario dolor, que es también un modo de dar vida duradera a aquél, cuando el que sufre es el corazón de un poeta rebosante de profunda humanidad, que alcanza la universalidad a fuerza de apurar las esencias de lo individual. Una atmósfera densa de misterio y tragedia, apenas rota por algún vuelo del alma hacia el azul en persecución del pájaro de la alegría y la dicha, se cierne sobre la segunda parte de *El Cascabel del Halcón*. No obstante, rara vez la angustia escalofría la voz del poeta; él ha tomado ya partido en la vida y una serena resignación hace dulce su tristeza.

Más placentera que el comercio de los hombres es la comunicación con la naturaleza. Hace muchos años — Banchs lo habrá olvidado, pero yo no — paseando juntos una tarde de primavera, él me explicaba con la honesta sencillez que pone en todas sus razones, cómo no necesitaba ser rico ni poderoso para gozar de parques y jardines, pues todos los de Palermo le pertenecían. ¿Qué otros goces podrían haberle ofrecido siendo suyos en propiedad? Su alma se anegaba en ellos. ¿Qué más podía pedirles?

En *Las Barcas* había invocado:

Madre naturaleza, madre fecunda y sana,
yo quisiera ser árbol.

Así, como el árbol, se ha sentido el poeta ligado a la vida universal por secretas raíces. Esta comunión con las cosas, este sentimiento cósmico, natural en los verdaderos poetas, esta difusión o disolución de la personalidad individual en el

Todo, patentes en sus cuatro libros, han sido expresados por él de diferente modo en imágenes de rara intensidad.

Es un lugar común de la crítica aconsejar a los escritores, el descubrimiento de su íntima personalidad. Banchs no ha necesitado del consejo. Paso a paso, en brevísimos años completó ese magnífico descubrimiento. Si había partido a la aventura, perplejo todavía sobre el rumbo que debía tomar, pronto hizo del propio yo el solo motivo de su canto. Sondando en su corazón, cuya disección me guardaré muy bien de hacer aquí, pues sería una vivisección impertinente, descubrió la materia de los sonetos de *La Urna*, donde el ensueño y la realidad, la esperanza y el desaliento, el recuerdo nostálgico y las nuevas ilusiones entablan un diálogo interior cuya complicada lógica afectiva un día ya lejano intenté destrenzar. Libro de perfecta madurez, encierra algunas de las joyas más puras de la lírica hispanoamericana, trabajadas con insuperable esmero. En él se continuaba con espíritu y acentos modernos, la tradición insigne del soneto, petrarquesca o shekspiriana; en él revivía la musa de Garcilaso, de Cetina y de Herrera, armoniosamente modelada la forma esbelta sobre el pensamiento ondulante y sinuoso.

Eran además *El Cascabel del Halcón* y *La Urna*, dos lecciones de probidad artística. En días de facilidad irresponsable nacían de la conjunción de una inspiración leve y alada y de un arte severo formado en el ahincado estudio de los más nobles modelos. Las imitaciones voluntarias de los poetas medievales contenidas en el primero eran como ejercicios para hacerse la mano. El poeta superó esa labor, transmutando las sutiles esencias poéticas ajenas en sustancia del propio corazón.

Desde la publicación de *La Urna*, Enrique Banchs se hizo

cada vez más avaro de sus versos, hasta encerrarse en un desconcertante retraimiento, por cierto ni hosco ni amargado, sino realidad valiente del « vivir quiero conmigo », íntima aspiración del sabio que ha medido las vanidades de este mundo. Qué filosofía lo ha llevado a tal conformidad con una existencia oscura y laboriosa, no he ido yo a preguntárselo indiscretamente, pues pienso que la suprema justificación del sabio que se aparta del mundanal ruido es el silencio desdeñoso. Negaría él su clara resolución si se prodigara en explicaciones y justificaciones, que son otras tantas vanidades. No me es difícil no obstante intuirlos a través de su obra poética, cuya sinceridad es abonada por su conducta. Y también os será fácil percibirla, creo, en las líneas y entre-líneas de su discurso, que todos aguardamos con impaciencia.

Fidelísimo cumplidor del deber allí donde es exigido por sus obligaciones de funcionario, de periodista, de escritor, de amigo y de hombre, alterna las horas libres entre estudiosas y meditativas vigili-as y las faenas rústicas, que lo devuelven, en un rincón de nuestro delta hecho frutecer por sus propias manos, a esa naturaleza tan hondamente sentida y cantada en sus versos.

Hay en nuestro colega sin embargo, una conciencia tan vigilante y despierta, que aunque él haya dicho en días lejanos, cuando solamente escuchaba la voz de su pecho afligido :

¿ Qué me importan las negras muchedumbres
el tropel de las leyes y costumbres
y el gran rumor de mar de todo el mundo ?

no es ni podría ser extraño a las inquietudes y aspiraciones humanas. Que así es nuestra alma, múltiple y contradictoria. Así es la vida, tiránica y cautivadora. Ni el monje en

su claustro ni el asceta en su ermita pueden desasirse enteramente de ella.

Un latido frecuente he escuchado en su poesía y en su obra en prosa, esta última casi siempre escondida en el anónimo, latido que no es del corazón egoístamente recogido, sino el de un poeta argentino, consciente de la suerte común que nos liga a todos los hombres de esta tierra. Esa palpitación tuvo una expresión elocuente en los mismos días en que el poeta publicó *La Urna*, en la *Oda a los padres de la patria*, canto de alabanza y gratitud a las multitudes anónimas que hicieron la patria con su brazo y su esfuerzo, cruzando y acercando distancias, rayando con el alambrado la pampa abierta y salvaje, redimiendo el suelo yermo con el agua sacada de la entraña de la tierra, enllantando la rueda, abriendo caminos, plantando árboles, multiplicándose en los mil afanes que reclama el vivir, derribando barreras artificiales entre los pueblos, civilizándolos, organizándolos, juntándolos en un solo haz, embelleciéndoles al fin la existencia con el libro y la poesía. Frente a los prometidos destinos de la Argentina, confesó :

Mi individual dolor se desvanece
como hoja seca en selva que florece...

Digna émula de la *Oda a los ganados y a las mieses* orquesta la de Enrique Banchs el tema conductor con un raudal riquísimo de imágenes originales, ya robustas, ya graciosas, y se cierra con un majestuoso final, de indiscutible belleza. Circula por el poema un cálido amor a la vida, hecho de tierno interés por todas las cosas, y más si humildes. Lo alienta un firmísimo sentimiento del deber y del esfuerzo austero.

Para nuestro colega la palabra Deber suena más alta que ninguna otra. Lo que le pide a la patria :

Tu fuerza ensamble toda
en deber cotidiano

se lo ha exigido siempre a sí mismo. Tempranamente descubrió que la Obra vale más que el Triunfo. Tal ha sido la ley de su vida. Y también descubrió que la Obra vale más que la Palabra. Temió de ésta los espejismos, temió el poder corruptor, temió la frecuente doblez, creyó ver o vió su impotencia ante el mal, y le prefirió el silencio. Pero no en vano el destino hizo nacer a sus privilegiados para servir al Espíritu. Y al Espíritu nunca se le sirve mejor que por medio del verbo. Afirma Eugenio Burnouf que *palabra* y *luz* son vocablos idénticos en la primitiva lengua sagrada. Bien veréis en seguida, señores, que el adolescente de *Las Barcas*, soñador de empresas heroicas, no ha podido desobedecer a su sino. Sospecho que si la Academia tuviera en su fuero la facultad de allanarle el domicilio a su ilustre miembro, descubriría en algún cofre celosamente oculto, muchos collares de áureas palabras, trabajadas con amor de orfebre en un silencio raramente violado. No podemos forzarlo a que nos entregue su tesoro, pero veréis en cambio cómo nos confiesa su devoción a las palabras con que los antiguos expresaban las imperecederas creaciones de su espíritu — mitos, alegorías poéticas, metafísica, moral —, y todo porque en ellas la vida era pensada según normas de insuperada pureza y rectitud. Infero de aquí que principalmente el insatisfecho anhelo de perfección y el mareo y la náusea que produce la vomiclinglería de la feria literaria, han hecho parco de palabras a nuestro colega. Pero si enmudecen los mejores ¿que será del

mundo? ¿qué de nosotros? Esta civilización uniformada y mecánica que sólo sabe pesar cantidades, si no está irremediablemente destinada a perecer aplastada bajo su técnica inhumana y mortífera y el belicismo ferino, no podrá salvarse sino por el Espíritu, creador de valores cualitativos. Somos muchos los pesimistas desesperados que, sin embargo, luchamos todavía por lo que ya no esperamos. Quizás porque tenemos fe en la eternidad del Espíritu. Invito a Enrique Banchs, admirable poeta argentino, mente universal de humanista moderno, a no desmayar en la defensa de la causa eterna de Ormuzd contra Ahrimán y en seguir sirviéndola con su canto.

DISCURSO DE DON ENRIQUE BANCHS

Nunca, de mi voluntad, habríâ procurado esta ocasión de hablaros, sólo grata, para vosotros, porque ha demostrado que la generosidad y el afecto pueden dictar las palabras eximias recién dichas por el señor Académico doctor Giusti y realizar con arte delicado el frágil milagro de crear el mérito ajeno y de creer en él. El acto que hoy me enaltece fué dispuesto por esta asamblea de mis mejores, a quienes agradezco el honor que para mí comporta.

Este honor y el otro, el que ha comprendido que mi parte en la labor de la doctísima corporación no parecería tan débil ni tan sin norma como por sí sola lo es, si la amparase y la inspirara el nombre de Olegario Andrade. Séame ejemplo, aunque siempre distante de alcanzar, esa su voz magnánima que puso en el tono mayor y en el orden marcial del poema un tumulto de voces que proclamaban el afán de señalar un camino a la patria. Momento de esperanzas informes e impulsivas, en que era preciso que alguien profiriese el canto a Prometeo. Andrade asumió el deber de proferirlo y con él unió su pueblo a un coro secular.

Y fué íntegramente sincero en la sinceridad de una función que exigía el acento arrebatado y el vocablo titánico. Pues su grandilocuencia no era deliberada proeza de muscu-

latura lírica, sino un deber y un rito, que cumplía sin mirar a su alrededor, como aquellos sacerdotes romanos a quienes acompañaba la constante admonición del heraldo : « Haz lo que haces ». El alma entera y ensimismada en lo que hacía. Y a su alrededor todo prolongaba un vibrar de himno en bóveda de corazón, no en filtro de razón. La resonancia de su estrofa en el ambiente fiel era parte de ella en medida tan grande que si hoy de su canto a Prometeo, y quizá de los poemas todos de Andrade, sólo vemos como cualidad primera la majestuosa arquitectura verbal es porque nos falta, no ya, prez insigne, su espíritu de bardo, o siquiera su actitud, sino la actitud religiosa de los oyentes del bardo. Pero nuestros ídolos son los mismos : palabras.

Algún temprano día sacude la vida de todo hombre culto una tempestad que rompe, a un tiempo, en apóstrofe iracundo y en oráculo redentor. Es su inevitable canto a Prometeo, su necesaria y fatal rebeldía contra las fuerzas injustas que no comprende y con las que ya ha tropezado su debilidad. Efímera borrasca en el puerto o estremecimiento cósmico, según los alientos de la voz que la exprese, esa tempestad pasa siempre, sin que nadie advierta cuándo y empieza entonces a insinuarse la persuasión del hermano de Prometeo, el reflexivo y prudente Epimeteo, a quien nadie ha cantado, y que ya por siempre susurrará clandestinamente en nosotros.

Pasa, sin duda, sin que nadie lo advierta, pero queda en pie una imponente ciudad de palabras en la que desde entonces viven los hombres cultos, gobernados por ecos grandiosos, acaso palabras ellos mismos, pues son títulos, nombres, dignidades, que preceden o suplantán al genuino, intrínseco y propio valor de personas.

En esta ciudad fantasmal sólo se puede esperar una ventura cierta: que las apariencias sean desinteresadamente bellas. Y he aquí que los poetas crean la única disculpa de tanto ilusorio monumento construyendo las más pulcras y duraderas de esas augustas fábricas vacías.

Muchos, y quizás ellos mismos, pasan la vida entera transitando por las magníficas calles verbales y acordando sus actitudes con las columnatas sonoras. Pero algunos escuchan el silencio y despiertan. Quieren ver qué hay detrás de la magnificencia de las palabras. Comprenden que las más bellas pueden ser las naves más ligeras y espléndidas del error y del mal, como lo fueron en ejemplos incomparablemente próceres. El exámetro homérico celebra la perfidia y la mendacidad de Odiseo. La elocuencia soberbia de Cicerón sirve lo mismo para la austeridad de *De Officiis* y para la defensa claudicante de Celio; la de Demóstenes está cerca de las acciones de sus antepasados para encomiarlas y lejos para repetirlas. Saben que sólo en las palabras el bien y el mal se encuentran, no en el fecundo conflicto de los contrarios, de Heráclito, sino en conciliada y solidaria convivencia. Y ven también que hay quienes desiertan como ellos, se fingen sonámbulos y siguen cantando a Prometeo, mientras se educan en Odiseo.

Alrededor de esa ciudad verbal, como los campos sin confines alrededor de las ciudades de piedra, está la inmensa y silenciosa masa anónima de los que ignoran las tragedias intelectuales porque no tienen palabras superfluas para expresarlas, de los que no cantan porque son ellos mismos menudos, cotidianos y oscuros Prometeos encadenados, porque son en sí mismos tenebroso poema, épodo implacable. Inmensa, silenciosa masa anónima que sólo sabe de los demás

cuando una mano extraña cae sobre alguno de los suyos, como la de Polifemo entre los nautas agolpados en el fondo del antro, para condenarlo en nombre de palabras cuyo sentido las víctimas no conocen.

¿Cuáles son las actitudes posibles del hombre culto cuando ha llegado a creer, o a sospechar siquiera, que esa cultura, trama y orden de su vida, es un edificio de palabras y que, por consiguiente, él mismo es un resultado del arte de obedecerlas, un dócil, sumiso y obligado alumno de la expresión de conceptos que encuentra hechos e irremediabilmente valorizados?

Acaso se une al múltiple coro de los que con educado delirio de elocuencia elaboran oráculos y derroteros ideales, sin paralelo con la realidad y que no resignados a nivelarse con las simples verdades útiles piden sin cesar a su fantasía y a su facundia nuevas y personales fórmulas augurales. Y así proliferan doctrinas y teorías convocadas por orgullo intelectual, no por angustia del corazón; y así con estos inventores de derroteros, vendedores de humo, como los llamaron los romanos, tanto más crece la confusión cuanto más crece el uso experto y ágil de las palabras que prometen disiparla.

O acaso se refugia en un hosco y desolado silencio de amargura sin fe, continuamente consciente de la muerte, convencido como Tiresias, el adivino de los ojos muertos, de que nada es más doloroso que saber, cuando saber es inútil. O se abandona al blando silencio de la indiferencia, continuamente vigilante de su apacibilidad, y se encoge de hombros, como Sócrates ante la astronomía, que no es, decía, asunto que interese a las cosas humanas. Todo lo prometeano será ya para él materia uraniana, materia de un cielo que nada

importa, no por inaccesible, sino porque no vale la pena entrar en él; pues sabe que la redención y la libertad de los dones más alados de Prometeo, sólo han de ser una sustitución de palabras y que, abatida el águila solitaria del mito, continuará el mismo tormento, inferido por copiosa y mezquina prole de aguiluchos.

Con esos silencios elude la respuesta clara y desnuda que su conciencia le reclama; pero adormece su conciencia enriqueciendo en torre de marfil una cultura pasiva que muere con el individuo; entregándose a los libros, el más dulce de los lotos, la más decorosa de las Circes, que parecen librar de las pasiones porque son ellos mismos una pasión narcotizada y hasta llega a creer que ya está dando aquella respuesta porque en esa quietud del estudio su espíritu se serena y se decanta: naturalmente, porque el agua estancada refleja mejor el cielo.

No podrían, esos hombres, ser útiles a los demás sin mezclarse con ellos y acompañarlos en turbamulta bajo los estandartes de los errores prestigiosos, de las convenciones, más imperiosas que las evidencias, de los nombres venerables invocados por igual para contrarias causas, como el de Apolo, en Delfos manumisor de esclavos y en Delos protector del mercado de esclavos.

Es verosímil que en el dominio utilitario lo que es bueno para la colmena sea bueno para la abeja, pero en el dominio intelectual y en el afectivo, hay un áspero divorcio de calidades: las más acendradas verdades personales pueden ser errores transportados a lo social y los errores más paladinos pueden ser, socialmente, verdades fecundas. Un divorcio entre lo ideal y lo pragmático. Ninguna idea pasa del individuo a lo social sin que se deforme; ninguna idea pasa de lo

social al individuo sin que deforme al individuo. En uno y otro caso, la víctima es el espíritu. Y esto, espíritu, es lo que quiere ofrecer, para salir de sí mismo, el hombre culto. Siempre ha de perder, y cuando no pierda ni sufra, será porque no ha dado espíritu, sino ingenio. Cada vez que quiera abandonar el ocio del puerto deberá impetrar el favor de los vientos sacrificando lo más íntimo y lo más amado de sí mismo, nunca seguro de que el fruto de la empresa lejana ha de ser más puro que esa virginal Ifigenia inmolada en su alma.

Y los que no callan, los que se adelantan y profieren en la plaza las voces de la cultura, ved que son poco más que el coro de la tragedia antigua, que ni estorba el crimen ni auxilia la empresa generosa. Relata y vaticina, comenta y lamenta, pero no se mueve. Y así son, aquéllos, heraldos o jueces lejanos de los protagonistas reales, nunca protagonistas, porque no les concede acción y emoción profundas una cultura que en su lado científico sabe más de lo que comprende y en su lado humanista es, sobre todo, o prolija disección erudita o taracea retórica.

Y entended que no menoscabo al hombre de ciencia que, al ofrendarse íntegra, voluntaria y desinteresadamente a una labor, es, por su actitud moral, pilar de una esperanza más firme que la que promete su obra, pues ésta nos da el bien y en medida igual los medios de destruirlo, como las dos gotas de sangre de Gorgona, una de las cuales daba la vida y la otra, la muerte.

Hombre de ciencia paradigmático es el Pitágoras de la leyenda, que concilia la acerada rigidez de la matemática con un profundo fervor ético y en cuya exhaustiva medida de lo concreto levanta vuelo la fantasía creadora, como la de aquella

su teoría que pone la estructura, la diferenciación de la materia y el orden, en fin, del mundo, en la armonía numérica. Teoría que es, dicha en exaltada lengua heroica — como lo dijo después Lucrecio en grave idioma reflexivo — la de los átomos de la ciencia moderna que sabe, como él lo intuyó, que el mismo equilibrio, la misma ley, igual solemnidad y obediencia igual, presiden y penetran la procesión gloriosa de los astros y el escondido coro de las partículas sutilísimas.

De ley más inequívoca y, no obstante, menos determinada que el de la ciencia, es el otro aspecto de nuestra cultura que llamamos humanista, cuyas ideas son siempre fronterizas con sentimientos y que suponemos de limpio abolengo grecolatino. Hay lugares por demás poblados durante siglos en los que densos sedimentos de detritos cubren el verdadero suelo telúrico. De esa falsa tierra levantan sus habitantes el cotidiano sustento y lo creen don de la madre común; inspiran las emanaciones de los estratos residuales y lo creen el hálito vivificante y prístino de la naturaleza.

De parecida manera creemos vivir sobre la tierra nutriz de la cultura grecorromana porque repetimos sus invocaciones otrora sagradas y contemplamos sus formas todavía augustas. Y aquéllas son palabras revestidas, por innúmeras generaciones que no las crearon, de pesado manto de pensamiento espúreo y formas son éstas que ya no alcanzan al cielo el símbolo que era su razón de ser. Cultura que conserva su nombre originario como conservaba el de su stirpe divina el desventurado Edipo y se llamaba a sí mismo vano simulacro del aire, sombra subterránea, sueño fugitivo. Pues sin embargo de sus proporciones grandiosas — porque siempre más grandes son las sombras que las realidades, — falta a esta cultura que como la tierra falsa de que os dije nos da un ali-

mento artificioso, aquel *timōs* griego que era fuerza espiritual ingénita, naturaleza activa, corazón, ánimo, aliento, impulso vital.

Pero esa esencia de cultura perdura, aunque esté hoy adormecida, ahogada, reprimida, por apariencias de cultura.

Perdonadme este insistente vituperio de nuestro tiempo. En cambio, muy luego, y por eso mismo, os daréis razón para preguntaros si no soy, yo también, un vendedor de derroteros. ¿Por qué no he de serlo? Pertenezco a todas las clases de hombres cultos e incultos de que os he hablado, si bien, huésped intranquilo en todas ellas, ninguna puede tenerme por suyo. Comparto en todas sus yerros y sus afares; uno entre muchos, vierto con los demás la misma agua lustral delante de ídolos provisorios y prefiero, al aislamiento en el acierto, la solidaridad en la prueba común.

Recordad, no obstante, que es obligada costumbre de quien quiere ver más brillante una esperanza, entenebrecer el tiempo presente, como es la negrura de la noche condición suprema del esplendor de Selene. No aflige ver el inmediato futuro erizado de monstruos terroríficos, como el escudo de Heracles, cuando se sabe que detrás del escudo avanza la magnanimidad heracleana.

Ya hay una esperanza cuando se considera que esta convocatoria de amargados testigos que son nuestras lamentaciones del tiempo presente, está muy lejos de ser universalmente representativa. Enorme es el número de los seres humanos que nada saben de los problemas, los conflictos y las angustias que afligen a los que difunden y acogen las palabras. Entregados serenamente a las tareas y a las creencias seculares, ven seguro el camino. Son el fondo del mar, pesado y tranquilo, con profundos senos en los que quizá no

penetra la lumbre sideral, pero que poseen delicadas fosforescencias propias. No llegan hasta él las tormentas de la superficie. E importa decir que ese vasto elemento humano, guiado por una sensatez elemental, está en todas las clases y no es el vulgo, que también está en todas las clases. Difieren cabalmente porque el primero ignora lo que sabe, mientras que el vulgo sabe en todo lo que ignora.

Signo cabal de nuestro tiempo es el imperio de lo superfluo. Reemplaza con más variadas, amenas y suntuosas apariencias a lo naturalmente necesario, lo elemental y lo cardinal. La sustitución es perfecta al punto de que podemos prescindir, como prescindimos, de lo indispensable, merced a la abundancia de los sustitutos que han creado una apetencia, ya natural, para las cosas artificiales. En nada es esta cómoda usurpación de lo superfluo tan insidiosamente nefasta como en el dominio moral donde la fuerza sobria y reposada del sentimiento ha sido sustituida por los espasmos del sentimentalismo.

Por virtud de esa misma proclividad, en el dominio público una muchedumbre de leyes superfluas sustituyen las castigadas normas y los mandatos labrados por la experiencia. Esas leyes, que así como se agolpan se rechazan, son fenómenos de precaria historicidad que estorban la depurada y segura fluencia de la historia. Cuando tales leyes escritas alcanzan dimensiones excesivas de toda órbita y prolijidad tan ubicua y exigente que no hay nada que no puedan reprimir, tampoco hay nada que no puedan justificar. No son entonces instrumento ni amparo de igualdad. La acción cívica no tiene otra mira que la de empuñar el timón de las leyes porque con él se está entre los justificados y, sin él, entre los reprimidos.

Las otras leyes, las no escritas, las que gobiernan nuestra conciencia con disciplina ancestralmente adquirida, son incorruptibles. No hay para ellas distinción de hombres sino de valores. Son las que ponen en los labios de Eurípides estas palabras: « un esclavo, si es honrado, sólo de nombre es esclavo ». No fundan regímenes políticos que siempre, en la perspectiva histórica, son minorías en detrimento y disgregación del todo; antes bien, los anulan bajo sus signos de universal y perdurable comprensión. Hijas de la ineluctable Necesidad, aquéllas son que invoca Antígona, piadosa y heroica y que arman de lanzas su piedad y su heroísmo: « Nuñca creí, — dice al tirano que le impide el deber de cubrir el cadáver fraterno con un velo de tierra natal, — nunca creí que fuesen tus edictos superiores a las inmutables leyes no escritas de los dioses, puesto que tú no eres más que un mortal. Y no es de hoy ni de ayer que son inmutables: eterno es su imperio y no hay memoria de su origen ». Es la permanente ley no explícita que ha hecho a todos conciudadanos, dice Platón, y añade: la otra, tirano de los hombres, viola muchas veces a la naturaleza.

El discernimiento intuitivo, no la definición, el respeto espontáneo de esas leyes primordiales, de esos imperativos que vienen de muy lejos, acendrándose en la calidad de los actos y no en las sutilezas del pensamiento, es, ciertamente, lo que constituye el fondo de la cultura. Y cuanto de ello se aparte, aunque se arrogue para sí solo el nombre de cultura, porque asume exquisitas formas de arte y apretadas tramas de dialéctica, ha de vivir, ya en el susto de que como los grandes árboles de la fábula de Esopo, está criando ramas para cabo de las hachas que habrán de derribarlo, ya en un desasosiego que es, sin duda, el ansia aún no orientada de reco-

brar la perdida simplicidad, una sorda nostalgia, un melancólico anhelo del regreso a la patria del espíritu.

Situada en tiempo y espacio, esa patria, en cuanto nos es más visible y más evocable, está en Grecia y en Roma, que son a su vez momentos y lugares culminantes de un pasado también nuestro, de una herencia viviente transmitida en no interrumpida continuidad. Fuentes hoy soterradas y nunca extinguidas de alientos de vida perfectible, más que de motivos de contemplación de obra perfecta. Una nos dará la medida armoniosa y la otra la fuerza, como si dijéramos, la prudencia de Eneas y el arrojo de Héctor, o como aquel doble consulado de ejemplar equilibrio en que Fabio era el escudo y Marcelo, la espada.

Ambas se perpetúan sólo en flor de literatura mas ésta también habrá de reflorcer con renovado vigor, no ya como orfebrería de erudito, sino como lozanía de árbol nutrido por la buena tierra de los sentimientos moralmente fundamentales. Y a su tiempo se dará en galas de más limpia gracia, después del arte sobrio producido por un vivir severo, como fué primero el rudo golpear de broqueles de un Tirteo y después el *decorum* y el *pulchrum* de un Horacio.

Nuestro credo cristiano tiene, aún en lo poco en que hoy nos penetra, virtud tan íntimamente vital, porque no interrumpe esa perennidad. Hacia él confluyeron, por Grècia y por Roma, remotísimas corrientes de sentimiento, revueltas y turbias al principio, torrentes despeñándose entre los instintos, y al fin claras y reposadas como los grandes ríos que se abren en dilatados estuarios al llegar al mar sin confines.

Por eso, si en el tropel promiscuo de pasiones insumisas que son en su origen las deidades paganas se divisa algún

orden y algún ritmo, son éstos, ciertamente, los de una constante disciplina de purificación que las conduce a identificarse con una suprema unidad. Llega el día en que aun la dorada Afrodita del amor sensual es para el filósofo la Afrodita urania que inspira la apetencia de las celestiales verdades; y en la hora vespéral del helenismo la obscura Isis anuncia la alborada que todavía ilumina con estos sus epítetos acrisolados: reina y señora, gracia y amor, diadema de vida, estrella del mar.

¿Quién es Zeus tempestuoso? « Quienquiera que seas, impenetrable al pensamiento, necesidad de la naturaleza o espíritu de los mortales »... exclama otra voz antigua, la de quien ve caer, como ménadas fatigadas, las múltiples formas incoherentes en torno de una sola Esencia perdurable; y durante siglos se levantan cada vez más las miradas que distinguen la sombra ubicua de una sola mano que ampara por igual lo diminuto y lo inmenso, aquella Mano que entre polvareda de orbes acude a vestir el lirio del campo.

Sin duda este credo nuestro tuvo expresiones propias de antes no conocida sublimidad; pero nada hay en él, aunque sólo lo viérais con los ojos, en las formas de su liturgia, nada que no tenga su simiente más allá de la historia, nada cuyo origen esté en un tiempo o en un hombre. Hereda, custodia y acendra un espíritu que siempre existió; el espíritu del santo temor sin el cual no hay valor para la justicia; el de la veneración de lo venerable, tantas veces empañado y conturbado por las cosas humanas con nubes tanto más densas cuanto más transitorias y más vanas son esas cosas. Espíritu que impera sin la panoplia del poderío y que rinde la fuerza ante la virtud, como el haz del lictor delante de la vestal.

Volver a esas antiguas fuentes vitales es seguramente empresa regresiva si se entiende que el transcurso del tiempo significa progreso y si se entiende que la moderna multitud de argucias para vivir significa vitalidad. Mas decid si hay idea actual realmente conductora de hombres o de instituciones que no esté en su pura substancia y también casi siempre en su expresión más íntegra e irreductible en el pensamiento griego, que muchas cosas dijo que son hoy, todavía, demasiado prematuras.

Muy distante estoy de admitir que aquellos siglos de inigualada exaltación de las potencias humanas lo fueron también de general exaltación de la virtud y que son las blancas columnatas que imaginamos por las reliquias de sus monumentos, tan conciliadas con la serenidad del cielo azul. Fueron también insondables en el mal. Como la tierra de Ática dieron, con vigor semejante, el generoso olivo y la cizaña ávida. Con vigor semejante, importa decirlo, para distinguir la actitud antigua del mal de la actitud moderna, porfiada y hábil para practicarlo, pero más para disimularlo y disculparlo.

Pues aun el mal y el vicio pueden ser adulterados, empequeñecidos y envilecidos sin que se atenúen su perversidad y su abyección. Y pueden arrastrar cierta sombra de dignidad, alentar cierto porte leonino, que están en su viril sinceridad de adelantarse como enemigos descubiertos. Es la de Etéocles, de Tebas, que en vez de justificar el despotismo, exclama: reine en todo la equidad, menos para mi tiranía, porque es bella y quiero poseerla. Es la del crimen soberbio que responde a las acusaciones terribles arrojando en el mismo foro que las oyó la cabeza y las manos de Cicerón. Y en medio de la solemne veneración a la fe jurada en que se con-

cierta todo el mundo antiguo, es la de la voz desnuda y segura que proclama : — Quebrantad todo tratado, si hubiere provecho para la ciudad.

Por muy fértil y lujuriente que se nos brinde la selva de los ejemplos nuevos, no es posible imaginar un vicio cívico que no tenga su prototipo cabal y más experto y más extremado desde el acmé ático hasta las postrimerías del período helenístico, denso de aluviones bárbaros. La concusión en el magistrado, la traición en el estratega, la exacción en el publicano, el lucro con lo propio y la prodigalidad con lo ajeno en el legislador, la conquista del servilismo de la plebe mediante el servilismo a la plebe, el fraude en la mano sacerdotal que arranca las vísceras augurales, todo encontraréis en una pertinaz rapsodia de infamia.

Pero sobre ese fondo tenebroso surgen doquiera las figuras apolíneas excelsas por el honor, por la verdad o por la belleza. Otras veces la historia fué grande, nunca en tal paralela armonía de las facultades del carácter y de la mente. Fiel imagen de la coexistencia y de la diferencia de aquellas dos razas se da en la geografía de Platón que ve en el universo superpuestos mundos habitados por seres de desigual perfección. Éste, el del suelo que hollamos, superior al del seno del mar como lo es el del seno del mar al del Tártaro sin estrellas, es, no obstante, morada de las formas groseras, de la materia corruptible y de los sentidos torpes. Hay sobre él otro más puro, cuyo aire es el éter, habitado por hombres más justos, que perciben la presencia real de los dioses y en las cosas, los emblemas ; tierra sutil de formas exactísimas, cuyos colores son tan diáfanos y luminosos que a su lado parecerían míseros simulacros nuestros oros y nuestras púrpuras. La entrevemos en la absoluta nitidez de las gemas, en

el zafiro, la amatista y la esmeralda, que no son sino fragmentos de su materia caídos, como entrevemos a veces partículas errantes de su alma en un gesto, una mirada, una palabra de amor, que tienen un fugaz destello de piedra preciosa.

Dos mundos, como véis, coexistentes, uno etéreo, otro inmerso en la materia, distintos entonces y después contráidos y acercados en una frontera de mediocridad nebulosa y ambigua por otros tiempos, sin bastante perversión para destruirse, sin grandeza suficiente para redimirse.

Sin duda esos dos mundos perduran con pesados movimientos de larva en nuestros espíritus. Está en nosotros latente la natural simplicidad de virtudes elementales, que no es preciso aprender a conocerlas, sino acaso despojarse de mucho de lo aprendido, para reconocerlas. Como nociones innatas, sabemos qué son, sin necesidad de saber cómo son; antes bien, la definición prolija corroe su energía. Accesibles por igual a todos, son por ello ecuménica promesa de unión entre los hombres. Tienen todas el perentorio sello apodíctico del precepto de los estoicos: « Sé justo, porque es tu deber ». Y nada más. Pues si se examina, como en la exasperante dialéctica socrática, qué es la justicia y qué es el deber, por mucho que gane la agilidad del intelecto, ha de perder no poco la hegemonía de la justicia y del deber. El análisis más agudo no dará la firmeza con que Iolaos, de Eurípides, decía: « Es cierto para mí que el hombre justo ha nacido para el bien de los demás. Esto lo sé y no me lo han enseñado solamente las palabras ».

Sólo móviles morales primarios, es decir, en su pureza pristina y tal como están insitos en cada uno, pueden establecer signos de concordia, por encima de razas, de condicio-

nes y de sistemas sociales, que son los que fijan a cualquier lema diversos e inconciliables sentidos. — Decoro insigne es morir con valor, — dice un personaje de la tragedia antigua. Y el coro responde fríamente : — Sí, pero los felices no lo creen. — He aquí que unos por felices, otros por infortunados, unos por su cultura y otros por su incultura no pueden congregarse en un templo común, ni, dispersos, hablar un mismo idioma cuyas raíces madres todos poseen.

Pero hubo un tiempo en que esos comunes móviles naturales lo fueron como tales en esas sus tres condiciones porque surtían de un fondo humano. Vedlos, aunque sólo fuere en sus proyecciones en el orden cívico : la democracia y la oligarquía eran fuerzas naturales que, mutuamente necesarias, pugnaban por la ecuanimidad de un mismo cuerpo. Ya en el siglo tercero antes de nuestra era, democracia y oligarquía pierden su asiento en los sentimientos, dejan de ser funciones de la realidad y sólo sus nombres comienzan a amparar intereses locales y de transitorios grupos políticos. Hay así, desde entonces, tantas democracias y tantas oligarquías cuantos son los intereses que las invocan, a veces con forzado heroísmo. Ambas se repelen como si fueran realidades vivientes. En los altares levantados en Tebas sobre las tumbas de los hermanos fratricidas, las llamas y el humo de los sacrificios se tendían hacia opuestos lados proclamando con furiosa imagen de vida el odio irreconciliable de dos cadáveres. Como esas llamas sobre las tumbas, sobre la democracia y la oligarquía se agita un rencor póstumo en un combate póstumo.

Vivían todavía, eran todavía espontáneas y necesarias, cuando Alejandro de Macedonia soñó con una confederación de los pueblos civilizados y la cifró en una palabra hoy como ayer condición cardinal para realizarla : homonoia, que es

decir, concordia, comunión de los corazones, armonía de los sentimientos. Sin esa homonoia, — cuyo emblema romano renace en nuestro escudo, — toda otra unión será vana, y entre todas perecedera la que se asiente en los intereses materiales, pues ésta sólo vive cuanto dura el provecho y como el ganado trashumante, se aleja del prado que pierde verdor. Vana y perecedera cualquiera que fuere el poderío con que se la quiera imponer, porque, rotas las Termópilas del suelo, se levantarán más recias y más augustas las inquebrantables Termópilas de las almas.

¿No son Grecia y Roma, una y otra, de monolítica unidad en su proyección en la historia? Y, sin embargo, ningún país hubo más repartido y fragmentado y diverso que Grecia, geográfica, étnica, política y económicamente; y ningún país congregó en tierra más exigua mayor número de razas distintas como Roma en sus orígenes.

Pero entonces, los hombres todos, y asociado a los hombres todo lo viviente, gravitaban alrededor del fuego del hogar, como los planetas alrededor del fuego solar. Vaga intuición de concordia universal, nación, anficiónía, ciudad, demos y tribu, gente y familia miraban todas la diminuta llama del altar doméstico, desde ámbitos cada vez más vastos, como los cuerpos celestes en sus dilatadas órbitas no cesan de volverse hacia un centro común. Individualismo y solidaridad son hoy términos contrapuestos y he aquí que el dividido mundo antiguo era fundamentalmente solidario porque concurría a asegurar un derecho individual; todo él convergía a proteger al hombre que en su función suprema se inclinaba ante el altar del antepasado.

Eran la llama del altar, vida perpetua y las almas de los hombres, leños para alimentarla. Si moría, cenizas de sepul-

cro eran sus cenizas porque aunque siguieran viviendo quienes debieron custodiarla, en vano vivían, sin nada del pasado que velar y nada que confiar al futuro. Y esas miriadas de llamas que ardían aisladas sobre piedras aisladas, constituían ciertamente pacto y acto de unidad humana y debían de ser, ante ojos que ven más que los nuestros, una sola hoguera y una sola plegaria.

Esto que tan profundamente unía era un acto superior a necesidad y utilidad materiales, libre de toda coerción que no emanara del propio arbitrio; en suma, deber puro. Tan verdadero es aquello que afirma que sólo vale el derecho del espíritu y que la sed de libertad no es de los sentidos, sino de los sentimientos. Todos los derechos civiles de la plebe romana, ostensibles en la ensoberbecida autoridad de sus tribunos, poco importaban si se le negaba el derecho inmanente de sentir como todos y de cumplir un deber del espíritu. Lo dice la encendida arenga de Tiberio Graco al pueblo cuyos hijos morían por la grandeza de Roma: « Les mienten sus generales, los engañan cuando los exhortan a combatir por sus tumbas y por sus dioses domésticos pues no hay entre todos ellos uno solo que tenga altar paterno ni tumba de antepasado. Los llaman señores del mundo y no hay un palmo de tierra que les pertenezca ».

Palabras siempre vivientes y acusadoras allí donde en la hora del peligro se quiera convocar a todos en nombre de un sentimiento si éste no fué primero, en sus derechos, patrimonio de todos.

El paladio que algún día nos congregue deberá tener, como la llama del ara, sentido y atributos espirituales que, desprendidos de transitorias contingencias, guíen estelarmente la conducta individual y la conducta social. El acto devoto

que la mantenía encendida era, ante todo, un deber y bien sabéis que no hay nada estable ni orientado si no se funda en un deber trascendente impuesto ineludiblemente por la propia voluntad. Exaltaba como ninguna otra función humana, la dignidad de la persona. ¿Cómo no habría cada uno de respetar a su semejante que investía como él un carácter sagrado al perpetuar el culto del antepasado erigido en numen?... Dignidad del ser humano cuyo menosprecio es siempre signo de rabajamiento social y que ya siglos antes de nuestra era, Ennio, el poeta semejante, dice Quintiliano, a un bosque de ercinas seculares, tenía por uno de los cuatro cimientos de una sociedad por la justicia gobernada. Dignidad que es en tal grado indivisible bien de la especie, que, vilipendiada en uno, el vilipendio alcanza a todos y daña a la entera ciudad moral, como la ciudad imaginada por Solón dejaba de ser perfecta cuando uno sólo de sus habitantes no sufría como suya la injuria inferida a los demás. Dignidad que prueba su ley cuando asaltada por el tumulto de las pasiones y de los intereses, mantiene en incommovible asamblea de serenidad las facultades del carácter, como los senadores romanos silenciosos, impávidos, inmóviles en sus sillas de marfil en medio del furor de las hordas de Breno.

Dije que a ese culto del antepasado era asociada la naturaleza toda y no sólo con las materiales ofrendas de la harina frumentaria, la sal, el agua y la miel. Alienta el mundo antiguo una comunión sin fronteras con la naturaleza, toda ella viviente, un contacto como el de Anteo con el suelo. No la veía, al modo nuestro, por su belleza sin espíritu, ni por sus magnitudes abrumadoras, ni por sus ganados y sus mieses, sino en una relación tan íntima con el hombre como la que expresó en esta síntesis prodigiosa: Naturaleza, fecunda en héroes.

Aiax la invoca unida con su raza : « Oh, mi generación, manantiales, ríos y llanuras troyanas ». Pericles llama por testigos de su juramento a la tierra, las fuentes, los ríos y los mares. Acompaña el sentimiento y el pensamiento, grande, ya lo visteis, como los mares, o pequeña como el ramo de verbenas, la flor silvestre que azulaba el valle natal, que los soldados tesalios, cuando lejos de su tierra, se ceñían a la frente para que su perfume les diese el sueño de hallarse todavía entre los seres amados.

No sé si la superfluidad de tantas costumbres y palabras, y en los actos la falta de economía, — en el terso sentido primero de este vocablo, — no vienen de ser tan somera y tan desdeñosa nuestra compañía con los grandes árboles y con el silencio de los campos bajo las constelaciones ; pero estoy seguro de que es noble lección la de la naturaleza en esa su energía creadora, dilecta de la meditación de Cicerón, cuando la solicita el trabajo del hombre. Esta inspiración educadora de la naturaleza, más arraigada que su estimación utilitaria, la tuvo el romano — Numa la sanciona y Virgilio la corona, — y la tuvo el griego, que por boca del ilustre Filopémeno declara que no hay lucro más justo que el que sigue al arado ni más cierta garantía de tranquilidad. Pues el que vive del trabajo del suelo no necesita codiciar el bien ajeno, y si necesita la paz para recoger los lentos frutos rurales. El laborioso amor a la naturaleza, a la manera antigua, señala uno de los caminos que busca nuestra atormentada ansia de paz.

Uno de los caminos, nada más, porque nos enseñan otros, con exactos ejemplos, los dos pueblos progenitores, otros para la paz de afuera, entre las naciones, y para la paz de adentro. La primera no debe angustiarnos mientras la segunda no nos angustie. Pues no hay país vencido por otro que

no esté de antemano vencido por sí mismo, que no haya fraguado él mismo las causas de su derrota, que no haya sufrido los últimos combates de los pequeños pueblos intestinos. que son las clases, los partidos y los grupos de intereses, que no esté ya desligado y olvidado de aquel ayer organizador que buscaba instituciones para los ciudadanos y que no se vea ya falto de ciudadanos para las instituciones.

Paz interior que descansa en la justicia, decimos todos, justicia que a su vez, descansa no en la igualdad, sino en otra paz interior, netamente moral, que está en la calidad de los espíritus y que se proyecta socialmente en una desigualdad organizada de tal suerte que a grados más altos son inherentes deberes más graves y más cortos derechos y vida más ceñida al bien ajeno. Es decir, una desigualdad tan inversa y contraria a la actual que dejaría en el fondo, para la multitud, los privilegios groseros y los bienes materiales y exigiría la disciplina más castigada e inclemente en las cumbres de la jerarquía.

Contra esa desigualdad ideal en que cada uno habría de tener su lugar señalado según la calidad de su conciencia y de su saber, dos vicios conspiran : la desmedida sed de riqueza y el inescrupuloso halago del vulgo. Ambos en el remoto pasado ardientemente condenados, hoy justificados y aun enaltecidos hasta que parezca el primero patrón de energía individual y razón de vida y el segundo empresa fervorosa de justicia. Esta adulación del vulgo no es siempre demagógica, aunque en la demagogia encuentra su más cómodo teatro. Menos ostensible y más peligrosa es cuando halaga lo que hay de índole inferior en las clases encumbradas, que tienen en sus manos los medios y los atributos rectores.

Tal avidez de lucro fué siempre en la Grecia clarísima tes-

timonio seguro de inferioridad como en aquel terminante dilema de Platón : « Si Asclepios era hijo de un dios, no podía codiciar el dinero ; si lo codiciaba, nada tenía de divino ». Y es Platón, también, quien veda al arconte de la ciudad mejor el contacto con el oro y con la plata y que se detenga siquiera en morada que guarde los codiciados metales. « Ésa será su salvación y la salvación de la ciudad », dice, como si presintiera que después de haber aventado el poderío inmenso del persa, Grecia desmayaría en suntuosa miseria bajo el peso de las joyas del vencido. Como si ya entreviese la ruina sin dignidad de Esparta, irremediable cuando, como dice Plutarco, la arrastraba un amor desenfrenado por la riqueza y a todo ponía por debajo de ella.

Mérito y honor de la voluntaria pobreza, no de la otra que, huésped espectral, viene en pareja compañía con la indolencia, la ineptitud y la prodigalidad sin tino ; y vituperio, no de la riqueza que concurre al bien común, sino de la otra, la que pesa en los asuntos públicos, que deslumbra y confunde la sana opinión, y que el individuo erige en norte único de su vida, vida en verdad nunca propia porque nunca segura de sí se la estima por lo postizo de la fortuna o por lo genuino de las cualidades. Tenga éste por dirigidas a él las palabras de Electra : « Nada engañó tanto a tu inteligencia, como el creer que eras algo merced a tus riquezas. Pero éstas nada son porque nos han sido dadas por breve tiempo. Se van y sólo queda el carácter ». Estas palabras y también las de Iolaos : « Imaginamos que el que prospera sabe todo, pero es engaño creer que la riqueza da saber ».

Aquellas dos causas de enfermedad cívica engendrabanse mutuamente : la riqueza para captar el favor de la multitud y el favor de la multitud para captar la riqueza. Más de una

vez los hechos dieron la prevista respuesta a la aprensión de Catón que no temía el reparto de la tierra pública sino la recompensa que habrían de pedir más tarde los que con esa prodigalidad cebaban al pueblo.

No háy angustia de la antigüedad que no comprendamos ahora ni mal de nuestro tiempo que no pueda ser humillado por la presencia de una antigua virtud, como tampoco ninguno de éstos que a cada instante llaman problemas complejos, frutos aparentes de una compleja civilización, que no pueda ser condenado a pronta, franca y final solución cuando se lo confronta con los más simples e inmemorables términos del bien y del mal, lo justo y lo injusto, lo noble y lo innoble. El vivir agolpado que llevamos borra la rigurosa nitidez de esos términos morales, pero es la más definida función humana la de distinguir sus limpios perfiles.

Pues si es maravilla de la vida que produzca lo bueno y lo malo, como Ática la miel y la cicuta, en equilibradas medidas y repartidos en engañosas apariencias, como si no quisiera que lo primero sea pábulo de una desmesurada esperanza de perfección, ni lleve lo otro a un desolado desaliento, es también privilegiada y sustantiva cualidad humana la la distinguir una u otra bajo las semejantes apariencias, la de ver bajo lo configurado lo congenial, la de escoger entre la profusa y liviana belleza de la corona de rosas del convivio y la belleza enjuta y recta de la solitaria azucena de la meditación.

Pero esa fuerte aptitud ingénita de elección necesita educarse en arte agudo con el delicado auxilio de las Musas.

Porque de áspero trato es la virtud, desgreñado el saber, tropezadora la conducta y faltos los tres de sentido de convivencia si no los temple y afina una familiaridad, no excesiva

con las Musas. Ellas les insinuarán discreta proporción, según el grave modo dorio o el modo lidio ligero. Dejarán adivinar en la solidez del peñasco la posibilidad alada de la estatua, despojarán de altanería la austeridad, darán a lo digno de ser amado la gracia de lo amable, coronarán con el laurel de la gratitud y la memoria las obras nobles y los sacrificios y traerán a nosotros, del helado páramo de toda grandeza, las grandes lecciones.

Después de otro favor más alto, invoco para esta preclara corporación que se digna acogerme, el favor incorruptible de las hijas musicales de Nemosina, bellas aún en el caos teogónico de Hesíodo, quien sólo para ellas tiene nombres serenos : las hermanas unánimes de corazón tranquilo.

DISCURSO DE DON CARLOS IBARGUREN

EN LA SESIÓN EN HONOR DE DON JOSÉ MARÍA PEMÁN

Señores :

La Academia Argentina de Letras recibe complacida la visita del ilustre poeta don José María Pemán. Le hemos invitado a que nos honre con su asistencia a esta sesión no sólo porque es uno de los más eminentes escritores de España, sino también porque como miembro de la Real Academia Española, su presencia entre nosotros, trayéndonos con su palabra prestigiosa y elocuente un cordial saludo de sus colegas, significa el comienzo de relaciones que, de seguro, se intensificarán en el porvenir y darán lugar a una fecunda colaboración entre ambas entidades. Esa colaboración es necesaria. El idioma en América hispana, y sobre todo en la Argentina, se desarrolla, evoluciona y sufre cambios con una rapidez y amplitud muchísimo mayor que el habla de la madre patria, en la que los factores de transformación actúan con lentitud, mientras que aquí fuerzas múltiples gravitan con intensidad, apuradamente, en el desenvolvimiento idiomático, sea para enriquecerlo o sea para enturbiarlo con barbarismos de toda índole. Tal fenómeno es muy frecuente y

generalizado en los países jóvenes y de inmigración ; en éstos el pueblo, que es la fuente de donde manan las esencias del idioma, recibe las corrientes verbales más heterogéneas que penetran en lo hondo de la masa popular, se entrecocan con acentos cosmopolitas y balbuceos políglotos como en la Torre de Babel, se propagan cual malezas en sembradío y pugnan por imponerse afeando a nuestra lengua. El manantial cristalino ensúciase así de tal suerte que si no veláramos por su pureza se convertiría en corriente fangosa y estéril. Esta labor de vigilancia y de limpieza nos está deparada a las Academias, como también la de aceptar y filtrar las expresiones nuevas que enriquezcan el idioma sin viciarlo. Debemos contar, para cumplir plenamente tan fundamental tarea, con la cooperación de la Real Academia Española ; así lograremos dar más esplendor a nuestra común cultura y estrechar en forma continua y permanente los preciosos vínculos espirituales que nos unen con España.

Nuestro ilustre huésped representa en la literatura y en el actual pensamiento de su patria un valor notable y auténtico. Poeta, es heredero directo de los clásicos del siglo de oro en cuyos versos habla la vieja y eterna alma hispana ; escritor, interpreta vigorosamente los anhelos de la España que hoy se siente próxima a sí misma después de dos siglos de haberse apartado de la gloriosa senda de su historia y de su destino ; orador exímio, que el público porteño en estos días aplaude entusiasmado, su elocuencia, como la de Donoso Cortés y la de Castelar, no se apaga cuando la voz calla sino que continuará encendiendo el corazón e iluminando la mente de los que lo oyeron y de los que más tarde leyeren sus discursos.

En las obras de Pemán el espíritu español vibra, se estremece y clama sus ansias e inquietudes como :

arroyo baldío
que, por la peña desierta,
va desatado y bravío.
¡ Mientras se despeña el río
se está secando la huerta !

Y exaltado, describe a ese espíritu, con sus divinos impulsos y sus arrebatados anhelos siempre insatisfechos, por boca de San Francisco Javier en *El Divino Impaciente* :

Soy luz y barro del suelo,
puestos en perpetua guerra.
Soy un poquito de tierra
que tiene afanes de cielo.
Tan pronto la tierra toco
como al cielo me levanto :
No hay necio más vano y loco
que yo, que aspirando a tanto
he conseguido tan poco.

España, en el drama *Cuando las Cortes de Cádiz*, es definida así por uno de los personajes :

Que tiene esta Nación
tan extraña condición
y suertes tan extremosas,
que siempre acierta en las cosas
que están fuera de razón.
Suele este pueblo al azar
en lo leve fracasar
y en lo grande ser fecundo.
Sabe descubrir un mundo,
No lo sabe administrar.

Ni la mayor fantasía
profetizar osaría
lo que el porvenir encierra
para esta nación que es tierra
de milagro y lotería.

El orgullo español, tan peculiar y típico, imbuído de dignidad e independencia para la persona y su vida interior — tan celosísimo de la honra, como lo dice el verso de Calderón : « Al Rey la vida y la hacienda — se ha de dar ; pero el honor — es patrimonio del alma — y el alma sólo es de Dios », — ese orgullo magnífico, está grabado en este verso de Pemán :

¡ Con la Reina de Castilla,
que es tan polvo como yo !
Y se engaña si supone
que porque manda en España
de mi conciencia dispone...

Una de las características espirituales de España, la de los santos y de los místicos, es el llamamiento a la muerte, al « placer de morir » invocado con unción por Santa Teresa y repetido con frecuencia en la literatura castellana, como éxtasis de un misticismo sediento de infinito y de eternidad ; ello está proclamado en la conocida poesía del siglo xv, recordada por Cervantes en el *Quijote* y glosada por Lope de Vega, Calderón, Montemayor y Moreto : « Ven muerte tan escondida — Sin que te sienta venir, — Porque el placer de morir — no me torne o dar la vida » —, esa atracción filosófica por la muerte que hizo exclamar a Juan de Mariana : « ¡ Tú eres el límite entre el tiempo y la eternidad, la inmensidad y el espacio, lo finito y lo infinito, lo accidental y lo

absoluto ; desata de una vez para siempre los lazos que me unen al tiempo y al espacio ! », esa tan honda característica espiritual española está admirablemente fijada por Pemán en estos hermosísimos y profundos versos de su poema dramático *Cisneros* :

El que no sabe morir
mientras vive, es vano loco :
morir cada hora su poco
es el modo de vivir.
Vivir es apercibir
el alma para tener
la vida muerta al placer
y muerta al mundo, de suerte
que cuando venga la muerte
le quede poco que hacer.
Igual que el sol hay que ser
que, con su llama encendida,
va acabando y renaciendo,
de tantas muertes tejiendo
la corona de su vida.
Por eso busco el sufrir
para, como el sol, decir
que de la muerte recibo
nueva vida, y que si vivo,
vivo de tanto morir.

No es posible en un breve discurso examinar y analizar el ideario de don José María Pemán. Anotaré solamente uno de sus conceptos substanciales, los que si son bien españoles y aplicados a su patria, tienen valor universal, porque la compleja psicología hispana ofrece en muchos aspectos un horizonte y una amplitud de universalidad. España guarda en su vida esencias medievales que afloran en ciertos momentos históricos cual luces que súbitamente brillan, se

apagan y se encienden de nuevo, como para señalar el camino que se creyó perdido.

Pemán al referirse a la evolución de la historia afirma que hay dos tipos y dos estilos fundamentales de épocas históricas: el tipo y estilo Edad Media y el tipo y estilo Renacimiento; el primero es creador y orgánico, el segundo es edad de dispersión brillante de las energías acumuladas por aquél. Estamos — observa — en el polo opuesto de todas las palabras frías y grises con que hasta ayer se nos anunciaba la nueva era y la nueva cultura: laicismo, escepticismo, razón, tolerancia. « Nada hay ya racionalista ni laico. Todo es divino o satánicamente religioso. La razón dió sus últimas flores y está seca. Ninguno de los estímulos utilitarios y prácticos que pueden formar el repertorio mental de una generación positivista puede explicar suficientemente el furor heroico de estos días ». « Empezamos — agrega Pemán — a estar otra vez en plena Edad Media, época dura, angulosa y violenta; época de problemas y luchas elementales, en que me temo que la mitad de nuestra bella y armoniosa cultura no nos va a servir para nada. Temo que en las veredas y en los caminos habrá que hacer ahora mucho más que en las bibliotecas ». Y con verbo lleno de fervor religioso Pemán proclama que en estos tiempos debe hablarse a las masas no citando doctrinas de economía política, ni tesis de derecho público, ni programas del partido tal o de la política cual, sino con tonos duros, antiguos y olvidados, con tonos de víspera de cruzada. Y enfrentar valientemente a las peripecias heroicas y maravillosas.

En estos tiempos oscuros y tormentosos en que parece que concluyera, después de varios siglos, la « Edad Renacimiento » y que un soplo medieval agitara a los pueblos,

España, que al iniciarse el presente cataclismo mundial ha sufrido tanto y se ha desangrado y que, al decir de Pemán, ella es un poco « Edad Media continuada », debe resurgir gloriosamente con su antiguo estilo de milicia religiosa, disciplinada y jerárquica, para cumplir su misión histórica que, no dudo, estará inspirada en el humanismo cristiano como base social y política de solidaridad y de paz entre los hombres.

Señor Pemán : en nombre de la Academia Argentina de Letras os doy la bienvenida al recibir vuestra visita, que nos honra y nos complace.

DISCURSO DE DON JOSÉ MARIA PEMÁN

Recibo y agradezco emocionado el saludo que, con palabras tan amables, me dirige vuestro presidente ; yo lo transmitiré a la Real Academia Española, pero antes de que a ella llegue; yo os adelanto el saludo de ella.

La Real Academia Española, suprimida en Madrid por el Gobierno revolucionario, renacía casi al mismo tiempo en Burgos, por un decreto del Generalísimo Franco, con los académicos que estábamos en aquella zona. En un improvisado domicilio burgalés — tienda de campaña y portalillo de Belén — renacía, con penurias y entusiasmos, nuestra Academia, mientras del lado de allá la institución se disolvía, y algunos de sus miembros, como Ramiro de Maeztu, eran llevados al martirio : que virtud fué de la guerra española, en la zona nacional, por lo que tenía de recobro del ser español, este renacer apremiante de instituciones y elementos de vida, en la inmediata retaguardia de la lucha. La paz venía pisándole los talones a la guerra, y en el mismo campo donde ayer se estaba peleando, se estaba sembrando al día siguiente, aprovechando incluso, alguna vez, el agujero de una metralla para cama blanda de una planta de olivo : bello y magnífico símbolo de la tenacidad impertérrita de la vida y de la inmortalidad magnífica de nuestra raza común.

Año y medio después, la Academia podía trasladarse a Madrid ya recuperado; y al encontrarse los académicos allí, otra vez, en torno a la mesa de las sesiones semanales, duplicado ahora nuestro número con los que en Madrid nos aguardaban, melladas nuestras filas con las gloriosas ausencias de los mártires, nos miramos unos a otros, con renovados deseos de trabajo y eficacia. Los unos venían de conocer la guerra, los otros de conocer el cautiverio; es decir, unos y otros venían de sufrir las dos depuraciones que nos encendían en el alma una más tensa vocación de servicio, mientras allí presidiéndonos, en el testero de la sala, estaba don Miguel de Cervantes, señor y patrono de la casa, que también había aprendido las dos depuraciones: porque él había estado en Lepanto y en Argel, y si allí había conocido el glorioso empuje de la batalla, aquí había conocido la disciplinada paciencia del cautiverio.

Y naturalmente, esta Academia, así depurada en el dolor y el fervor, ¿cómo no había de pensar, en seguida, en América? ¿cómo no había de sentir el lenguaje español en toda su anchura ecuménica? La Academia sentía desde el primer momento que lo que tenía sobre aquella mesa, dócil a sus manipulaciones, no era una cosa doméstica y casera, sino un ancho patrimonio común de vosotros y nosotros. La Academia soñaba con que llegara esta hora del contacto y la cooperación, porque toda otra actitud de hermetismo e intimidad, le hubiera parecido tan pecaminosa como la actitud de un padre que despilfarrara, por sí solo, alegremente, el caudal de la casa y la legítima de los hijos.

No podía ser de otro modo. Cuando Antonio de Nebrija acometía por primera vez en el mundo la audaz empresa de codificar científicamente una lengua romance, presentaba su

gramática a la Reina Católica, diciéndola que « siempre la lengua fué compañera del Imperio e de tal manera lo siguió que juntamente crecieron e florecieron e después junta fué la caída de entrambos ». Si esto es así, si existe esta camaradería entre la lengua y el Imperio, ¿cómo no ha de sentir España una nueva preocupación de la limpieza, aquí y allá, de su lengua, ahora que siente una nueva ansia universalista de presencia y contacto con los pueblos de la Hispanidad? Presencia y contacto que vosotros, hombres de letras y cultura, sabéis desde el primer momento colocar, sin recelos, en el único terreno cultural y espiritual en que España lo coloca. Así como sería tan difícil, el diálogo, para hablar de las fuerzas físicas y naturales — la electricidad y el ozono — con quien todavía creyera en las *brujas* y en los *fantasmas*, porque las precisiones y rectificaciones de ideas y vocabulario, habían de empezar desde la más honda raíz ¡qué fácil, en cambio y qué grato, para hablar de las cosas hispánicas, es el diálogo con vosotros, hombres cultos y mentes claras, que no podéis creer ni un minuto en esos *fantasmas* y esas *brujas* de las ambiciones territoriales de España sobre vuestras tierras. No, no hay brujas ni fantasmas : no hay más que un ansia de acercamiento y presencia espiritual, en el cual tenemos a nuestro cargo, las Academias de aquí y de allí, el máximo valor común : el Lenguaje. No hay fantasmas difusos, no hay más que hechos claros. De un lado, el hecho claro, que España acepta con todas sus consecuencias de que vosotros tenéis escritos en vuestros pabellones y escudos, legítimos lemas y divisas de independencia y libertad. Y del otro lado, el hecho claro, que vosotros aceptáis también con todas sus consecuencias, de que esas divisas y esos lemas, cuando los escribís, los tenéis que escribir en español.

Así, con ese sentido realista y sereno, las líneas de nuestra tarea común y nuestra común responsabilidad para el mantenimiento y depuración de nuestra común lengua, aparecen claras, en una perfecta fórmula de equilibrio, de autonomía y colaboración.

Ya cuando Nebrija, porque España sentía una inquietud de universalidad, sentía y transmitía a los Reyes Católicos una inquietud de gramática y lenguaje, estos Reyes esbozaron en sí mismos la solución equilibrada de nuestro problema lingüístico. En aquel providencial matrimonio, cifra y resumen de España, Dios quiso que tuviese vivacidad doméstica todo lo que tenía urgencia y realidad nacional. Así el problema de las hablas. La Reina, castellana, decía « hembra », « hablar ». El Rey, aragonés, dialectal, decía « fembra », « fblar ». El pueblo, que adoraba a su rey, hizo del hinojo uno de los emblemas de su unidad, porque Castilla decía *Inojo*, con la inicial de Isabel, y Aragón decía *finojo*, con la inicial de Fernando. Y ¿ cómo resolvieron los reyes ese problema lingüístico? Con una política matrimonial, con una política de amor. Don Fernando moderó su pronunciación aragonesa para hablar a sus súbditos, porque reconocía que los vocablos castellanos de su esposa eran los más puros y propios. Así lo dice un documento. Pero luego — así lo dice la crónica — en la intimidad doméstica, a Isabel le gustaba seguirle oyendo *fablar* con aquel acento nativo con que la enamorara un día...

He aquí la fórmula matrimonial de nuestra tarea. Defender el *habla* pura de nuestros castellanos y enriquecerlo con la *fabla* de todo lo vernáculo. Para eso os requerimos y os buscamos, para eso corremos a vuestro encuentro. Para defender juntos la herencia isabelina del castellano puro, y

recibir de vosotros la aportación fernandina y doméstica de vuestros argentinismos, chorreantes de rocío campero, estre-mecidos de color silvestre.

La razón de esa preeminencia del *castellano* es bien clara históricamente; y nosotros los peninsulares nos hemos rendido a su evidencia como vosotros los americanos.

El mapa lingüístico de la nación, al iniciarse la reconquista o sea en la natividad de la nación, y la lengua, era esquemáticamente éste: arriba, agarrado a las quiebras nor-teñas, la reliquia vasca; luego, al oeste, el gallego, leonés y portugués y al este el catalán-aragonés, unidos ambos, abajo, por el mozárabe, que se hablaba en toda la zona invadida y que se parecía extraordinariamente al gallego y catalán, como éstos entonces se parecían extraordinariamente entre sí, por la sencilla razón de que todo ese cinturón lingüístico no era más que el mismo romance inicial, balbuciente, que habían hablado los hispano-góticos al empezar a emanciparse del latín.

Pero en el centro de ese aro lingüístico, rodeada y sitiada por él, en el siglo xi había abierto una flor: Castilla. No era una lengua nueva la que ésta creaba: era el mismo romance español que, de pronto, en el centro de España, a ritmo con la expansión política castellana, daba un salto gigantesco en su emancipación. El nacimiento del castellano excede a la marcha pausada y vegetal de una evolución lingüística. Es una obra genial, de potencia creadora, de originalidad, de brinco. Es una lengua que salta y se pone delante, en el sitio de los alféreces, en el sitio del Cid. Todo es en ella « creación » más que evolución: la aparición de la *h*, el misterio de la *ch*, la adopción de la *j* sollozante; y luego el poder rápido e infinito de colonizar palabras y neo-

logismos ; la libertad creciente de la sintaxis que se adiestra como un lazo para captar las últimas trascendencias de la mística ; y luego el mantenimiento de las cinco vocales, claras y netas, « quasi tympano tuba », que hacen posible la originalidad de la *asonancia* y revelan la reciura de un pueblo, que mientras los otros europeos esfumaban sus vocales entre semitonos y veladuras, propicios para un tácito cuchicheo cortesano de alfombras y tapices, mantenía las suyas limpias y exactas, como prolongando la edad heroica, las precisaba para que sus hombres se hicieran oír de lejos sus alertas y consignas; en las llanuras de la pampa o en las anchuras oceánicas del Plata, del Amazonas o del Paraná.

Fué ese castellano, milagroso, así constituido, el que rompiendo hacia el sur, conquista toda la zona invadida y deja aisladas, roto el engarce del mozárabe, las dos columnas dialectales (al oeste el gallego-portugués, al este el catalán-valenciano) que a un lado y otro del castellano, parecen hacerle guardia de honor. Así queda establecida la preeminencia del castellano, mientras las dos franjas dialectales, desenganchadas ya, evolucionan diferencialmente hasta llegar a constituir el gallego adulto de Rosalía de Castro y el catalán literario de Jacinto Verdaguer.

Frente a la responsabilidad de ese tesoro recibido, de ese genial castellano preeminente, la manipulación académica creo yo que tiene que ser, aquí y allí, de un delicado equilibrio, de una matrimonial comprensión, como antes decía.

Primero, una hosca defensa del eje puro y central del castellano. Los capítulos del lenguaje son como los capítulos del alma, de la que el lenguaje es expresión. Primero la sensibilidad, la poesía : el *Poema del Cid* ; luego la idea, la prosa : Alfonso el Sabio ; al fin la voluntad intervencionista,

la gramática, la retórica : Nebrija. Por eso la poesía tiene gracia de niña, la prosa seriedad de adulto y la gramática impertinencia de viejo.

Estamos en época adulta, impertinente, intervencionista, en época nebricense de voluntarismo y dirección. Época de *hacer* y no de *dejar hacer*. Nuestros pueblos hermanos, deben de tener a través de sus academias hermanas y colaboradoras, una intrépida política lingüística. Sería preciso tener un mínimo de poder coactivo para entrarse a galope, por telones de cines, rótulos de tiendas y titulares de prensa, con ese estilo juvenil y expeditivo, un poco iconoclasta, que requiere el activismo de nuestra hora.

Pero al lado de esa política isabelina de defensa del puro castellano, nuestra gloria común, un poco de fernandismo, un poco de la buena *fabla* íntima y doméstica.

Nadie habla ya de aquellos retornos y recaídas en lo primario y selvático, que fueron ayer expresión de otras más peligrosas inhibiciones y regresiones de nuestra civilización común. Nadie habla ya de tomar sin orden ni medida, de los muelles porteños, esa algarabía babélica que decía vuestro presidente, creyendo que con ello — como creía ingenuamente Alberdi — se reproducía el caso del Dante tomado de las calles de Florencia un idioma que tenía varios siglos de cultivo humanístico. Todas las naciones tienen barreduras de muelles y suburbios y a nadie se le ha ocurrido que la labor académica sea barrerlos hacia dentro de la casa.

Pero sin llegar a eso queda una ambiciosa labor de estudio, clasificación y acarreo de vuestra evolución lingüística genuina, que ya estáis haciendo, que sólo vosotros podéis hacer y sólo de vosotros puede recibir la Academia Espa-

ñola, que lo anhela porque ve en todo ello una última floración del vigor secular del castellano.

Hace falta, primero, distinguir cuidadosamente lo que es puro residuo castellano. Yo, en los pocos días que llevo entre vosotros, he visto sobrenadar en vuestra poesía popular, anacreónticas y décimas clásicas; y he encontrado nuestros arcaicos *naide* y *cuasi*; y nuestros populares cambios de la vocal protónica: *comendante*, *tresquila*, *sigún*; y nuestra común pérdida de la *d* fricativa intervocálica: *soldao*, *amarrao*. Pero también he encontrado, y ya empieza aquí el hecho evolutivo que será seguramente vuestra genuina aportación, muestras originalísimas de ese afanoso expresivismo que os lleva al diminutivo adverbial *lueguito*, *ahorita*; a las formaciones adverbiales nuevas, llenas de gráfica poesía campestre, como *al humo*, *al grito*; a la novísima significación de vuestro *no más*; y a tanta riqueza verbal que vosotros conocéis mejor que yo y que vosotros captaréis seguramente, saliendo cada vez más, a los campos y a las veredas; enganchando vuestra docta ciencia con la sabiduría artesana que tiene cien palabras para cada oficio; y el grafismo campesino que tiene cien nombres para los vientos, las nubes y las fuentes.

Sólo así, depurando vuestro acervo lingüístico, defendiendo la pureza de vuestro fondo castellano y tamizando el acarreo de vuestra evolución genuina, conseguiréis esa robustez sana sobre la que la lengua puede recibir todos los injertos y vacunas, y puede hacer espléndidamente útil vuestra más típica posición, que es la *universalidad*. Nosotros tenemos mucha *tradición*. Vosotros, además de ser partícipes de esa tradición nuestra, tenéis mucha *universalidad*. Sois uno de los grandes nudos y entrecruces del mundo. Y esto que

puede ser catastrófico para una lengua, cuando no tiene robustez fundamental, puede ser su máximo tesoro, cuando tiene esa robustez capaz de toda asimilación.

La España del Siglo de Oro fué por esencia universalista, y en guerra y en paz tuvo contactos y fricciones con el mundo entero. Pero porque ella era robusta y sano su lenguaje, tenía un poder infinito de colonizar palabras y neologismos. Sonaba en sus contactos bélicos Nuremberg y a los pocos meses ya era Nuremberga; se hablaba de los Stuart, y a los pocos meses ya eran los Estuardos. Todo se instalaba cómodamente en nuestra lengua; todo era hondamente sorbido por su genio original. Ahora no. Ahora llevamos años hablando de Kayserling y nadie se ha atrevido a hacer de él el Kayserlingo. Las palabras forasteras son como las toxinas: si no se las asimila son veneno que da muerte; si se las asimila son vacuna que da salud.

Durante un siglo nuestro común lenguaje ha estado débil y mal defendido. Por eso llegan a España los ingleses de Wellington, se enamoran de esa costumbre española de tomar una copa y unas naderías a las once de la mañana, costumbre que por eso se llamaba «tomar las once», la hacen suya, la llevan a Inglaterra, desfiguran su nombre elidiendo vocales, y de *l'once* acaban haciendo el *lunch*, que vuelve a nosotros convertido ya en vocablo y costumbre exótica, lo que fué usanza españolísima. Como españolísimo era también el «tente en pic» que se tomaba entre comidas, para mantener el ánimo, y que junto con la bebida extranjera vino a nosotros convertido en *cock-tail*, nombre que, con la metáfora de la cola del gallo, alude a la misma idea de empinamiento y tiesura. ¡Como si necesitáramos ninguna imagen de livianas plumas, nosotros los hispanos, para ex-

presar esa erguida derecha con que secularmente nos tuvimos en pie sobre el planeta !

Con una robustez fundamental en vuestra lengua, con una inicial seguridad en su pureza, podían ser inestimables las conquistas y reivindicaciones de vuestra posición universal. El « genio » del idioma, cuando se siente seguro y apoyado, encuentra maravillosas soluciones. Ándase en España en una campaña de sustitución de rótulos extranjeros, y no acaban de encontrar, por ejemplo, el sustituto del *grill-room*. ¿No lo habréis encontrado vosotros con vuestra *parrillada* ?

En resumen, señores académicos. Tenemos una tradición común, una dimensión vertical y profunda, que juntos hemos de defender hoscamente. Tenéis, además, una dimensión horizontal, una anchura de originalidad y universalidad que habéis de acarrear al tronco común como un dorado tesoro. Para la lengua como para la vida, tenemos todo lo más precioso : nosotros lo tradicional, vosotros lo universal ; los siglos y el mundo : los dos valores esenciales que porque limitan lo divino definen lo humano : el tiempo y el espacio,

CONTRIBUCIÓN AL ESTUDIO DE ESTEBAN ECHEVERRÍA

Los trabajos que constituyen esta contribución, refiérense exclusivamente al poeta innovador y sólo abarcan su obra anterior a la proscripción. Aportan algunos datos desconocidos, o tratan aspectos no considerados hasta ahora. Los por menores del viaje a Europa que ofrecen las páginas iniciales, son recogidos por primera vez. El panorama literario de París durante los años que permaneció en la ciudad quien había de traer al Plata el eco inmediato de su quinquenio renovador, pretende suplir con prudentes inferencias la falta de noticias directas acerca de la formación poética del neófito. La rebusca de los comentarios suscitados por las publicaciones del poeta, en la prensa porteña de sus días, revelará al lector los primeros atisbos de nuestra crítica romántica.

I

VIAJE A EUROPA DE UN ESTUDIANTE PORTEÑO, EN 1825

A fines de 1823, Esteban Echeverría, joven de 18 años, vióse obligado a dejar las aulas del Colegio de Ciencias Morales de Buenos Aires, « por causas — dice una anotación del mismo — independientes de mi voluntad, pa. dedicarme al comercio ». Otra anotación suya, que lleva fecha del 26 de septiembre de 1825, complementa aquella noticia : « El

día 4 de septiembre de 1824 entré en casa de Dn. S. Lezica y hermanos ; y en el negocio de Aduana pa. la misma casa el 1° de junio de 1825, donde permanecí hasta mi partida de Buenos Aires. Me retiré de la casa el 20 de Septiembre de 1825 ».

La partida con destino a Francia se realizó 27 días después : el empleado de comercio volvería a ser estudiante en París. Por apuntaciones de su propia mano, conocemos sus « gastos en habios » (avíos) para el viaje ¹. Según ese borrador de su ordenada contabilidad, comenzado el 16 de septiembre, el viajero invirtió sesenta y siete pesos. Compró un baúl y un candado para el mismo, un lienzo, una frazada, media docena de camisas, cinco pares de medias de lana, una camiseta y una corbata, ambas también de lana, y un par de zapatillas. Hizo componer su levitón y su navaja, y adquirió unas tijeras. La lista apunta para la despensa tres botellas de jarabe, cuatro libras de chocolate, media de té, seis ticholos, « una frasquera con varias vevidas ». No figura entre las provisiones ni un gramo de yerba mate ni un paquete de tabaco. De los sesenta y siete pesos, cerca de veinte se transformaron en el siguiente material de lectura y estudio : *La aritmética*

¹ En papelitos sueltos acostumbraba hacer, en su juventud, sus apuntaciones personales, unas veces con tinta, otras con lápiz. Conservó toda su vida esas hojas volanderas : esquemas autobiográficos, listas de gastos, datos diversos. En 1870, su hermano don José María facilitó a don Juan María Gutiérrez las anotaciones que llegaron a sus manos ; pero éste no las utilizó totalmente al escribir la biografía del poeta. Ahora se completan por primera vez las que se refieren a este asunto. El viaje de Buenos Aires a Francia no dejó en dichas hojas más rastro que un escueto itinerario y los gastos del viajero en los puertos. No les pidamos, pues, impresiones de ciudades, imágenes del mar, sentimientos. Pero aun así, ofrecen cierto color de época, y por haber pertenecido a una figura que hoy es histórica, mantienen su natural interés.

álgebra (¿de don Avelino Díaz?), tres cuadernos de derecho civil (¿del doctor Somellera?), una gramática francesa y diccionarios de la misma lengua, un plano topográfico, dos números de *El Argos*, la *Retórica* de Blair y *La L. A.* (¿*La Lira Argentina*?). A la misma suma total correspondieron otros gastos: conducción del baúl y del colchón y compra de una sogá para atarlos; el pasaporte, el permiso para embarcar el equipaje y la conducción del mismo « hasta el bote ». Diez pesos fueron destinados a gratificaciones: « A Da. Bernabela, 4; a María, 4; a sus hijos, 2 ».

Cuatro días antes de su partida, el joven viajero copió a tres columnas, del *Gore's General Advertiser*, de Liverpool, datos correspondientes a la población de cada una de las provincias argentinas y a su contribución proporcional para la formación del ejército. Asimismo, con previsión de futuro estudiante de economía política, transcribió de un libro de Azara, en francés, las cifras referentes a la provisión anual de vino y de vinagre que Buenos Aires recibía de Mendoza y de San Juan. En papelito aparte, anotó algunas equivalencias de cambio monetario, con vistas a su permanencia en el Brasil.

Partió al comenzar la segunda quincena. « El día 17 de Octubre de 1825, por la tarde — leemos en su itinerario autógrafo — me embarqué en el Bergantín francés *Joven Matilde* con destino a Burdeos, capitán Dwalf, y el día 18 dimos la vela al amanecer. Continuamos nuestro viaje hasta q' el día 27 de Noviembre, hallándonos en Latitud sud 7:47, determinamos volver p^a recalar en la Bahía, p^r hacer mucha agua el buque después de un fuerte temporal, donde fondeamos el 1^o de Diciembre a las 2 de la tarde ».

En la noche de aquel día inició la anotación de sus gastos

bahienses, que sumaron más o menos 145 patacas (« tres patacas hacen un patacón », dice otra de sus notas). Mandó a lavar su ropa, hizo componer un chaleco, adquirió varios cuadernillos de papel, bebió refrescos, se proveyó de dulce, pagó algunas conducciones. El hospedaje de veinte días le llevó 100 patacas. De apuntación aparte, también de Bahía y de la misma fecha, transcribo : « Pagaron por mi pasaje en el Aquiles, 160.000 reis ; por pasaporte, 4.466 ; efectivo, 3.000 ; por dos días de posada, 3.200 ; por un sombrero, 520 ».

Continúa el itinerario : « El 21 de Diciembre a las 10 de la mañana me embarqué en la Fr^{ga} Francesa Aquiles, con destino a Havre de Gracia, y escala en Pernambuco, y el 22 a las 2 de la tarde dimos las velas. Fondeamos en el puerto de Pernambuco el sábado 31 de Diciembre ». Al día siguiente (1° de enero de 1826), abrió su nueva hojita de gastos. Sabemos por ella que mandó lavar su ropa, que adquirió un chaleco y un sombrero de paja, que volvió a beber refrescos y saboreó cocos, que un día compró pan y otro tuvo un almuerzo extra. También existe una apuntación adicional para los gastos en Pernambuco, que dice : « En efectivo, 5.760 reis ; p. ropa lavada y cocos, 580 ».

Termina el itinerario : « Dimos vela de dicho puerto (Pernambuco) el 22 de Enero a las 2 de la tarde, y fondeamos en el puerto de Havre el 27 de Febrero de 1826 ». Dos anotaciones de gastos hizo durante su estadía. Una de ellas, fechada el 26 (por error, sin duda), es de una sola línea : « Varias conducciones, francos 5 ». La otra pudo, acaso, corresponder a inversiones anteriores, y dice : « pagaron por mi pasaje a Havre de Gracia en la fragata Aquiles, \$ 200 ; por pasaporte, 5 — 41/2 (¿ cinco o cuatro y medio ?) Efecti-

vos, 3 — 6 (¿tres o seis, o tres pesos y seis centavos?) pagaron dos días en la posada, 4; por un sombrero de paja, 4». ¿Qué debe entenderse por « efectivo » en tres de sus papeles? Supongamos que en la última transcripción correspondiese a los pesos restantes...

Aquel mismo año de 1826, José de Espronceda arrojaba al Tajo, antes de llegar a Lisboa, sus dos últimas pesetas, « por no entrar en tan gran capital con tan poco dinero ». Es improbable que Esteban Echeverría, al llegar a París, arrojara al Sena su menguado caudal...

II

EL PARÍS LITERARIO DE ECHEVERRÍA

La formación literaria de Echeverría se realizó enteramente durante su permanencia en París, donde residió desde marzo de 1826 hasta mayo de 1830. En Buenos Aires había aprendido algo de francés y de latín; sus demás conocimientos tenían base muy débil y necesitó rehacerlos. Apenas instalado en la capital francesa, inició con ahinco sus estudios de « filosofía, historia, geografía, ciencias matemáticas, física y química », que continuó hasta poco antes de su imprevisto regreso, en cuyos días pensaba dedicarse exclusivamente a estudios de economía política y derecho. Pero a poco de haber llegado a París, oyó el canto de las sirenas, y quedó cautivo. Él lo ha dicho: « Como desahogo a estudios más serios, me dediqué a leer algunos libros de literatura. Shakespeare, Schiller, Goethe, y especialmente Byron, me conmovieron profundamente y me revelaron un mundo nuevo ». Era el mundo romántico que los invasores nórdicos revela-

ban, en aquellos días, a los propios parisienses. Echeverría vivió en París, precisamente, los años del *Sturm und Drang* francés. Antes de su llegada, desde 1824, el primer cenáculo de Charles Nodier, en el salón del Arsenal, elaboraba sus explosivos; pero quien había de ser su artillero mayor, negábase todavía a la ruptura de relaciones, y aquel mismo año, en la nueva edición de sus *Odes*, confesaba su ignorancia sobre la diferencia entre los géneros clásico y romántico y declaraba en estos términos su posición conciliatoria frente a los dos grandes nombres que Stendhal ya había proclamado antagónicos: *Le beau dans Shakespeare est tout aussi classique (si classique signifie digne d'être étudié) que le beau dans Racine*. Pero de 1826 a 1830, se suceden los *préfaces* incendiarios que conducen al asalto victorioso de *Hernani*...

¿Quién guió a Echeverría en sus lecturas? ¿Qué círculos literarios o sociales frecuentó en París? No llegaron a saberlo sus más íntimos amigos de Buenos Aires, a pesar de que Alberdi, en el artículo necrológico de Valparaíso, dijo que «frecuentó los salones de Laffitte, bajo la restauración, y trató allí a los más eminentes publicistas de su época, como Benjamín Constant, Manuel, Destut de Tracy, etc.». Don Juan María Gutiérrez, que recogió dicho artículo en las *Obras Completas* (vol. V) de Echeverría, no se hizo eco de aquellas noticias en su estudio sobre este autor, y limitóse a informar, vagamente, que «frecuentaba la tertulia de varios literatos de nota». Declaró con franqueza, en cambio, que «Echeverría no se complacía en referir historias de sus viajes, ni las anécdotas de su permanencia en París»; y como biógrafo y editor de su gran amigo, confesó sin ambages: «No hemos podido averiguar tampoco quiénes fueron allí sus mentores y sus guías».

El propio Echeverría, que no pecaba de modesto, hizo obstinado silencio acerca de sus años de aprendizaje en Francia. Un solo nombre que recuerde a uno de sus maestros o de sus condiscípulos extranjeros, no se leerá en sus diversos escritos. Ni aún en sus cartas públicas a don Pedro de Ángelis, escritas desde el destierro y con exaltado ánimo de antagonista, mostró su foja europea. Una carta íntima de 1836, contiene este suspiro de nostalgia irónica: « En Francia era yo para los que me conocían, joven de seso y esperanza ». Pero en 1850, un año antes de su muerte, negábase a enviarle su biografía a Félix Frías, residente en París, y entre algunos datos descarnados recalcaba solamente la seriedad de los estudios realizados en las « escuelas » de aquella capital ¹.

¹ Sin embargo puede verse una referencia sugerente en un libro del viajero y escritor francés Xavier Marmier, que trató al poeta en Montevideo, ese mismo año de 1850. « En París — traduzco de sus páginas — maestros particulares le dieron lecciones de literatura, de matemáticas y de física. Al mismo tiempo, asistía a los cursos del Colegio de Francia y de las facultades. Pasó allí cerca de cinco años, siguiendo con ávido interés el movimiento literario de nuestro país, admitido en varias grandes casas, acogido con afecto por algunos de nuestros personajes ilustres de primera fila... Aquella peregrinación de estudiante, aquella residencia en Francia, han quedado profundamente grabadas en su memoria. Habla de ello con dulce melancolía, como se habla en la edad madura de las primeras alegrías de la vida, de la dicha pasada. Para quien ha debido experimentar las mismas emociones, por haberse hallado en París hacia el mismo tiempo, es una agradable sorpresa oír recordar por un extranjero, a tres mil leguas de distancia, en una modesta casa de Montevideo, aquellas lecciones de la Sorbona, que eran acontecimientos, y los dramas y las poesías de la escuela romántica, que una juventud entusiasta saludaba como descubrimientos en nuevas regiones. ¡ Cuán lejos están esos tiempos! El pobre poeta argentino los evocaba en su retiro... ». Y después de dedicar algunas páginas al comentario de su obra poética y política, el viajero termina: « Un buen día, bajo pena de encarcelación y otros castigos, Echeverría se vió forzado a emigrar. Sus bienes fueron confis-

El único nombre de amigo extranjero que revelan sus papeles, es el de F. Stapfer, destinatario de la carta escrita en francés por el estudiante porteño y publicada, medio siglo después, por su editor. Dirigida a Berlín y fechada en París el 20 de junio de 1827, contiene el siguiente párrafo que permite entrever algo de su iniciación literaria :

« Je me rappelle bien souvent de nos promenades, et surtout de la fille du musicien de Schiller ¹. Vous ne pouvez vous figurer l'effet que cette pièce produisit sur moi ; je m'en souviendrai toujours parce que l'impression en fut bien profonde. Elle réveilla ma curiosité de connaître les ouvrages de ce grand écrivain. Je les ai lus dans une traduction ainsi que ceux de votre grand Goethe. Quels trésors n'ai je pas trouvé ! Avec quelle avidité je les ai dévorés ! Je voudrais bien connaître la langue allemande pour mieux pouvoir apprécier tant de beautés. Je ne perds pas l'espoir d'y arriver ».

Como esta carta es contestación de otra recibida a fines de marzo, no cabe duda que el conocimiento personal de los correspondientes y sus paseos y lecturas en aquélla recordados, databan del año anterior, o sea el del arribo del estudiante porteño. Pronto halló éste, pues, su « mundo nuevo ». Mas ¿ en

cados y saqueada su casa. *On ne m'a pas même laissé un livre, me disait-il un jour avec douleur, un de ces beaux livres de choix que j'avais rapportés de France. C'est ce que je regrette le plus* ». (*Lettres sur l'Amérique*, t. II, págs. 427-434, París, 1851? Hay otras ediciones).

M. Marmier estuvo vinculado, efectivamente, como él lo recuerda, al movimiento romántico francés. Colaborador de la *Revue des Deux Mondes*, hizo en 1833 un viaje a Alemania para visitar, con fervor de romero, la tumba de Hoffmann y los lugares en que viviera o actuara. Tradujo sus cuentos. Viajó después por Europa y América, y recogió sus impresiones en libros muy amenos. Ingresó a la Academia Francesa en 1870.

¹ Luisa, hija del músico Miller, en *Cábalas y amor*.

qué traducción (francesa, naturalmente), leyó entonces a Schiller y a Goethe? El teatro del primero, traducido por Prosper de Barante, circulaba en edición de seis volúmenes, impresa en 1821. *Faust* había sido vertido en 1823 por Albert Stapfer¹. La versión famosa de Gérard de Nerval no aparecería hasta 1828.

Seducido por sus poetas, el estudiante sintióse « inclinado a poetizar ». Pero no conocía su propio idioma ni la versificación española, y comenzó por aprenderlos con voluntarioso empeño. « Era necesario leer los clásicos... Me dormía con

¹ *Publiée, pour la première fois, en 1823, dans une édition en cinq volumes des Oeuvres dramatiques de Goethe, cette traduction, trop oubliée aujourd'hui, est la première et, tout balancé, la plus heureuse entreprise qu'on ait tentée pour faire passer dans notre langue le chef-d'œuvre du poète allemand.* Este párrafo pertenece al prefacio que Paul Stapfer (autor de valiosos estudios de literatura francesa, inglesa y alemana) escribió para la reedición de aquella traducción, nuevamente corregida por su autor en 1885, sesenta y dos años después de haber aparecido la primera.

¿ Hubo vínculos de parentesco entre el amigo de Echeverría y estos escritores de su apellido? Destacados diplomáticos y escritores del mismo apellido y de nacionalidad u origen suizos, vivieron en París durante la primera mitad del siglo XIX. Echeverría tuvo por compañeros de navegación, en su viaje a Francia, a los médicos y naturalistas suizos, doctores Longchamp y Rengger, quienes regresaban a Europa después de haber hecho estudios de su especialidad en el Paraguay, durante seis años. Estrecharon amistad, de la que hay pruebas muy posteriores. Si dichos médicos presentaron el estudiante argentino a M. F. Stapfer, cabe la presunción de que fuese éste, como ellos, suizo. Y que todos se conocían lo sugiere otro párrafo de la carta en francés del argentino: « *Mrs. Rengger et Longchamp, viennent de publier un ouvrage sur l'histoire du Paraguay et sur le gouvernement du docteur Francia, ouvrage bien intéressant et très-bien écrit. Je crois qu'il aura de la vogue.* ». La tuvo, en efecto. El libro se titulaba: *Essai historique sur la révolution du Paraguay et le gouvernement dictatorial du docteur Francia* (París, 1827).

el libro en la mano ». Menéndez y Pelayo ha supuesto que debió leer a los prosistas en la colección de Capmany (*Teatro Histórico Crítico de la Elocuencia Castellana*, 1786-94) y a los poetas, en la de Quintana (*Poesías Selectas Castellanas*). Entre sus papeles póstumos quedarían muestras de aquella exploración: listas de « locuciones y modismos tomados de algunos hablistas castellanos », citas de autores, juicios fugaces; y en los epígrafes de sus poesías adviértese también su varia cosecha. Sus primeras composiciones en verso fueron celebradas por compatriotas residentes en París; pero no se dejó absorber entonces por aquella tentación que comprometía sus estudios. Mantúvose, en cambio, en estrecho contacto con el movimiento literario de la hora.

Echeverría, como lo manifestara en su carta a Stapfer, ignoraba el idioma alemán; tampoco lo sabían, con raras excepciones, los románticos franceses y, como en la mayoría de éstos, su conocimiento de la literatura alemana, adquirido en París, se redujo poco más o menos a los autores que revelara Mme. de Staël. « De 1813 a 1831, nous avons vécu sur le livre *De l'Allemagne* », ha dicho un escritor francés, para sustentar que el romanticismo de su país no debió nada al contemporáneo alemán, por haberlo ignorado totalmente¹. Si al teatro de Schiller y de Goethe y a la teoría de Augusto Guillermo Schlégel (desde 1814 existía traducción francesa del *Curso de Literatura Dramática*) se agregan en el género narrativo *Werther*, embajador confidencial de dos generaciones, y luego los relatos fantásticos de Hoffmann, tiénese casi completa la contribución germánica del período.

¹ JOSEPH TEXTE, *L'influence allemande dans le romantisme français*, en *Études de Littérature européenne*, París, 1898, página 205.

Precursor del teatro romántico en Francia, fué también Alejandro Manzoni. Sus dos tragedias históricas, traducidas al francés por su amigo Claudio Fauriel, habíanse publicado en 1823, reunidas en un volumen que contenía, además, un artículo de Goethe sobre ellas, el diálogo de Ermete Visconti sobre las unidades dramáticas y la *Lettre a M. C...*, del propio Manzoni, sobre el mismo asunto. Echeverría conóció, probablemente, en esa versión, antes que en italiano, aquellas obras. Diez años después, tomaría dos versos del coro de *Il Conte di Carmagnola*, en su idioma original, para epígrafe de un canto de *La cautiva*.

Las literaturas extranjeras del momento, tenían un vocero parisiense en el periódico *Le Globe*, fundado en 1824 por M. Dubois y Pierre Leroux, y redactado, entre otros, por Victor Cousin y T. Jouffroy, estos tres últimos, nombres muy difundidos, a partir de 1830, en la juventud universitaria de Buenos Aires. Las páginas de aquel periódico vieron nacer la amistad de Sainte-Beuve y Víctor Hugo, el 2 de enero de 1827, con motivo de un artículo del primero sobre *Odes et Ballades*. Inmediatamente, Goethe, lector de *Le Globe*, anunciaba a Eckermann el bautismo romántico del joven Hugo. Sainte-Beuve, que ha recordado el episodio, confesó al hacerlo que también comenzó entonces su propia « *initiation a l'École romantique des poètes* »¹. Coincidió con ella, pues, la del futuro introductor del romanticismo en el Plata.

Aquel año de 1827 correspondió principalmente al culto de Shakespeare. Detrás de Manzoni, de Schiller, de Goethe, alzabase, conjurada por Lessing, la gigantesca tutela del isabelino. Y ella fué, en último término, la determinante del

¹ *Notes et pensées*, en *Causeries du Lundi*, tomo XI.

estallido en el romanticismo francés. Introducido y proscrito por Voltaire, mutilado y deformado en versiones e imitaciones a través de un largo medio siglo, execrado y defendido en sucesivas polémicas, el teatro del « bárbaro » triunfó, finalmente, en una sala de París, en el otoño del 27, representado por grandes actores ingleses, y en su propio idioma. ¿Asistió Esteban Echeverría a alguna de aquellas representaciones? Todavía ignoraba la lengua, es verdad; pero tampoco la conocían Hugo, Dumas, Teófilo Gautier, el compositor Héctor Berlioz ni la mayoría de los espectadores, y pudo ayudarse, como aquéllos, con la traducción de Pierre Le Tourner que, revisada y agilitada por Guizot y Pichot, contribuía, desde 1821, al advenimiento del « dios del teatro ». Clásicos y románticos, en bandos ruidosos, chocaron durante aquellas funciones. Iba a comenzar el reinado del « ayudante de campo de Wellington ». Hugo lanzó en volumen su desmesurado *Cromwell* que, a semejanza del caballo monumental, no hubiera podido entrar en la Troya escénica sin romper las murallas; pero su altisonante prefacio de caudillo congregó a las huestes bajo el oriflama tejido con hilos de todas las banderas fraternas del nuevo credo, y de su estofa extrajo el prosélito porteño numerosas hebras para su propia divisa. Otro prefacio muy celebrado — el de los *Études Françaises et Étrangères* de Émile Deschamps — reclamó en 1828 para el mejor comienzo de la revolución teatral, « la représentation des chefs-d'oeuvre de Shakespeare traduits en vers français avec audace et fidélité ». Alejandro Dumas juraba por Shakespeare; pero se anticipó en prosa a las traducciones que debían preparar el terreno, dando a las tablas de la « Comédie Française » el primer drama romántico francés: *Henri III et sa cour*. El triunfo delirante del estreno

(11 de febrero de 1829), incensó principalmente a Schiller y Walter Scott, como númenes inspiradores y despojados. Ocho meses más tarde, en el mismo escenario, se estrenaba la traducción en verso que hiciera de *Othello* Alfredo de Vigny. *Othello* fué la obra preferida, entre las de Shakespeare, por Echeverría. ¿Contribuyó aquel estreno a su preferencia?

La conquista shakespeareana asentábase, en suelo francés, sobre otra dominación de su misma lengua: la de *Waverley Novels*. Desde 1820, Walter Scott era el ídolo de todas las clases sociales e intelectuales. « Ce fut plus qu'un succès ; ce fut un engouement » — ha escrito el historiador francés del género — ; « une génération toute entière en demeure éblouie et séduite » ¹. Él mismo nos dice que los románticos — salvo los que sabían inglés — leyeron al novelista en la traducción de Defauconpret; nada más razonable, por tanto, que suponer lector de la misma a Echeverría, quien llegó a París en plena epidemia de novela histórica: el año de *Cinq-Mars*.

Años más tarde, en Buenos Aires, escribía a propósito del fondo y de la forma en la obra literaria: « Byron, al leer algunas páginas de Walterio Scott, exclamaba: ¡ sublime! ¡ maravilloso! Pero todo se ha dicho ya... ¿Qué hallaba el lord en las novelas del escocés, que tanto le hechizaba? La forma; es decir, el estilo, el lenguaje, la estructura, la exposición esencialmente dramática y animada de sus ideas, la poesía y la erudición exhumando y animando el polvo cada-vérico de hombres y siglos que fueron. Nosotros también, al leer a Byron, hemos exclamado desalentados muchas veces:

¹ LOUIS MAIGRON, *Le Roman historique a l'époque romantique. Essai sur l'influence de Walter Scott*, París, 1898, página 99.

¡ sublime ! ¡ extraordinario ! Pero todo se ha dicho ya... »

¡ Byron ! ¡ su Byron ! « Lord Byron será el poeta de los siglos porque es el poeta de las pasiones y éstas son en poesía el solo reflejo indeleble de la humanidad ». Así se expresaba en una carta íntima, desde París, a mediados de noviembre de 1829. ¿ No había sido Byron el poeta que lo conmoviera « especialmente », tres años antes ? Menos popular que Scott, no menos famoso, también compartía el fervor de una generación *éblouie et séduite*. El peregrino del Mediterráneo no había querido pisar tierra de Francia ; *Childe Harold* tomó, en cambio, ciudadanía francesa, un año después de morir su autor, en el canto de Lamartine : *Dernier Chant de Childe-Harold* (1825). Ese mismo año, Pichot completaba su traducción en prosa de todas las obras del *outlaw*, y la coronaba con su acrecentado *Essais sur la vie, le caractère et le génie de lord Byron*. Echeverría debió hallar, en esa doble imagen, la parte principal de aquel « mundo nuevo » revelado a su espíritu.

Otros poetas de lengua inglesa conoció en París, aunque en pequeñas muestras, por su escasa difusión y falta de traducciones. De Thomas Moore, por ejemplo, algunas *Irish Melodies*, y algo de *Lalla Rookh* (1817) que aprovecharía satíricamente en sus Cartas a de Ángelis. Poesías suyas de 1831 y 1832, llevan epígrafes en inglés tomados de Young, Crabbe, Kirke White ¹, Campbell y el inevitable Ossian ; mas esos apoyos ornamentales eran moda de la época, y su empleo no es índice de lecturas directas. En cuanto a los

¹ HENRY KIRKE WHITE (1785-1806). Sainte-Beuve, en su primer libro de versos, *Vie, poésies et pensées de Joseph Delorme* (1829), atribuía a su personaje, durante « su lento y profundo suicidio », lecturas de tres poetas ingleses, Ossian, Cowper y Kirke White.

« lakistas », apenas vislumbrados aún, no debió Echeverría conocerlos mucho más — ni menos — que los propios franceses de su lustro parisiense, exceptuados los pocos que leían inglés: Sainte-Beuve, que ostentaba su excepción, tradujo *The Eolian Harp*, de Coleridge, compuso varios sonetos « imitados de Wordsworth » y en alejandrinos de 1829, dedicados a Antony Deschamps, destacó su descubrimiento :

*C'est Wordsworth peu connu, qui des lacs solitaires
Sait tous les bleus reflets, les bruits et les mystères...*

Sin embargo, un libro de 1825, reeditado al año siguiente. *Voyage historique et littéraire en Angleterre et en Écosse*, de Amédée Pichot, el mencionado traductor de Byron, contenía ya revelaciones importantes. El viajero había conocido a Sir Walter Scott en su medio ; y el retrato *d'après nature*, con pormenores personales recogidos privilegiadamente por el visitante, explican la avidez con que los admiradores franceses del novelista agotaron la primera edición de la obra. Pero también había en ésta una excursión a Cumberland dedicada a los poetas lacustres y no hay por qué pensar que los lectores la pasaran por alto. Además, M. Pichot había traducido o comentado allí composiciones de Wordsworth, de Southey, de Coleridge, y entre las de éste, su célebre *Rime of the Ancient Mariner*.

Es casi seguro que Echeverría hojeara el seductor *Voyage* ; en tal caso, se enteró en él de la existencia de aquellos líricos. Al volver a su país y preparar sus estudios estéticos, escribiría, a propósito del ritmo, este pasaje revelador : « El lenguaje de Coleridge en la balada *Ancient Mariner* es impetuoso y rápido como la tempestad que impele al bajel, y cuando la calma se acerca, se muestra solemne y majestuoso.

Hasta las faltas de medida en la versificación parecen calculadas, y sus versos son como una música en la cual las reglas de la composición se han violado, pero para hablar con más eficacia al corazón, al sentido y la fantasía ». El excelente ejemplo se encuentra bien acompañado: el conjuro de las brujas de *Macbeth* y el *Feu du Ciel* de Víctor Hugo.

Esta última composición es la primera de *Les Orientales* (1829), lectura golosa del estudiante argentino en París. Pero la doctrina del arte por el arte, cuyo origen se atribuye a los poemas de aquel libro, no habría de ser transportada al Plata por el introductor del romanticismo, y, en 1846, al desecharla para países no bien constituidos, sólo llegó a admitirla « en Goethe, Walter Scott y, hasta cierto punto, en Hugo ». Por cierto que el orientalista ocasional había cerrado para siempre su bazar exótico en la última página del libro impar; pero además de su técnica prodigiosa, el muestrario había dado a la poesía francesa un gran eco del exotismo que recorría las literaturas románticas. Más de español que de asiático ofrecían las *Orientales* y el poeta lo justificaba en su acostumbrado prefacio: *car l'Espagne c'est encore l'Orient*. No obstante, la España del romancero, adoptada por Corneille, que volvía a Francia dos siglos después, atravesando el Rhin (con las colecciones de Grimm, 1815; Depping, 1817; Bohl de Faber, 1822-25), no alcanzó a modificar el antiespañolismo del « hijo de Mayo »...

Hugo fué, sin duda, el poeta francés más admirado por Echeverría, aunque éste, según la expresión de Gutiérrez, « levantó un altar a Lamartine ». Debió, sin embargo, a la prosa pictórica de Chateaubriand, su más fecunda sugestión poética, pues halló en el paisaje americano y el episodio sentimental de *Atala*, el germen de *La cautiva*.

Poco antes de regresar a Buenos Aires, pasó Echeverría un mes y medio en Londres. No ha quedado más rastro conocido de ese viaje, que la copia, en papelitos sueltos, de las inscripciones puestas a los bustos de Milton y Gray y de las fechas de nacimiento y muerte de Dryden, durante una visita al « Poets' Corner » de la abadía de Westminster. Al volver a París (en cuyas fraguas literarias la juventud mantenía al rojo el « hierro » simbólico del reciente estreno de *Hernani*), vióse obligado, por causas que siempre lamentó sin confesarlas, a interrumpir sus estudios y retornar a la patria. Acababa de aparecer el segundo libro de versos de Sainte-Beuve, *Les Consolations*. ¿ Lo hizo, tal vez, su compañero de navegación? Cuatro años más tarde daba este título a su primer volumen: *Los Consuelos...*

III

EL POETA Y LA CRÍTICA DE SU TIEMPO

En el decenio de 1830 a 1840, Esteban Echeverría es, por antonomasia, el poeta de la literatura argentina. Sólo él da existencia a la bibliografía poética: un folleto, *Elvira o la novia del Plata*, en 1832, y dos libros, *Los Consuelos*, en 1834, y *Rimas*, en 1837. Lo que pudiera considerarse como la crítica literaria de aquel decenio de fermentación romántica, nace del comentario de aquellas publicaciones.

Cuando, a largos años de distancia (1874), don Juan María Gutiérrez compiló en el volumen V de las *Obras Completas* de Echeverría los juicios y estudios que las mismas originaran, eliminó los que habían dado inmediata resonancia a los frutos líricos del mencionado decenio. Creo que

nadie ha vuelto después a trajojar los viejos periódicos, en busca de las humildes y anónimas piezas, con ánimo de hacerlas conocer. Yo diré ahora al lector cuáles son y qué contienen.

Elvira o la novia del Plata. — Este poemita que, aparte de su título, tiene con el Plata la misma relación que con el Pei-Ho, fué lanzado al ambiente, a modo de cohete explorador, en septiembre de 1832. ¿Cómo se le acogería después de un lustro de esterilidad poética? ¿Qué sorpresa produciría su asunto y forma? ¿Y hasta qué punto el público porteño mostraríase intrigado por el anonimato del autor? Pero el resultado fué una triple decepción.

Sólo un grupo de amigos se enteró de aquella pasión y muerte de dos amantes envueltos por nieblas septentrionales; y para aquellos lectores el anónimo autor tenía nombre de camarada. En cuanto a la crítica local, redujose a dos notas breves de periodistas extranjeros.

Apareció la primera en el semanario *The British Packet* del 22 de septiembre. Atraído por un verso de Wordsworth que, en su idioma original, llevaba de epígrafe el poema (*'Tis said that some have died for love*, « Dicho está que de amor han muerto algunos », primer verso de una composición corta escrita y publicada en 1800), el buen inglés no tuvo ojos para otra cosa. Y se redujo a refutar aquel decir con un pasaje en prosa de *As you like it* (acto IV, escena I), en el que la duplicada Rosalinda admite aquella muerte por diversas causas, menos por amor, « *but not for love* ». Ahora bien, el admirador de Shakespeare era el hombre más feo de Buenos Aires y se apellidaba Love (Thomas George). ¡Excelente retruécano a sus expensas! Pero Echeverría no perdonó

la duda sacrilega que salpicaba a sus personajes, y estrujó el periódico sin reparar que allí mismo se le vaticinaba generosamente « a niche in the temple at Parnassus ».

Al mes siguiente, don Pedro de Ángelis irradiaba desde *El Lucero* su juicio franco « en una materia en que la libertad de las opiniones no debe tener más trabas que el buen sentido y los buenos ejemplos ». Pero el pendolista napolitano evitó peligrosos compromisos, aun en campo tan libérrimo, y refiriéndose a ciertos elogios y objeciones que, según él, había merecido el poemita, limitóse a defender su diversidad métrica, que podía « invocar en su favor el ejemplo de grandes modelos », y a justificar el empleo del octosílabo para la expresión de sentimientos que solía acapararse el verso de once.

Irritado por la indiferencia pública y la incomprensión de sus críticos, Echeverría tomó una resolución... byroniana. *La novia del Plata*, como título, fraternizaba con el injustificado de *La novia de Abydos*, y la visión demoníaca y fúnebre que se mezclaba al poema provenía, en parte, del tercer acto de *Manfredo*. El ejemplo de Byron con su poema vengador contra « los bardos ingleses y los críticos escoceses », después del vapuleo a su primer libro, inspiró asimismo, pues, al innovador porteño, convencido de que su obrita no tenía precedentes en la poesía de lengua española. Y arremetió, bajo el anónimo — ¡ como Byron ! — en una sátira de endecasílabos filosos, contra los « gaceteros »...

La primera edición de « Los Consuelos ». — *Los Consuelos*, primer libro de versos de la literatura argentina, apareció a mediados de noviembre de 1834. Era un volumen en 8º menor, de 320 páginas, impreso con claridad y sencilla elegan-

cia, cuya portada presenta la siguiente disposición tipográfica : *Los/Consuelos :/Poesías/de/Estevan Echeverría./* (Hay una raya) */Buenos Aires./Imprenta Argentina./* (Hay una raya) */1834/*.

Anunciado como novedad en los periódicos por las librerías de Steadman y de Marcos Sastre, obtuvo inmediatamente una acogida amplia y calurosa en la prensa local. Meses después, llegaban ecos de la impresión causada por el « iniciador » romántico en países vecinos. La edición se agotó muy pronto, y don Juan María Gutiérrez atribuiría el hecho a la « consonancia entre el libro y el público », sobre todo juvenil. « *Los Consuelos* — escribió en su estudio preliminar de las *Obras Completas* de Echeverría, que él compiló — fueron los bienvenidos de la juventud inteligente... Este recibimiento que la nueva generación hacía al recién venido, era natural... Esa juventud halló en el pequeño volumen la historia de su vida interior... *Los Consuelos*, en una palabra, fueron el eco de un sentimiento común, y una verdadera revolución ».

Cuando Gutiérrez, hacia 1870, reunió los materiales para emprender la edición de las obras de su maestro y amigo, fallecido veinte años antes, ya era raro el afortunado volumen, y vióse obligado a utilizar la segunda edición. Una anotación, hasta ahora inédita, del crítico y editor, que transcribo con fidelidad, dice así : « He encontrado dos pliegos de papel de puño y letra de Echeverría, escritos con esmero, que contienen las « correcciones » q. introdujo en la 2ª edición de *Los Consuelos*. Son en número de cuarenta y nueve y están dirigidos al impresor ». Esto explica la reproducción del texto de la edición segunda en las obras completas ; pero el recopilador no tuvo a mano, probablemente, la primera,

ni pudo consultarla (salvo que le atribuyamos una negligencia censurable), pues, como se verá, la corregida omitió las dedicatorias, y el recopilador, a pesar de estar comprendido en los homenajes, no las restauró.

Ocho años después, o sea en 1842, se reimprimió la obra en los mismos talleres. El autor se hallaba expatriado en tierra uruguaya. ¿Preparó desde el destierro la lista de correcciones a que se refiere la anotación de Gutiérrez que se ha leído más arriba? Sorprende la publicación de un libro, aunque en nada roce la situación política, del fundador de la Asociación de Mayo, en el Buenos Aires de 1842.

« El presente libro de poesías tuvo tanta aceptación desde el momento en que apareció — explicaron « los editores » — que poco tiempo después era difícil hallar un ejemplar de él. Creemos, pues, satisfacer un deseo general reimprimiéndole en la misma imprenta y con el mismo esmero que la primera edición del año de 1834... Hemos tomado por texto un ejemplar de *Los Consuelos*, en el cual se hallan anotadas algunas correcciones y alteraciones del autor, y ha sido obligación nuestra respetarlas y reproducirlas ». La edición reprodujo, además, un estudio sobre las poesías de Echeverría, aparecido en el *Diario de la Tarde* el 4 de octubre de 1837, a propósito de la publicación de su segundo libro de versos, *Rimas*. También éste había alcanzado venta y elogios semejantes al anterior; y en 1839 se había reimpresso en Cádiz, después de agotarse 500 ejemplares de la edición argentina, que fueran enviados a España.

Poco menos rara que la primera, pero casi igualmente desconocida, es en nuestros días la segunda edición de *Los Consuelos*. ¿Por qué si el propósito de los editores era reproducir el modelo inicial, salvo las « correcciones y alteraciones

del autor », suprimieron las dedicatorias que en aquél figuran ? ¿ Acaso obedecieron a una orden del propio poeta ? Y si fué así ¿ qué motivos tuvo éste para retirar en 1842 el homenaje amistoso que hiciera en 1834 ? No es fácil averiguarlo ; pero como tampoco aparecen dichas dedicatorias en las *Obras Completas* (volumen III), las reproduzco aquí para conocimiento del lector.

El libro lleva el siguiente *ex dono* en una página entera : *Al señor/D. Felipe Piñeyro./Testimonio/de/gratitud y aprecio/de/E. Echeverría*. La composición *Lara o la partida*, está dedicada a « D. Y. P. » y la titulada *El poeta enfermo*, « A mi hermano D. J. M. E. », o sea José María Echeverría ; *Contestación*, « A D. J. T. » (¿ don Juan Thompson ?) ; *La historia*, « A D. J. M. G. » (¿ don Juan María Gutiérrez ?) ; *Adiós*, « A D... » ; *Él y Ella*, « A D. F. C. B. » ; *El cementerio*, « A D. D. T. », y *Layda*, « Al señor general D. T. G. » (¿ don Tomás Guido ?).

A pesar de su fe de erratas, en la que figuran veintiuna, el libro, de sobria elegancia tipográfica, está pulcramente impreso. Hasta su aparición, sólo se habían publicado en Buenos Aires piezas poéticas sueltas y episódicas. « Ninguno de nuestros poetas — escribía Juan Cruz Varela en 1828 — ha publicado todavía una colección completa de sus versos ; así es que sólo conocemos los que se han escrito sobre objetos de interés público, y algunas piezas dramáticas ». El volumen de *Los Consuelos* redimió, pues, a la bibliografía nacional, de aquella esterilidad absoluta.

La crítica de « Los Consuelos ». — El *Diario de la Tarde* del día 18 de noviembre se apresuró a destacar el acontecimiento : « Cuando se aumenta la cultura y la ilustración —

escribió el articulista anónimo — se presenta la poesía no sólo adornada con las galas ideales que forman su esencia, sino también con las más sólidas que le prestan la meditación, el conocimiento del hombre moral y de las leyes que rigen al universo ». Y para demostrar su influjo social, recordaba a continuación que « en una de las naciones europeas, un poeta ha cambiado el giro que habían tomado las ideas religiosas, y otro contribuido eficazmente a destruir los restos de fanatismo y tiranía que aun pesaban sobre su patria ». Con tales antecedentes, y sin establecer por ello relación intrínseca, veíase con satisfacción el nuevo libro. « Todas las composiciones que comprende — agregaba el artículo — manifiestan una imaginación fértil, un talento cultivado, un gusto puro y nutrido con los únicos modelos dignos de imitarse en nuestros días, y prometen a la patria un poeta más, capaz de producir grandes cosas ». Finalmente, encomiaba la parte material: « la impresión, forma y encuadernación del libro, son tan buenas y elegantes como si se hubiera publicado en Europa ».

Dos días después (el jueves 20) *La Gaceta Mercantil* rindió un doble homenaje a *Los Consuelos*, pues publicó en el mismo número el juicio de un corresponsal anónimo y el juicio de la redacción del diario, que continuó en el siguiente. El primero ofrece dos observaciones principales: el sentimiento religioso y la polimetría de las piezas reunidas. « Observamos — escribe el corresponsal que firma A., refiriéndose al autor — que ha sido muy feliz en la elección de los modelos y que ha formado su gusto con la lectura de los verdaderos poetas y de los libros sagrados, y que rara vez (y eso a nuestro juicio sólo en sus primeras composiciones), se olvida que las divinidades del paganismo yacen entre las

ruinas de los templos griegos y romanos, solitarios en el día, sin víctimas ni sacerdotes. Estamos convencidos que el señor Echeverría cree con nosotros que la religión de Meléndez y de Lamartine ensancha mucho más el corazón y la mente, que la de Horacio y de Ovidio ». Y en lo que atañe a la métrica, opone a la crítica de quienes « se atienen, al juzgar las obras de imaginación y de gusto, a lo que han dicho Quintiliano, La Harpe o Martínez de la Rosa », la celebridad de algunos grandes poetas, debida « al juicio público y no a los anatomistas de palabras », para defender « la diversidad de medidas en el verso », siempre que su empleo no obedezca a simple capricho y halle justificación tan amplia como en algunas páginas del libro reciente. La nota de la redacción del diario, puede resumirse en este párrafo: « ... En fin, *Los Consuelos* tienen derecho a un puesto eminente en el Parnaso Argentino. El buen gusto que ha formado su autor en la escuela de los verdaderos poetas, la nobleza, sublimidad y energía de los pensamientos, el bello colorido de las imágenes, la fluidez del estilo, la buena elección del metro y esa elegante sencillez con que sabe interesar al corazón del lector, todo recomienda el justo mérito de esta obra ».

Un nuevo y extenso artículo que absorbió la primera plana del *Diario de la Tarde*, publicóse el lunes 24, sin firma; pero por una carta de Florencio Varela, revelada muchos años después, se supo que pertenecía a Juan Thompson. Gran parte del mismo trataba del concepto de « literatura nacional ». Como valiosa contribución al nacimiento de ésta en el país, el articulista saludaba con « emoción » el libro de su compatriota y sus novedades líricas, aunque sin desconocer lo que otros poetas argentinos hicieran y aun destacando su acierto en determinados géneros. Las

objecciones, discretamente expuestas, se mezclan a la misma trama de los elogios, y así anota la escasa unción del poeta en su plausible aproximación a los sentimientos religiosos, y señala en el tono melancólico, de penetrante simpatía, que singulariza a esos « consuelos » que sólo son « desahogos », el influjo de un medio moral propio « de una sociedad envejecida », donde hasta el amor, « ese sentimiento puro y delicado, despojado de sus amables hechizos, se muestra melancólico y casi siempre enlutado para herir el corazón que adora ». « Mas entre nosotros — aduce el crítico — las pasiones, como todo, se resienten de una juventud tierna : es obligación entonces dé aquel que reasume la elevada misión de escritor, si quiere desempeñarla con lealtad, ya que a la par del sacerdote tiene también conciencias a su cargo, animar, no afligir ; cantar la esperanza, no la muerte ».

Preveía el velado Thompson que el libro de Echeverría era de aquellos que se compenetraban con una generación. « Hará época », anunció. Y hoy sabemos que llegó a ser el devocionario lírico de sus días, dentro y fuera del país. También indicó Thompson en su artículo, como oposición a la tristeza fúnebre de aquel cancionero, « el camino abierto a nuestra literatura », o sea, según sus propias palabras, « estudiar nuestras costumbres, evocar lo pasado y embellecer lo porvenir ». Y tres años más tarde, un librito titulado *Rimas*, parecía responder en cierto modo a esos propósitos.

Rimas. — En 1837, Esteban Echeverría era algo más que el autor de *Los Consuelos*, el intérprete lírico de una generación argentina. Era también el innovador que trajera directamente de Europa el nuevo credo estético ; el inicia-

dor intelectual del grupo juvenil porteño más autorizado. « Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración — dirá Alberdi —, tuve las primeras noticias de Lermínier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine, de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica ».

No obstante, la « teoría » — como se dijera entonces — de aquel nuevo mundo del espíritu, esperaba aún su expresión escrita de quien la difundía en charlas amistosas. Creyóse que iba a hacerlo al frente de su nuevo libro de versos, ya anunciado como una revelación poética de la pampa, en el acto inaugural del Salón literario de Marcos Sastre. Pero apareció el volumen titulado *Rimas*, en septiembre de 1837, sin el prometido manifiesto, y a falta del mismo, un crítico anónimo, en el *Diario de la Tarde* (martes, 3 de octubre), tomó a su cargo la tarea de desentrañar el sentido poético de toda la obra lírica de Echeverría. Dedicó un primer artículo a *Elvira o la novia del Plata* y *Los Consuelos*, y al día siguiente detúvose a analizar *La cautiva*, el principal poema del volumen flamante. No cabe duda que el crítico estaba en el secreto del poeta y era uno de sus iniciados. Del mismo modo, puede decirse que este « discurso » — según la denominación que se le dió en sus días — es, a un mismo tiempo, la pieza principal del primer período romántico, en su género, y el ensayo inicial de un gran crítico futuro.

Juzgado el poemita *Elvira o la novia del Plata* como una « producción cuyo tipo no se halla en las literaturas que nos son familiares », y justificado, con amplitud de criterio estético, el raudal satánico que desborda en medio de aquel

idilio fúnebre, el articulista detiénese en *Los Consuelos*, donde el poeta « puramente artístico » que parecía anunciarse en la obrita anterior, muéstrase atormentado por el dolor y alternativamente poseído por la fe y la duda. « Distínguense *Los Consuelos* entre las obras de igual clase que conocíamos — nos dice —, como un individuo se distingue del resto de los de su especie »... « *Los Consuelos* son la biografía moral del autor, y todos nos manifestamos curiosísimos de conocer al hombre que sobrepasa del nivel común de la generalidad ». Como obra de poesía, el nuevo libro había introducido novedades que el informador sintetizaba así : « interpretaciones de la naturaleza no conocidas por nosotros ; imágenes de colorido desusado ; pasiones hondas y sentidas ; una dicción armoniosa y noble, pero más humana, digámoslo así, que la empleada por el mayor número de los hijos de Apolo de la Península española y de la corte de Luis décimo cuarto ». Y agregaba : « Cansados estábamos ya de la Arcadia y de sus pastores ; fatigados con el uso absurdo de una mitología a que los últimos romanos ya no daban crédito. Buscábamos una poesía que no consistiera en las palabras y una filosofía sin afectación ni pedantismo. Hallamos todo esto en *Los Consuelos* ».

No era todo. El libro de versos de 1834, había traído otra novedad : « la idea de una poesía nacional ». Algunas de sus composiciones (*Layda*, *El regreso*, *Al clavel del aire*), reflejaban ya « la fisonomía peculiar de nuestra naturaleza », de acuerdo con el principio romántico que el libro esbozaba en una de sus notas finales. Y el comentarista, conquistado por aquella revelación, aconsejaba : « Conviértase, pues, la vista a las dos inmensidades que a semejanza de dos gigantes en reposo se extienden a uno y otro lado de nuestro pueblo ;

contéplense la pampa y nuestro río, estúdiense sus armonías, y las escenas del desierto palpiten animadas en los productos de la mente argentina; matícense con las imágenes que allí abundan para que campee la originalidad, condición esencial de las obras de imaginación, si es que quieren suscitar el interés, fijar la atención y conquistar la admiración». Y en el artículo siguiente, dedicado a las *Rimas*, saludaba el nacimiento del paisaje en nuestra lírica, como expresión lograda de « color local », y justificaba la estructura del poema que lo contiene, en este párrafo revelador: « Cuando el lugar de las escenas de *La cautiva* es nuevo y recién descubierto para el arte; cuando en él resuena el alarido salvaje de la pampa, serpean las llamas del incendio, la sequía esteriliza y yerma, y el yajá (*sic*) se levanta fatídico sobre todo este mundo raro que anima el poeta, imposible era someterse a una forma que no naciese espontáneamente del seno de estas mismas cosas ».

Además de *La cautiva*, su poema principal, el nuevo libro de Echeverría presentaba un *Himno al dolor*, unos *Versos al corazón* y algunas canciones, que el autor declaraba haber compuesto en la época de su cosecha anterior. « No lo dudamos — confirma nuestro crítico — pero las consideramos nacidas en momentos en que el alma sola velaba a la luz de la contemplación. El tumulto de los sentidos se deja oír a veces en *Los Consuelos*; y los recuerdos del placer y del amor cruzan a menudo, como nubes doradas, el cielo sombrío de aquellas poesías ». O sea que estas otras son « como el fruto de una larga experiencia en la escuela de los padecimientos del espíritu »... « ¡ Triste escuela, por cierto ! Pero desgraciado también del que no se alecciona en ella... Feliz el que sube a tanta altura que en el potro del tor-

mento puede entonar un himno... ». No obstante, el crítico anónimo declara su disidencia con el materialismo del poeta : « su himno al dolor y sus versos al corazón, parecen más bien escritos por un discípulo de Zenón que por un discípulo de aquel otro maestro que con su ejemplo sublime eclipsó las ásperas virtudes del Pórtico : más se acercan a los raptos altivos de aquel genio que dijo « el dolor es ciencia » (Byron), que a la mansa resignación del autor de las meditaciones poéticas y religiosas » (Lamartine). Y espera poder decir un día todo lo contrario...

¿Quién era el autor de ese ensayo crítico, modestamente firmado con tres asteriscos? La pieza tuvo resonancia en sus días, y debió ser considerada como la revelación de un escritor y, a un tiempo, la reaparición de un género literario poco cultivado en nuestro periodismo. Mencionada con elogio en otro artículo, también anónimo, y atribuido a don Alberto Lista, que *El Tiempo*, de Cádiz, dedicara a las *Rimas*, fué, asimismo, reproducida íntegramente (menos el encabezamiento), como prefacio de la segunda edición de *Los Consuelos*, impresa en Buenos Aires, en 1842, por estimar los editores a dicha pieza « como la apreciación más completa de las obras poéticas del señor Echeverría que haya producido nuestra prensa periódica ». Pero el nombre del autor tampoco apareció al pie de su trabajo. Poco después, aquel mismo año de 1842, en una nota de la introducción a la edición póstuma de las *Poesías* de Adolfo Berro, rasgó el velo don Andrés Lamas. El autor era don Juan María Gutiérrez. Mas éste mismo hizo siempre el silencio en torno a su juvenil estudio, y, por tanto, se le buscará en vano entre los diversos juicios recopilados por él, mucho más tarde, en el volumen V de las *Obras Completas* de su amigo.

IV

« ESTUDIO DE LO BELLO EN LAS ARTES Y EN LA LITERATURA »

Con Esteban Echeverría llegó, pues, directamente a Buenos Aires, el romanticismo de Francia, « vivido » en París, durante su lustro esencial, por el poeta porteño. Precursor en América y simultáneo al de España, el romanticismo echeverriano, vale decir, argentino, significó la emancipación literaria, respecto a los modelos hispanos, complementaria de la política. Así lo comprendieron los jóvenes amigos que rodearon al introductor, poco después de su regreso. El « mundo nuevo » de su primera hora parisiense, lo fué también, por su intermedio, para el pequeño grupo de iniciados que escuchaba la palabra del maestro y devoraba los libros reveladores que él trajera. « A Echeverría — escribió Alberdi, en las páginas póstumas de *Mi vida privada*, y a continuación del párrafo anteriormente transcrito — debí la evolución que se operó en mi espíritu con las lecturas de Víctor Cousin, Villemain, Chateaubriand, Jouffroy y todos los eclécticos procedentes de Alemania, en favor de lo que se llamó el espiritualismo ».

Los nombres de Cousin y Villemain evocan los famosos cursos universitarios dictados en París, de 1828 a 1830. Si agregamos el de Guizot, se completará aquel trío de grandes oradores que dieron a sus clases de filosofía, de crítica literaria, de historia de la civilización, la resonancia mundana de la elocuencia tribunicia. ¿Aludía a dichos cursos M. Marmier cuando al referirse a los recuerdos parisienses del proscrito de Montevideo, citaba « aquellas lecciones de la Sorbona que eran acontecimientos »? En 1830 inauguró Claudio

Fauriel su curso de literatura extranjera. No lo alcanzó Echeverría, y debió de lamentarlo, pues el colector de los *Chants populaires de la Grèce moderne* (1824) e historiador, desde la cátedra, de la poesía provenzal, fué un investigador de los orígenes de las literaturas y tuvo el culto romántico del carácter nacional en ellas.

Gutiérrez se consoló de no haber hallado para la biografía de su maestro y amigo « rastro de las lecciones que debió escuchar a los notables profesores », con el hallazgo de extractos minuciosos de sus lecturas. « Entre los maestros de filosofía — nos dice — le merecieron particular atención los siguientes : Tenneman (Filosofía), Leroux (*De l'eclecticisme*), Cousin (*Hist. de la philosophie*), De Gérande (*De l'humanité*), Damiron (*Cours de philosophie*) ». Y revela que en un manuscrito del poeta contó « trece autores, cuyos nombres son los siguientes, colocados en el orden en que aparecen en las páginas del volumen : Montesquieu, Sismondi, Wattal, Lermínier, Lamennais, Guizot (*Hist. de la civilización europea*), Lando, Vico, Saint Marc Girardin, Vinet (*Liberté de cultes*), Chateaubriand (*Los Estuardos*), Pascal (*Pensamientos*) ».

De esa lista de autores y obras se infiere que una parte de las lecturas fué hecha en Buenos Aires, prueba de que Echeverría mantuvo comunicación intelectual con París y recibía obras que, sin duda, él encargaba. Pero en lo que corresponde especialmente a literatura, poco se acrecentó su caudal parisiense ; y con elementos adquiridos durante su ausencia elaboró en Buenos Aires las páginas de su teoría.

La prédica estética del innovador se desarrolló en la charla íntima de su círculo de amigos. Habíales prometido, sin embargo, exponer sus ideas en un *Estudio de lo bello en las artes y la literatura*, que debió figurar, según dijimos, como

prefacio de las *Rimas*. Al aparecer el volumen, en septiembre de 1837, sin el trabajo esperado, el citado articulista del *Diario de la Tarde* lo reclamó al poeta en estos términos :

« Sabemos, a no dudarlo, que el autor tenía premeditado el poner al frente de su nueva publicación una teoría extensa y nueva sobre el arte o sobre su metafísica estética. Este trabajo interesante para los estudiosos, serviría a la vez al poeta, ya de escudo contra los tipos viejos de la estética descaminada, ya para colocar al lector en el punto de vista adecuado a la talla de sus personajes, a las sombras, luces y colorido de sus cuadros. Serviría igualmente de antorcha fiel para seguirle los pasos en el camino de su pensamiento, decidiéndonos a proseguir por su vía o a darle las espaldas tomando otro sendero. Ha desistido por ahora de su propósito, considerando, sin duda, que aun no ha cerrado el círculo de sus trabajos artísticos ni hecho vibrar todas las cuerdas de su arpa : condición necesaria para poseer todos los materiales con que debe alzar el edificio de su teoría. Trabajo es éste, útil y necesario : trabajo por que clama una generación que se endereza a los veneros del saber, y que aplicando la razón a todo objeto, detiene el paso (al poeta mismo) preguntándole qué quiere, a dónde se encamina. »

La « teoría » prometida no fué publicada nunca por su autor. Un cuarto de siglo después de su muerte, el volumen V de sus *Obras Completas* reunió seis breves ensayos, hallados entre sus papeles, que pertenecían al proyectado estudio. « Me he resuelto a publicar aparte este opúsculo — dice en uno de ellos — porque al lado de mis versos tendría visos de comentario o apología... » Si sus amigos esperaban el trabajo como prefacio de las *Rimas* — al modo de Hugo — y él pensaba publicarlo aisladamente, la declaración debe

corresponder a fines de 1837. Dicho estudio sólo ocupa, y con holgura, 55 páginas de las *Obras*. Sus ideas reflejan con estrecha fidelidad a los autores predilectos leídos en París, y aun el estilo suele reproducir la manera de su modelo visible. La cultura literaria de Echeverría fué exclusivamente fruto de su estada en París, y aquellas páginas que son su síntesis, aguardaron, pues, varios años, para ajustarse a esta otra declaración del autor en ellas: « Además, bien puede permitírseme a mí teorizar sobre una materia en la cual he dado pruebas de que soy capaz de producir algo... ». Pero al no aparecer como prefacio de las *Rimas*, el estudio fué sacrificado por las circunstancias. La situación política del país acentuó sus tonos sombríos en 1838, y Echeverría abandonó a sus poetas por los economistas, los ideólogos y los teorizadores sociales. El *Estudio de lo bello en las artes y en la literatura* fué inmolado en los umbrales del *Dogma socialista*.

V

ACERCA DEL SONETO

La admiración por los sonetos de Petrarca, sobre todo por los escritos después de la muerte de Laura, arrancó a Sainte-Beuve esta confesión votiva:

J'irais à Rome à pied pour un sonnet de lui.

En el primer lustro del romanticismo militante de Francia, Sainte-Beuve intentó renovar el prestigio de aquella forma poética que había sido empleada gloriosamente por Shakespeare, Petrarca, Tasso, Camoens, Dante, Spenser y

Milton, según la ordenación establecida en el soneto de Wordsworth que el joven poeta francés imitara en uno de su pluma, y a cuyo último terceto reservara el anuncio de su propósito restaurador :

*Moi, je veux rajeunir le doux sonnet en France ;
Du Belley, le premier, l'apporta de Florence.
Et l'on en sait plus d'un de notre vieux Ronsard.*

De Italia, en efecto, había vuelto Du Bellay con su cosecha de sonetos franceses, y poco después, en el célebre manifiesto de la naciente « Pléiade » (1549), aquella forma fija había sido propuesta a los innovadores de la poesía francesa, mientras se execraban otras (despectivamente relegadas a los juegos florales) de hondo arraigo local. Un largo siglo más tarde, Boileau proclamaba desde su cumbre (*Art. poét.* Ch. II, vv. 83-94), que el mismo Apolo había inventado « las rigurosas leyes » del soneto, y que

un Sonnet sans défaut vaut seul un long Poème.

El siglo XVIII prefirió el extenso poema, faldulario zurcido de inversiones y perífrasis. Y la prolongación de sus gustos poéticos a los días del Imperio, anuló al soneto en los fastos napoleónicos. La resurrección que intentaba Sainte-Beuve al terminar el tercer decenio, tenía, pues, el significado de un eslabón que debía vincular el romanticismo con la Pléyade, como en otro sentido lo era el helenismo de la obra póstuma de André Chenier. Pero la musa romántica, de formas opulentas a pesar de su melancolía suspirante, no se sometió, sino en contadas ocasiones, a la cotilla renacentista. El soneto fué desdeñado por los maestros; no lo emplearon Lamartine, de Vigny, ni, salvo en dos oportunidades

muy lejanas de aquella hora inicial, el multiforme Hugo...

¿Influyó ese desdén — confesado por el primero — en la condenación del soneto por parte del discípulo argentino que, ignorado y anheloso, recibía en calles, aulas y salones del París de Carlos X, la impregnación romántica? Tal vez. Pero en la obra de Esteban Echeverría, aquella exclusión fué, sobre todo, acto de antiespañolismo. Lo revela esta declaración, copiada de las páginas póstumas que contienen sus apuntes sobre temas de estética :

« El soneto, forma mezquina y trivial de poesía, ha estado y está en boga entre los versificadores españoles, y no hay casi poeta, tanto del siglo de oro como de los modernos titulados restauradores de la poesía, que no haya soneteado hasta más no poder ».

El soneto estaba representado con alguna profusión en *La Lira Argentina* (1824), cuyo índice le dedica una sección especial ; y al hallárselo en aquella recopilación de la poesía revolucionaria, nuestro innovador romántico debió considerarlo como una de las muestras vitandas de la supervivencia metropolitana en pleno período de emancipación política. Aquella forma itálica había dado, a través del modelo español, troquel cortesano a los juegos y homenajes virreinales de los versificadores de Buenos Aires, en los comienzos del siglo. Después de la « gran semana », siguió gozando de los mismos privilegios, y López y Fray Cayetano elevaron el soneto hasta el arco toral del Cabildo, como ornamento cívico de las fiestas patrióticas. La poética de la Independencia respetó su jerarquía, si bien los representantes mayores, De Luca y Juan Cruz Varela, no se sometieron a sus grilletes. Tocábale abolirlo al libertador de 1830.

En la dedicatoria de *Elvira* (que no acompañó al poemita

y exhumó Gutiérrez en las *Obras*, t. V, pág. 150), nos revela Echeverría su convicción de haber escrito algo de que no podrá hallarse « modelo ninguno en la poesía castellana, siendo su origen la poesía del siglo, la poesía romántica inglesa, francesa y alemana ». Y a renglón seguido declara su afán de originalidad : « Todos mis esfuerzos siempre han tendido a salir de las vías trilladas por nuestros poetas ». Secuaz de las literaturas románticas con su cohorte de espíritus del aire, del agua, del fuego y sus genios de la luz y de la tiniebla, se rebelaba contra las formas comunes que, según él, « no se cansa la ridícula vanidad de los preceptistas de recomendar por modelos ». Y en la misma página donde lo dijo (*La canción*), trazaba honda frontera entre los romanceros primitivos de España, siempre vivos y fecundos (y sobre todo « homerizados » por Hugo), y « la importación del *italianismo* por Boscán y Garcilaso », estéril semillero, a su juicio, de « sonetos, odas y anacreónticas » (*sic*).

No obstante, aquella exclusión no contó con el apoyo de los rimadores de su tiempo. Florencio Balcarce, Juan María Gutiérrez, Mitre, Rivera Indarte, Claudio Mamerto Cuenca y algunos más (los residentes en Chile, por ejemplo, como Real de Azúa y Godoy), cultivaron el modelo proscrito por el innovador. En cambio, José Mármol no se dejó tentar por la forma « mezquina y trivial » que no desechara su admirado Espronceda...

RAFAEL ALBERTO ARRIETA.

EL AMOR EN LA LITERATURA

EDGAR POE Y VIRGINIA CLEMM

Como un predilecto de la desventura aparece ante los ojos de la posteridad Edgar Poe, el poeta que hizo resonar la más pura y alta nota lírica de América. Este patético escrutador del misterio sostuvo con el destino, durante toda su vida, breve y trágica, la más cruenta de las contiendas. Ensayamientos de usurero tuvo para con él la suerte, pues hasta las monedas que ocasionalmente le arrojó al pasar, le resultaron falsas.

Vino al mundo trayendo una lira de oro en la mente, mágicas virtudes de creación en la fantasía y un torbellino de emociones en el corazón; pero también, infiltrada en su organismo la tremenda larva de la herencia alcohólica. Huérfano y misero, encontró en su primera infancia un hogar eventual y una madre de adopción. Mas todo se lo arrebataron, ¡ay! sin misericordia, la incomprensión, el rencor y la muerte. El ambiente primario y por lo mismo incomprendible y hostil en que le tocó vivir, lo desconoció, lo envidió, lo repudió, hasta lo deshonró, y sólo a costa de torturas sin cuento le sería dado realizar su destino de artista y de poeta esplendoroso.

Porque idolatraba la Belleza y la Armonía pudo su vida

interior sostenerse fastuosa en las regiones del espíritu, mientras que su existencia material reptaba entre implacable y envilecedora miseria. ¿Encontró siquiera en su camino el supremo amor de sus ensueños? Sí; pero fué para que en larga agonía se lo arrebatase la muerte.

Si en fugaces ocasiones lo asistieron y consolaron amigos fieles, siempre enemigos sañudos lo persiguieron y humillaron. Hasta cuando al extinguirse su vida la gloria irradió sobre su nombre, la envidia y el rencor corrieron a acumular sobre ella, comentarios malvados, diagnósticos póstumos de vesanía, acusaciones de vicio, y lo que es más repugnante todavía, a profanar el romance de su infausto amor con infames disputas.

Rebelándose en vano contra tanta adversidad vivió aquel hombre. Se sublevó contra la miseria y contra la calumnia, contra la injusticia y contra la muerte, contra el hambre y contra la herencia fisiológica que le carcomía el cuerpo y le relajaba los nervios. Su turbulento corazón halló, sin embargo, energías para enderezarse tras cada golpe de la fatalidad sobre su propia ruina, y para librar batallas porfiadas e inútiles con su inexorable suerte.

¡Dramática historia de hombre! ¡Agobiadora predestinación de artista! ¿Encarnó jamás alguien como él, aquel símbolo del albatros prisionero, cantado por Baudelaire, su amigo fraternal de Francia? Sujeto a la befa de la mediocridad, debatiéndose dentro de un ámbito menguado y hostil, sin recursos, enfrentado a todos los contrastes del mundo físico y del mundo moral, puede decirse de él más que de otro ninguno, que se parece al pájaro cautivo, dominador de los altos espacios, pero inválido en el suelo, donde agobiado por el peso de sus alas, no puede avanzar

sino con pesado y claudicante paso entre el escarnio de la turba :

*... Exilé sur le sol, au milieu des huées
ses ailes de géant l'empêchent de marcher...*

Nieto de un general de la independencia americana, Edgar Poe fué hijo de actores. Soldado-actor era su padre, y actriz de raza Elisabeth Arnold, su madre, muerta de consunción casi entre bastidores, dejando tres chiquillos extenuados, muy pequeños aún, e incapaces de comprender su propio infortunio. Almas caritativas los recogieron, y el pequeño Edgar, separado de sus hermanos, se asiló en el hogar de John Allan, negociante en tabacos, quien más tarde había de desligarse de él sin escrúpulos. Cuidaron la primera educación del niño, le llevaron accidentalmente a Inglaterra, y ya adolescente hiciéronlo ingresar en la Universidad. ¿Qué había encontrado en la casa que lo acogiera? Una adusta y seca asistencia material por parte del negociante, tan refractario a las cosas del espíritu como devoto a las del comercio; mas también la clemencia de una madre adoptiva.

En los pasajes más espinosos de su existencia, Edgar Poe fué repetidamente socorrido por un corazón de mujer. Su sed de cariño, acuciada por no sé qué misteriosa intuición, empujábalo hacia la feminidad. Mucho hizo Mrs. Allan por amortiguar choques entre su marido despótico, brutal, reacio al gasto que le ocasionaba el sostenimiento de aquel para él inservible poetastro, y el muchacho tumultuario, apasionado, quimérico, verdadera antípoda espiritual del comerciante. En esta primera madre adoptiva halló un poco de magnanimidad el huérfano, y por gratitud hacia ella agregaría más tarde a su nombre el apellido del grosero comerciante que le rechazó. Y cuando la noble mujer murió.

una punzante nostalgia de regazo perdido acongojó sus días.

Solo en el mundo se quedaba otra vez Poe. Era por entonces un muchacho bello como Antínoo y turbulento como una marejada. Sensible y sin cariños, abandonado definitivamente por mister Allan — ahora casado otra vez y con hijos propios, — emprende la ruda empresa de vivir con el producto de su esfuerzo. No tenía profesión; había pasado por la Universidad sin graduarse y por la Academia Militar sin doblegarse a la disciplina. Era demasiado orgulloso, así para avenirse a pedir como para someterse a norma rígida ninguna. Carecía de dinero; ensueños y proyectos de esteta puro lo alucinaban, y al paso que publicaba versos sufría hambres en trances de negra miseria agravada por la orfandad de un corazón ávido.

En las redacciones rechazaban sus escritos; se albergaba en pocilgas, faltábanle vestidos, fuego y pan; pero lo más insoportable para él no era el sufrimiento físico, sino la desolación de su alma anhelante de ternura. Tanta fué su pobreza en aquellos días, que por no tener traje debió rehusar cierta vez la cordial invitación a comer de un hombre de pluma, un posible protector, vivamente interesado por sus cuentos. Cuando después consiga una plaza subalterna en cualquier revista, o cuando llegue a contar con un misérrimo sueldo semanal, se considerará dichoso. Redactor de numerosas publicaciones en tiempo y lugar en que se desdeñaba la literatura por considerarla trivial e improductivo pasatiempo, refugiado por necesidad en posiciones inferiores, trabado para realizar sus ideales de arte creador, se dedicó un tiempo a la crítica. ¡Cuántos, y qué tenaces, qué acerbos rencores le acarrearon sus censuras fundadas en fuerte doctrina y expresadas en mordiente estilo!

¡ La amargura de estar solo ! Nadie la sintió tan intensamente como él por aquel entonces. Incomprendido y famélico pero soberbio, dolíale por sobre todas las otras flagelaciones de la suerte, la falta de amor, supremo amparo que siempre añoró.

Cuando una novia de la adolescencia se dió a otro en matrimonio, el desengaño le dejó un amargo pregusto del desastre que había de anonadarlo después : la pérdida de la mujer querida.

Ha dicho Maeterlinck que « la grandeza de un hombre se mide por la de los misterios que le atormentan ». Si ello es verdad, nunca hubo más grande alma que la de este poeta de América, cuya existencia transcurrió bajo los signos del Amor y de la Muerte. ¿ No fué acaso el Amor ensombrecido por el ala fatídica de la Muerte el que inspiró los más hondos y atribulados sonos de su lira ? Sí ; ése fué el drama que vivió el hombre ; ése el canto que con estupenda cadencia funeral entonó el artista.

Mas no bastó que mientras marchaba a tropiezones sobre el suelo adverso sufriera acerbos vejaciones el albatros. Faltábale todavía por recibir el golpe mortal.

Cuando Dios hubo creado al mundo y contemplado al hombre solo entre seres múltiples de otras especies, consideró necesario, — dice la leyenda bíblica, — darle por compañera a la mujer, « carne de su carne », para que ambos fuesen uno.

Solo, de toda soledad, perdido como su antecesor de los primeros días en el Universo, sentíase Edgar Poe sin la mujer. Tan desamparado, tan incapaz de sobrellevar su existir terrenal se hallaba sin ella, que cuando perdió su compañera él mismo se perdió.

Se ha dicho que toda su producción se unifica en un rasgo fundamental: la castidad. Es cierto. Lo erótico no cobra jamás relieve en aquel conturbador museo de sentimientos y fantasmagorías. Amores casi sobrehumanos, y muchos de ellos de proyección extraterrestre, atraviesan sus páginas; heroínas de ilusiva belleza y extraño espíritu refléjanse en sus cuentos y sus versos; mas la exaltación de la pasión carnal nunca desvía ni perturba su pura efusión lírica.

Es que Poe profesó por la mujer un culto hecho de devoción, de idealismo y de ternura. Remanso para su atropellado corazón, sostén para sus luchas, compañía para su soledad: eso es lo que sobre todo persiguió en ella. Sin una mujer que le alentase, su espíritu trastabillaba. Solitario desde la infancia (ni de madre ni de hermanas, percibido influjo), penetró con la sensibilidad exacerbada y el corazón ansioso en la existencia. ¡Y del corazón femenino únicamente esperaba su angustia confort y comprensión!

Este fervor casi metafísico por la mujer-compañera, por la mujer-amiga, por la mujer-salvaguardia ¿excluyó a la mujer-amante? Seguramente no; pero el poeta supo expurgar su obra de toda efusión sensual.

A la mujer ideal, a la compañera exquisita las cantó Poe, no como a inaccesibles desvaríos, sino como a personificación posible de sus anhelos de paz para sus inquietudes, de lenitivo para su abandono, de alivio para sus pesadumbres. Por ella se sintió atraído desde su primera juventud, mucho más que por sus camaradas varones de escuela o de trabajo. Y data de aquel tiempo su acercamiento a la señora Stanard, madre de un condiscípulo, cuyo afecto casi maternal suscitó en el huérfano algo como una devoción más tarde expresada en estrofas de áurea poesía. De dolorosa muerte antes espi-

ritual que física murió la dama aquella. Y otra vez la fatalidad hirió al muchacho, arrancándole de lo íntimo un conmovedor responso lírico. Estaba escrito que las creaciones artísticas derivadas de su hiperestesia debían escrutar desesperadamente el misterio del más allá.

En cierto momento, llegada para él la plenitud física y mental, y pasadas las primeras experiencias de su sentimiento, creyó que su aspiración se realizaba, cuando encontró a la dulce y bella Virginia Clemm y la hizo su esposa. Imagina, al unirse con ella, haber derrotado al destino y dado por fin con la « carne de su carne ». La muchacha tenía catorce años y era prima del poeta. Una niña apenas ; pero una maravillosa niña-mujer, cuya madre, María Clemm, había de convertirse para Poe en reencarnación de la propia. ¡ Admirable mujer por cierto, esta María Clemm ! Viuda y pobre casi hasta la miseria, no vaciló en acoger cariñosamente al hijo de su hermano, quien, además de protección halló en su casa los grandes ojos negros y la cautivante sonrisa de Virginia, « Cissy » como por sobrenombre familiar se la llamaba. Era pequeña y primaveral, cantaba melodiosamente, y su tez blanquísima en vivo contraste con sus cabellos renegridos auguraban ya, para la edad adulta, una rara belleza. Su casamiento pareció un desatino, y con tal de evitarlo, algunos parientes se ofrecieron a secuestrar a Virginia. ¿ Qué porvenir — decían — podía ofrecerle aquel hombre de veinte y siete años, cuyo único bien consistía en un menguado y aleatorio sueldo proveniente de papeles impresos ?

Defendió el poeta tenazmente su amor, hasta que María Clemm consintió en casar y guardar a su lado a la pareja. Quien haya leído el poema titulado « Eleonora », habrá percibido la delicadísima emoción de aquel límpido amor, a

cuyo conjuro « todas las cosas bellas se hicieron más hermosas » cerca de la niña « inocente como la corta vida que había llevado entre las flores ».

Comienza aquí para Edgar Poe un paréntesis de jamás conocida felicidad, que se revela en cartas exaltadas. Pobres de solemnidad eran los recién casados, mas ¿qué les importaban a ellos las privaciones si contaban con la espléndida fortuna de su amor? Todas las tormentas del poeta parecen aplacarse; hasta la amenaza latente de su herencia fisiológica se disfuma. Ha conquistado hogar, madre y esposa, y ésta, aunque muy joven, sabe afrontar la lucha solidaria con el amado, retemplando su delicada complexión en la propia ternura.

Admirable espectáculo fué para los testigos de sus vidas en aquellos años, el de la chiquilla endeble oficiando junto al escritor de auxiliar y de guardiana. ¿Se vió acaso alguna vez a la paloma protegiendo al águila o la gacela resguardando al león? Niño grande en cuanto al sentir, el poeta duda a veces de tan pródiga realidad, y cuando escribe cartas de negocios le ocurre interrogar a su corresponsal así: « ¿Ha oído Vd. hablar de mi casamiento? ». Es el muchacho desheredado que por milagro se encuentra de pronto dueño de un tambor. ¿Cómo no afirmar su posesión batiéndolo con estrépito?

Su situación económica es, sin embargo, desastrosa. Se ha endeudado para adquirir un modestísimo ajuar matrimonial; a costa de abrumadoras tareas gana en las revistas retribuciones irritantemente mezquinas; obligaciones subalternas le coartan la libertad y le desecan la mente; los colegas de letras fingen ignorarlo o lo denigran... ¡No importa! Por la magia del amor es dichoso como nunca.

Para ayudar a sostener el indigente hogar, María Clemm admite huéspedes. Ellos serían quienes dejaran a la posteridad testimonio de lo que en aquél vieron, y por ellos sabemos ahora la verdad : un inobjetable decoro presidió la unión de los esposos. Cierta torva maledicencia acusó al escritor de embriaguez consuetudinaria, de conducta desordenada, hasta de haberse casado por interés. Lo cierto ha resultado ser que por aquel entonces Poe no bebía, y antes por el contrario, luchaba triunfantemente contra las traicioneras sollicitaciones de su tara hereditaria. Dentro y fuera de su casa mantenía el más circunspecto comportamiento trabajando con tesón al lado de Virginia, cuya belleza en flor irradiaba dulzura. Aplicábase al mismo tiempo a formar el espíritu de su mujer, y ejercía sobre ella, delicadamente, algo como una tutela educativa de orden intelectual. Virginia por su parte asumía ante él las responsabilidades « de una joven madre para con su primer hijo », dijeron los testigos. ¿No os parece conmovedor el contraste? Guiada por su marido, acabó Virginia por adquirir una cultura a tono con el ambiente en que su existencia se desenvolvía ; al paso que él, reconfortado por la sedativa devoción de su compañera, enfrentaba bravamente la hostilidad de los hombres y los asaltos de la penuria. « Nosotros tres sólo vivimos el uno para el otro », solía a la sazón exclamar María Clemm, altruísta madre de los desposados.

Fuera de su labor forzada en el periodismo que lo alimenta, el poeta produce poco durante estos años de encantamiento. En una casita reducida — cabaña de muñecas, la llamó alguien — pero ordenada y luciente gracias a María Clemm que hacía milagros, habíanse refugiado. Allí tenían, Poe su rincón de trabajo y Virginia sus flores. Veces hubo

en que les faltó lo necesario, pero en días de relativo desahogo hasta pudieron disponer de un piano. Pues ha de saberse que aquel excelso cultor del arte puro adoraba la música, y por eso acaso música de extraña cadencia y patética resonancia son sus versos. En el canto que cultivaba entonando con voz de cristal trovas y baladas inglesas, buscaba por su parte Virginia desahogo para sus efusiones íntimas. Y así ambos espíritus se refundían en una como armonía connubial. ¿Iba a dejarles gozar largamente la suerte la dulzura de su amor compartido, a trueque de las desazones que acibaraban su existencia material? Un punto lo esperaron ellos así... ¡Pero se equivocaban!

Hay pájaros que tras modular sus trinos mueren exhaustos, exhalando la vida en un supremo gorjeo. Al ave que sus propios arpegios aniquilan se pareció Virginia, cuando el zarpazo de la enfermedad cayó sobre ella mientras entonaba una romanza. El terrible morbo agazapado de antiguo en su organismo la sorprendió sin matarla bajo el golpe, pero fué para condenarla a una agonía inacabable. « Me pide Vd. que le indique — le escribía Edgard Poe a uno de sus amigos — cuál fué el mal determinante de las irregularidades de mi vida. ¡ El más grande que puede atormentar a un hombre ! Hace seis años, a mi esposa a quien yo amaba como jamás amó a nadie hombre ninguno, se le rompió un vaso del pecho en circunstancias que cantaba. Perdí la esperanza de salvarla. Me despedí de ella para siempre, y padecí todos los suplicios. Pero se restableció en parte y yo recobré ánimos, hasta que al cabo de un año se repitió el desgarramiento, y con él mi martirio. Así otra, y otra vez, a intervalos diferentes. Tan bárbaras alternativas me enloquecieron, y tuve periodos de absoluta inconsciencia durante los cuales yo bebía y bebía

como un enajenado. Entonces mis enemigos atribuyeron mi locura a la bebida en lugar de atribuir la bebida a la locura ». La carta termina con este grito de congoja : « ¿Cómo no había de concluir con mi juicio este aterrante oscilar entre la desesperación y la esperanza » ?

Tal fué el nudo del aciago drama que se desenlaza con la ruina espiritual del hombre y la truculenta muerte de la mujer. Minada por la tuberculosis, Virginia agonizó por años y años, ante la desgarrada e impotente expectación de su marido y de su madre. En el hombre tarado por la herencia mórbida, despertáronse violentamente, y exigieron su siniestro tributo, fuerzas oscuras hasta entonces refrenadas o adormecidas. La pesadumbre, el desequilibrio nervioso, el agotamiento orgánico acabaron por desquiciar también la conciencia del poeta, una vez quebrantadas las últimas resistencias de su constitución empobrecida. E impotente para seguir luchando contra las embestidas de la diatesis hereditaria, se encenagó en el alcohol.

Con atormentada consagración cuidó sin embargo Poe en todo momento a su enferma, secundando a María Clemm, heroicamente erguida contra el destino para defender a sus hijos.

Pasaba él largas horas a la cabecera de Virginia, sintiendo cómo la desesperación le acuchillaba el pecho, cómo bamboleaban los baluartes de su razón, cómo le irrumpían en el cráneo avalanchas de sombra, y entonces salía disparado a la calle en demanda de la taberna consolante y maléfica. La madre iba en su busca, lo reintegraba dulcemente al hogar, lo apaciguaba y lo acunaba como a un niño, para enseñarle, cuando se recobraba, la sublime virtud de sonreír ante la enferma y de ahuyentar sus cuitas, levantándole en la afie-

brada imaginación castillos de esperanzas. A veces sobrevenían períodos de mejoría para Virginia. Cuando la sinies-trá inminencia de la muerte parecía conjurada, Edgar Poe volvía a entregarse con ahinco al trabajo, para pagar con las monedas de usura que éste le procuraba, un desahogo material tan relativo como efímero. Más vehemente que nunca manifestábase en tales circunstancias su amor, rayano en adoración. Junto a su mesa de trabajo, Virginia tornaba a prodigarle, entre cuidados y sonrisas, antes de irse para siempre, los inagotables tesoros de su corazón. Como una sobreexcitación emponzoñada por funestos presentimientos, describen quienes la presenciaron, aquella dicha fugaz. « Le vi — dice un testigo — rondar tal una madre afligida, en torno de su lecho de enferma; si ella tosía él temblaba, y fué sin duda tan lenta y torcedora congoja ante los progresos del mal, la que contribuyó a prestarle sonoridades fúnebres a su canto inmortal ».

Esta constante prefiguración de la muerte debió, en efecto, asediario mientras velaba a la cabecera de la sufriente. ¿No habrá que buscar en sus noches insomnes y pobladas de tétricos fantasmas, la célula generadora de « El Cuervo »? Recordemos que la poesía fué escrita dos años antes de la defunción de su mujer-niña, es decir, cuando con la imaginación la había visto él morir ya tantas veces, cuando el dolor le tenía dilacerados corazón y cerebro.

Cuantos por entonces se le aproximaron, sintiéronse conmovidos, así por su consagración a la enferma, como por su tribulación ante las crisis que solían asaltarla. Quien en tran-ces tales lo sostenía era la madre. Ahogando su propia pena, la valerosa mujer dábale entera a calmar la de sus hijos, y nadie mejor que ella mereció ese nombre augusto de madre

con que el poeta le testificó su veneración hasta la muerte. Un común amor por la dulce y desdichada Virginia unió aquellos dos seres a la manera de dos ramas que se nutren de una misma savia, adheridas al tronco por fibras idénticas.

Providencia humana es para sus hijos desvalidos y enfermos María Clemm ; ella organiza el hogar, atiende a la doliente, asiste al hombre cada vez más sumido en su dolor ; ella se desvive por atenuar los rigores de la miseria ; ella va ofreciendo de redacción en redacción los artículos de su vendido « Eddie » ; ella aborda a los editores, discute con ellos, los convence o los reconviene por su incomprensión o por su avaricie ; ella disculpa u oculta los desfallecimientos y los desórdenes del escritor ; ella se ingenia para sustentar el hogar estirando los centavos ; y gracias a ella, en la menesterosa morada donde no hay fuego, donde se come apenas y donde la enferma incurable arrastra por años su martirio, brillan siempre la decencia, la pulcritud, el recato. Brilla sobre todo el amor ; un desvelado, precavido y fervoroso amor.

Era una mujer grande, de rasgos casi masculinos, muy distinta de su frágil hija, en quien la delicadeza y la feminidad triunfaban. Cual si su abnegación la santificase, irradiaba María Clemm misericordiosa y resignada dignidad. ¿Cómo esta seráfica figura de madre, no ha conseguido inspirar respeto a los comentaristas de Poe ? Exégeta hubo que afirmó : « el cariño de María Clemm no fué en Poe sino un sentimiento subalterno ». ¿ Nada significa para ese crítico el homenaje vibrante de efusión filial que le hace a María Clemm el poeta, — en la conmovida composición que un eminente poeta argentino, Carlos Obligado, ha vertido bellamente a nuestro idioma, — y en la cual le atestigua ado-

larla « más que a su madre verdadera, muerta en edad temprana » ?

Subalterno encontró también aquel comentarista el amor de Poe por Virginia, después de examinarlo a la luz del psicoanálisis. ¿ Los impulsos afectivos del poeta, su invencible inclinación a las amistades femeninas ? Simples repercusiones del « complejo de Edipo », determinadas en la subconsciencia por el lejano recuerdo de su madre. ¡ Qué repugnante regresión de la especie humana hacia la bestia, implican a mis ojos, esas teorías pansexuales que, sin ton ni son, propalan sus prosélitos a ultranza ! Pero lo más repulsivo en el presente caso, es que el sofisma freudiano ha sido especialmente desarrollado en sesudos volúmenes, con respecto a Poe, por una mujer. ¿ Nada sabrá del amor puro quien justamente por ser mujer nos parecería predestinada a comprenderlo ? ¿ Nada de la maternidad ? ¡ Triste cosa por cierto ese esnobismo retórico lustrado de falsa ciencia ! ¡ Y más triste cosa todavía, comprobar en la circunstancia actual sus consecuencias : la hipotética rosa comportándose como verdadera ortiga !

Durante lo que podríamos llamar sus remisiones, Edgar Poe encerrábase a trabajar durante meses, pero la agonía de Virginia renovaba su inhibición mental y su zozobra. Apenas arreciaba la consunción de la paciente, la producción intelectual se le trocaba a él en tormento: No hay recursos en la casa si él no trabaja, y la enferma necesita abrigo, alimento, medicinas costosas. Una corriente de aire, la carencia de un remedio oportuno pueden aniquilarla. Y la pobre cabeza cuya forzada actividad debe conjurar tantos daños está vacía, calenturienta, enloquecida...

A extremos inauditos llegó a veces la estrechez del tugurio

que los albergaba. En una alcoba pequeña y dismantelada, de techo tan bajo que podía tocarse con la mano, veía el triste extinguirse a su adorada compañera, sintiendo por momentos que lo atenaceaba la demencia. Y entonces se ahogaba en alcohol. ¿Recordáis aquel «demonio sin igual» que con tan alucinante vivacidad describió en «El gato negro»? Es el mismo sin duda que a él lo poseyó por entonces. Cuando una mejoría de la enferma le restituía un poco de esperanza, escribía otra vez. ¿Y sabéis lo que en paréntesis tales salió de su mente obsesa por la miseria? «El dominio de Aruhein», fantasía evocadora de un feudo quimérico, cuya realización costaría noventa millones de libras esterlinas...

Un momentáneo alivio de Virginia decide a la familia a trasladarse a Nueva York, movida por la esperanza de mejorar su suerte. Parten los primeros Poe y su mujer; la madre aguarda algún tiempo en Filadelfia, y las cartas que mientras duró esta separación, le escribió el poeta a María Clemm, son tristemente significativas. Le dice en ellas que la pobrecita «Cissy» sigue desfalleciente pero no pierde por eso su cordial sonrisa; que es siempre la dulce criatura de belleza extenuada y pupilas de fiebre, cuyos ojos oscuros cada vez más grandes y hundidos en el rostro exangüe seducen y perturbaban. Aquel viaje agitado y mezquino ha debido rendirla; tanto más cuanto que al llegar a la urbe inmensa llovía torrencialmente, y el poeta, no teniendo dinero para pagar un carruaje, sólo pudo protegerla con un paraguas de lance.

En la módica pensión donde se alojan, momentáneamente, quedan ambos absortos ante los platos que les presentan. «¡Si usted nos hubiera visto — le escribe Poe a la madre — comer huevos y carne; hasta «Cissy» se entusiasmó con semejantes manjares!».

Oprime el corazón este grito de hartura animal, por venir de quien viene y por expresar lo que expresa. Quien lo lanza es el artista magnífico de « El Cuervo », de « Ligeia », de « Annabel Lee », de cien obras maestras que al rescatar la dignidad intelectual de su patria de un grosero materialismo, reflejan sobre ella resplandores de gloria. He aquí otra vez al albatros forzado a arrastrar sus alas de gigante entre la estulticia terrena.

Desde hace días sólo le ha sido dado a Poe roer tal cual mendrugo ; cada acceso de tos le está matando entre los brazos a su mujer, sin que él pueda ni siquiera preservarle los piececitos helados del fango de las calles. No tiene casa, no tiene abrigo, no tiene salud. No tiene más que su amor y su genio. Si ni el genio ni el amor valen nada en la circunstancia, ¿ qué otra cosa que satisfacer el tiránico apetito de la bestia ha de hacer el albatros prisionero mientras se arrastra aquí abajo hacia su impío destino, agobiado por el peso de las alas inútiles ?

Consiguió Edgar Poe en Nueva York, tras penosas gestiones, desempeñar cargos sin importancia en algunas revistas, a título de redactor ocasional de misceláneas. ¿ Lo dejarán al menos hacer crítica de arte ? Sí ; a condición de sacrificar en sus artículos la doctrina. Con su desconcertante y tétrica belleza, « El Cuervo » lo hizo célebre de golpe, pero celebridad no es holgura y los diez dólares que le pagaron por el poema no alcanzaron a procurarle el siempre perseguido y siempre esquivo bienestar. ¡ Diez dólares por semejante maravilla ! ¡ Y pensar que tal vez le regatearon el precio !..

En Nueva York continuó, pues, sumido en una existencia implacablemente menesterosa. Los enconados resquemores

provocados por su penetrante crítica, regida por normas de belleza pura, ¿no habrán conspirado en la sombra para cerrarle la ruta de la prosperidad?

Vivía entonces la pareja bajo la égida de María Clemm, en una cabañita cubierta de flores, por los suburbios de Fordham. Un cuadro de césped y algunos cerezos adyacentes la decoraban. Allí cerca, se erguía la alameda de viejos árboles, « el vial de cipreses, titánicos », que el desolado amante de « Ulalume » recorre cierta noche y refleja luego en tétrica poesía. Bajo los cerezos frutecidos sentábase Virginia en el buen tiempo, siempre vestida de blanco, y la praderita minúscula que bordeaba la casa, vió todavía algunas veces el sobresaltado idilio de la pareja casi feliz. « Cissy » disfruta de todo un año apacible. Está condenada y ella lo sabe, pero durante esta efímera bonanza, preludio del tránsito supremo, su organismo refflorece permitiéndole en ocasiones hasta salir con él, a visitas y reuniones literarias en las que triunfan por última vez su rostro infantil y su gracia sonriente. Pues, a despecho de la miseria y el morbo, la maravillosa enferma no dejó jamás de sonreír con sonrisa encendida de amor. Herida de muerte, cuando ya casi no podía hablar, la recóndita llama de su corazón la retemplaba para seguir sonriéndole a su poeta mientras éste escribía páginas inmortales. En aquella enamorada doliente, en aquel cuerpecito consumido y casi expirante latía un alma heroica; tal así como bajo el endeble musgo que tapiza las grutas montañosas subsiste la entereza de la roca.

En sus últimos días mostraba Virginia los mismos grandes ojos afiebrados de « Ligeia », bajo la corona de su cabellera tenebrosa « como las alas de la medianoche, la hora con plumaje de cuervo », según la frase del cantor del mis-

terio. Quienes frecuentaron la casa agregan : « su apariencia tenía algo de sobrenatural ».

María Clemm seguía manteniendo a fuerza de porfiada labor e ingeniosa industria, el decoro doméstico de la desafortunada vivienda de Fordhan ; y época hubo en que Poe, para reemplazar sus zapatos rotos, debió esperar resignado semanas y semanas, hasta que las revistas le publicaran a regañadientes un artículo. Entretanto la muerte de « Cissy » se aproxima y al poeta se le hace imposible todo trabajo. Cuando el otoño llega, la situación es espantosa : Virginia yace sobre un colchón de paja, sin otro abrigo que el viejo capote militar de su marido y un enorme gato atigrado que, acurrucado contra su pecho, le presta calor. « Consciente de su utilidad parecía la tranquila bestia », dicen los testigos.

Poe, por su parte, calienta entre las suyas las manitas ateridas de la moribunda ; aquellas mismas manitas blancas y graciosas que, cuando eran novios, gustaba él de poner, por amoroso juego, en contraste con las propias.

Un alma generosa los socorre en tan terribles horas : María Luisa Shew, la buena samaritana, cuya caridad discreta asiste a la agonizante con los recursos a su alcance, obligando así para siempre la gratitud de Poe, que se desbordará más tarde en bellos versos.

Pero su desgarradora vía-crucis no ha terminado aún. ¿ Habría venido al mundo predestinado a pagar con su propio dolor, ajenas culpas ancestrales ? Lo cierto es que la suerte pareció elegir las horas de su tormento más atroz para abrumarlo. Furores de rencor y envidia se desencadenaron por entonces contra él, y hasta los piojos acudieron a cebarse en el león inválido. Por último, al odio soslayado de los mediocres humillados por la irradiación de su genio.

vinieron a sumarse clandestinas perfidias femeninas que se ingeniaron para hacerle llegar a Virginia páginas de escándalo y escarnio. En su angustiado estupor, tuvo la triste coraje para permanecer serena, pero el nefando golpe ulceró el corazón del hombre. Nunca jamás se consolaría de no haber podido evitar el martirio secreto que la execrable saña de sus enemigos determinó sin duda en la expirante.

¿Habéis visto morir una rosa en su vaso de cristal? Uno a uno van marchitándosele los pétalos, hasta que su corazón mustio se descubre. La corola se abate pálida y desfallecida exhalando en acre aroma su postrer suspiro. Un último estremecimiento de los tallos; caen las hojas, y de la flor lozana sólo queda un cáliz rugoso y agostado.

Así se deshojó Virginia Poe, en un helado día de 1847, a los veinticuatro años de edad, después de diez de matrimonio. Sin voz ya su garganta de pájaro, sus enormes ojos miraron tiernamente en señal de despedida a los seres de su amor, antes de velarse para siempre. « Sonreía aún », dicen los testigos. A Luisa Shew, su ángel de caridad, dejábale en prueba de gratitud su único bien: el cofrecito en que guardaba el retrato de su marido.

La muerte de Virginia espesó más todavía las tétricas sombras de la casa. Poe, gravemente enfermo, se sobrepuso a su mal, y envuelto en el viejo capote militar que abrigara hasta el fin a la que « para su alma fuera la propia esencia », según su propia expresión, la acompañó hasta el sepulcro. Al día siguiente una fiebre cerebral lo derribó. Pudo su organismo triunfar en lo físico a vuelta de porfiadas luchas, pero en lo moral aquella enfermedad marcó la jornada suprema de su existir. Otra vez atribulado y solo en la vida, amputado de su amor, privado de la influencia femenina que dulcificaba

sus penas y refrenaba sus turbulencias, ni siquiera la mágica sonrisa de antes florecería ya sobre su desamparo.

No ; no habría ya amanecer para su noche tétrica...

Derrumbáronse los nervios : algo como el pico terebrante de su cuervo fatídico comenzó a roerle la precaria salud, y cuenta María Luisa Shew, su amiga fiel, que habiendo entrado ambos cierto día en una iglesia y entonado el salmo que dice : « Era un hombre de pesares, que conocía el dolor... », Poe traspasado de emoción se echó a llorar.

¿Quién disiparía ahora las penumbras de su espíritu ? Mientras estuvo enfermo, María Clemm, se aplicó a asistirlo sin darse tiempo ni siquiera para llorar a su hija muerta. Inclínada sobre su lecho noche y día, le hablaba de resignación y de esperanza, posándole la mano en la frente encendida ; y tanto lo aliviaba a él esta caricia maternal, que no se avenía a dejar de sentirla ni un instante. Cuando se restableció quiso pagar ternura con ternura y se impuso la invariable costumbre de ir a saludar con un beso a su madre adoptiva antes de acostarse. Un breve periodo de triste serenidad le permitió más tarde pensar y componer su profundo poema cosmogónico « Eureka », entre los pájaros y las flores de Fordham que le recordaban a la ausente ; y mientras concertaba aquel mar de conceptos trascendentes, era María Clemm quien reemplazaba a su lado al ángel custodio desaparecido, velando con él hasta la madrugada durante sus febriles vigili-as de labor, o acompañándolo en sus breves paseos vespertinos por la praderita contigua. A ella le exponía él sus ideas, y acaso sin comprenderlas, la caritativa mujer las comentaba y aprobaba calurosamente para estimularlo. Allí escribió « Ulalume », impresionante marcha fúnebre de su amor desgarrado, lúgubre melodía cuya plañidera resonancia

clama una desolación sin consuelo. Su esperanza y su destino se han detenido al borde de la tumba de « su pérdida Ulalume ». El mismo lo dice :

Su hora más feliz, su hora más bella
Viviólas ya mi corazón marchito...

El demonio del alcohol lo tienta de nuevo. Perdido en la tierra como el hombre del universo primitivo, pero más triste que él pues ya no tiene compañera, lo tortura el ansia de equilibrar una vez todavía su existencia desorbitada, y en su congoja piensa en María Luisa Shew, amiga fiel, y le escribe : « a no ser que me salve algún amor de mujer, verdadero, tierno y puro, difícilmente alcanzaré a vivir un año más ».

No se equivocaba el sin fortuna. La mujer que su orfandad imploraba para salvarse del hundimiento definitivo le faltó. La fama exagerada de sus excesos alcohólicos, tornábalo sospechoso y lo aislaba de sus relaciones femeninas. Miseró, perseguido y desalentado, se volvió tétrico. « Los impulsos femeninos son mejores que la razón de los hombres fuertes » solía repetir, y por eso buscó confortación en ellos. A sus amigas Frances Osgood, María Luisa Shew, Mrs. Lewis, Mrs. Stalley y Annie Richmond, volvió sus ojos como solitando comprensión, benignidad, ternura protectora. Pero ninguna de ellas le dió amor.

En este angustiado e insatisfecho afán de terneza, han querido ver ciertos críticos no sé qué oscura anomalía erótica. ¡ Qué injusticia, o qué ceguera para con quien jamás dejó de sentir noblemente ! ¿ Pero acaso no lo motejaron también de « necrófilo » ante su jamás consolado llanto por Virginia ? ¿ Acaso no calificó alguién de « vulgares » los temas poéticos de Poe, porque versan siempre sobre cosas del sen-

timiento? ; Cómo si no fuese precisamente el sentimiento la fuente eterna del dolor humano !

Su ideal femenino alto y puro, sus sueños de comunión emocional impregnan los versos todos que el poeta les dedicó a sus amigas. Cuando habla de la mujer, cuando describe su belleza o destaca sus valores morales, es lírico y metafísico, llegando hasta a identificar sus propias visiones con la Belleza absoluta, así en lo ético como en lo estético. Su atribulado romance con la angelical Virginia, alentábalo a esperar todavía. ¿ Le pedía él imposibles a las mujeres ? No. Pedíales tan sólo cariño y devoción ; por eso sus versos o sus cuentos, nos muestran figuras femeninas aureoladas de nieblas opalescentes y radiosas cuya belleza plástica se insinúa apenas ; mientras que se destacan netamente en lo moral como criaturas de altruismo y amor.

¿ Cómo no recurrir a ellas en la crisis suprema buscando salvación ? Cree un momento en la posibilidad de reconstruir su vida casándose con Helen Whitman, poetisa de renombre, que así por su literatura imaginativa como por su porte etéreo parecía escapada del país de los sueños. En la realidad Helen se reveló materialista y utilitaria. Habíala divisado él por vez primera cierta noche, entre las frondas y las flores de un jardín argentado de luna, y esta visión romántica le inspiró algunas estrofas de inflamado lirismo. Cuando más tarde se aproximaron, creyó Poe haber encontrado en ella su ideal redivivo, y le propuso hacerla su esposa. Ella, sin rechazar del todo la proposición, recapacita, consulta, vacila, se deja influir por hablillas y anónimos que le trasmite al mismo calumniado. Lo atrae, declarándole que lo ama, y lo repele enrostrándole las irregularidades de conducta que sus consejeros y corresponsales le inculpan pérfidamente. Va

hasta echar en la balanza las desventajas de orden pecuniario que el matrimonio podría comportarle. A tal punto llegan la frívola indecisión de Helen y la exacerbada incertidumbre de Poe, que éste, fallidas una vez más sus esperanzas de reintegración por el amor, intenta suicidarse con láudano. Promete ella por fin darle su mano a una condición : que él jure solemnemente renunciar al alcohol. Después de lo cual, cautelosa y calculadora, sin reparar en lo insultante de la sospecha que para quien llama « su amado », implica tal acción, transfiere a nombre de su madre los bienes propios, en el momento mismo de cambiar con aquél promesas de perdurable fe. .

Llega el día del casamiento. Es justamente el que la novia ha elegido para retirar su palabra. ¿ Por qué ? Porque « le han dicho » — ella lo afirma sin pruebas — que él ha vuelto a beber. Protestas, explicaciones, súplicas, borrascas. Todo en vano. Helen lo abandona sin misericordia, cuidando, eso sí, de reservarse los homenajes del hombre célebre, por ostentosa vanidad de literata presumida. Para lo cual al retirarse, no vacila en reiterarle las expresiones de su invariable amor.

¿ Qué hará en su abatimiento ? No le queda sino volver a buscar lenitivo en el seno de la siempre clemente madre de adopción, la cual no habiendo fiado jamás en Helen Whitman, le comunica alborozada a su amiga Annie Richmond : « Ese matrimonio ya no se hará ! ». Asqueado de tan fútil marrullería, Poe, por su parte, se desahoga así : « La atmósfera en que se mueven ciertas mujeres de letras es pestilente ».

No se acercó más a ella, y ni siquiera contestó las habilidosas insinuaciones con que la Whitman buscó otra

vez su contacto, dedicándole públicamente sugestivas poesías.

De nuevo lo avasallan el recuerdo de « la niña inocente y sin artificio » y la desolada certidumbre de haber perdido con ella toda posibilidad de ventura en este mundo. Es que en efecto, la órbita de Poe ha terminado ; su vida moral se debate ahora en el vacío. « Estoy lleno de oscuros presentimientos, nada me anima ni me consuela ; mi vida está gastada, el porvenir me aparece espantoso », le confía a su amiga Annie Richmond. Hasta María Clemm, tan valerosa ante la adversidad, abatida también ella esta vez exclama : « Yo desearía, — bien lo sabe Dios — que ambos estuviéramos en el sepulcro ; sería mucho mejor ».

Miseria, soledad, dolor y recuerdos : nada más les queda. La lúgubre campana que marca sus horas, va a dar sin embargo un son de esperanza extraterrestre: la célica música de « Annabel Lee », inspirada en la rememoración triunfante de Virginia, la inefable compañera de su vida a cuya alma quiere el poeta unirse por la eternidad.

Con tres nombres melodiosos ha evocado Edgar Poe a su Virginia: Eulalia, Ulalume y Annabel Lee. Bajo el de Eulalia cantó cuanto Virginia le trajo de felicidad, en el único paréntesis sereno de su existencia atormentada: Eulalia fué la plenitud de su amor. Cuando lo perdió, la inextinguible memoria de la « esposa radiante », dictóle ese himno funéreo de « Ulalume » ; bien por siempre jamás perdido en la tierra, inalcanzable lucero de su desolación en el cielo. Annabel Lee, completa con vibraciones de oro el tríptico lírico de este amor sobrehumano. Annabel Lee es el amor que no muere, es Virginia invisible pero presente, es la gracia de la niña y la ternura de la esposa inextinguibles en su cora-

zón. Carlos Obligado ha traducido así aquella impresionante salmodia:

.
Ni próceres ángeles del cielo
Ni demonios que el mar prospere en sí,
Separarán jamás mi alma del alma
de la radiante Annabel Lee !
Pues la luna ascendente, dulcemente,
Tráeme ensueños de Annabel Lee ;
Como estrellas tranquilas, las pupilas
Me sonríen de Annabel Lee ;
Y reposo, en la noche embellecida
con mi siempre querida, con mi vida
Con mi esposa radiante, Annabel Lee :
En la tumba, ante el mar, de Annabel Lee.

¿Qué importa ya su extravío en la noche? Su firmamento tiene ahora, más rutilante que nunca, un astro que lo atrae : Virginia, es decir, Eulalia, Ulalume, Annabel Lee. La muerte ¿no puede acaso ser « noche embellecida » como él dijo, para quien volverá a unirse a la amada más allá de la portada trágica?

Lesionada su sensibilidad, rotos sus resortes morales, agotado por la miseria, corroído por la herencia mórbida, el organismo del poeta se desplomó. Fué durante una gira de conferencias por el sur de los Estados Unidos. Al partir habíale prometido a María Clemm ser « bueno y juicioso » como un niño, y volver muy pronto para « amarla y consolarla ». Debió sin embargo presentir su fin, pues dejó en orden sus papeles. Y el fatídico retorno de « El Cuervo » atravesó sin duda su mente, cuando abrazó a su madre adoptiva en el momento de la despedida suprema :

¡Never more ! ¡ Nunca más !...

Lo encontraron cierta fría y nebulosa mañana, yaciendo sin sentido sobre el pavimento en una calle de Baltimore. Llevado al hospital, los médicos diagnosticaron consunción y congestión cerebral. Su largo e inútil debatirse con el destino terminó por fin en espantoso delirio, y fué así como en 1849 el más excelso poeta de América murió de miseria.

¿Acabó allí su calvario? No; algo le reservaba todavía su siniestra suerte. A un tal Rufus Griswold, escritorzuelo de alma bajuna y lacia pluma que creía su amigo, había elegido Poe como albacea literario; e ilusionada María Clemm con la esperanza de ver al cabo florecer la justicia sobre la tumba de su malaventurado «Eddie», entrególe al felón todos sus manuscritos, entre los cuales había descubierto, piadosamente recatado, un mechón de cabellos de Virginia, «negro como las alas de la medianoche», según su propio decir.

¡Desdichado Poe, desdichada María Clemm! No habían contado con las acechanzas del odio y de la envidia. ¿Hay nada tan despiadado como el rencor largo tiempo reprimido de los mediocres? Para Rufus Griswold, alguna vez criticado por el mismo Poe, llegaba la hora del desquite esperado y preparado con sigiloso encono durante años de cordialidad fingida.

Publicó pues las obras de su confiado ex-amigo, precedidas de una biografía acrimoniosa y difamatoria, en la cual desahogaba hipócritamente su secreta tirria. Y he aquí cómo su ruindad le ha dado en literatura un renombre que sus escritos no hubieran alcanzado jamás.

Una leyenda de vicio y degradación patológica, quedaba indisolublemente atada al recuerdo del poeta trágico y había de rodar profusamente por el vasto mundo. Torpes interpretaciones de su obra desconcertantemente extraña la sosten-

drian, y como otro cuervo nefasto, la calumnia tenaz pregona-
 ría ante la posteridad el desenfreno de Edgar Poe. No ha
 bastado para refutarla el testimonio de Helen Withman, que
 defiende en un libro generoso la memoria del hombre des-
 dichado a quien no pudo amar. No han bastado tampoco las
 fraternales campañas de un Baudelaire y un Mallarmé, poe-
 tas de Francia, que vindicaron al denigrado, y en el hermano
 de América reconocieron al precursor del simbolismo y de
 la doctrina marmórea del arte por el arte. Nada ha bastado
 para limpiarle las máculas de la inquina al vilipendiado, y
 la leyenda corre aún. ¿Todavía tiene cuentas que cobrarle su
 despiadado sino?

Edgar Poe y María Clemm reposan juntos en un mausoleo
 de Baltimore. ¿Por qué no está con ellos la pequeña « Cissy »?
 ¿Por qué los despojos de tres existencias tan entrañablemente
 unidas en el mundo se hallan separados en la tumba? ¿Qué
 viento ha dispersado en el vacío las cenizas de aquella cuya
 sonrisa fué para todos en la tierra lumínica entre lobregueces?
 Viva o muerta, Virginia presidió por el sortilegio de su amor
 el espíritu de Poe. Lámpara de su hogar primero, convirtiéndose
 en estrella de su desolada noche después. ¿Por qué no está con
 él aquella Annabel Lee, a cuya vera ansiaba el acosado por
 el infortunio, mientras alentó, hallar por fin reposo en la
 tumba? Refundidas sus almas en la vida, ¿por qué han segre-
 gado sus cuerpos en la muerte?

¿Cómo ha podido quitársele al astro su luz, en esa « noche
 embellecida » que entrevió el poeta, hasta la cual no alcanza
 la tragedia de este valle de lágrimas?

JUAN PABLO ECHAGÜE.

DICCIONARIO DE AMERICANISMOS

SUPLEMENTO

(Continuación)

CAYURO. m. SDgo. 'Especie de *guanábana*'. (Anona). ET.

CAZABE. m. Esmeraldas (Ecuad.). 'Deliciosa comida de dulce'. Remojado el *maíz*, se muele y cierne; ese jugo es puesto al fuego, con leche de coco, canela y dulce; por efecto de ebullición prolongada resulta una masa muy apetecible. JC.

* CAZADORA 'cierta avecilla'. La especie notable en AmCentral es la *Dendroica castiva*. CG.

CAZANGA. f. Méx. 'Especie de machete para desyerbar'. VAN.

* CAZUELA 'cierto guisado de carne y legumbres'. Perú. PBM.
Es plato chileno y peruano. EDTR. // Comer *cazuela*.
Cuba. 'Hablar mal imprudentemente de una persona'. FO.

* CAZUELITA. f. Venez. 'Árbol trepador de grandes dimensiones'. (*Dalbergia monetaria*). LA.

* CEBÁ 'cebo, pólvora en cazoletas o chimeneas'. AmCentral

y SDgo. SSG. // Cuba. 'Porción de ganado destinado a ser cebado'. FO.

* CEBADERA. f. Panamá. 'Mochila, especialmente la que se utiliza para llevar la pipa, el *tabaco* y la *chuspa*'. JEH., SSJ.

* CEBADO. (En la penúltima línea, donde dice « escarnizarse », debe leerse « encarnizarse »).

* CEBAR *el mate* 'preparar esta bebida'. Chile y Urug. FJC., ELT., EVP. // 3ª 'fallar, marrar'. En Méx. no es refiriéndose únicamente a tiros o cohetes, sino que, por extensión, a cualquier asunto. *Se le cebó el empleo*. CEQ.

* CEBEDEO. m. vulg. Venez. 'Amorío'. LA.

CEBICHE. (No está bien la definición de la Academia. Además, en el Perú escribimos *seviche*. PBM).

CEBITA (*Con la*). Venez. 'A duras penas'. LA.

* CEBO. m. vulg. Venez. 'Enamoramiento'. *Hacer el cebo* es 'cortejar, enamorar'. LA.

* CEBOLLETA. f. Colomb. 'Planta hermosa de jardín, de que hay una esp. de flor blanca y otra de flor colorada'. (*Amaryllis punicea*). JAU. (Falta el binomio latino de la otra especie).

* CEBOLLITA 'juego de niños'. En Méx. no se sientan en rueda, sino que se colocan uno en seguida de otro, muy juntos y abriendo las piernas de manera que se pueda simular una sarta de cebollas. Llega uno de los niños a pedir una cebollita diciendo que su mamita lo manda, y al contestársele afirmativamente coge de los brazos al que está en primer término y lo hala con fuerza pretendiendo arrancarlo, pues se supone que la cebolla está bien encajada en la tierra. CEQ.

- * **CEBOSO**. adj. Trujillo (Venez.). 'Enamoradizo'. MBI.
- CEBUCÁN**. m. vulg. Venez. 'Amorío'. JP. // Venez. 'Baile de cintas'. LA. (Véase *sebucán* con otras acepciones).
- CEBUDO**, DA. Tabasco y Zacatecas (Méx). 'Apático, calmoso'. RGE. CEQ.
- * **CECINA** 'tira de carne seca y sin sal'. Perú. PBM.
- * **CEDER** 'consentir, condescender'. Perú. PBM.
- * **CEDRO** 'cierto árbol distinto del de Europa y Asia'. Venez. LA. En Cuzco (Perú) se conocen las esps. *Cedrela Herrerae* y *odorata*. FLH., EDTR. // 2ª. En PRico no se confunde el *cedro* (*Cedrela*) con la *caoba* (*Swietenia mahagoni*). Y creemos que en ninguna parte.
- * **CEDRÓN**. 2ª En el Perú, el *cedrón* es la *Lippia citriodora*; la yerba *Luisa* es el *Andropogon schoenanthus*, L. El error de la confusión debe de provenir de su común propiedad estomacal. PBM.
- * **CEJA** 'sección de bosque cortado por un camino'. No en Perú. PBM. // 2ª 'parte donde empieza la región oriental de las selvas'. Pero hay que agregar que también denominamos *ceja* en el Perú a la región intermedia entre la costa y la sierra. PBM. // 3ª 'cierta voz de minería'. No en Perú. PBM. // *Ceja de monte* 'camino estrecho'. Riohacha (Colomb.), Perú y SDgo. MEL., PBM., PM.
- * **CELAJE** 'aparición fantástica'. Perú, PBM. Tal vez se trate de algún regionalismo. EDTR. // *Como un celaje* 'rápidamente, como una exhalación'. Perú. EDTR.
- * **CELOSO**, dicese del arma de fuego, trampa o resorte que se dispara o funciona con demasiada facilidad. Perú y Venez. PBM. En la costa ecuatoriana se dice de la embarcación, *canoa* generalmente, movediza, inestable, insegura. JC.

CEMPASÚCHIL. m. Méx. '*Cempoal* o flor de muerto'. Hay varias especies (*Tagetes erecta*; *multisecta*; *Adenophyllum porophyllum*). MML.

CEMPOAL. (Contracción del mexic. *cempasúchil* o *cempoalxochill* 'veinte flores'). EM. (De *cempoalli* 'veinte', y *xochitl* 'flor'). CAR.

CENCAPA. f. Perú. 'Jáquima que se pone a la llama'. Ac. No sabemos de dónde habrá tomado la Ac. esta palabreja. PBM.

CENEGOSO 'cenagoso'. AmCentral. SSG.

CENESTILLO. m. PRico '*Cestillo*, *sereta*'.

* CENICERO. En Venez. es 'árbol euforbiáceo de 8 a 10 metros de altura, de madera color gris rojizo'. (*Pera tomentosa*). LA.

* CENIZO 'árbol maderable'. (*Fagara caribaea*). Venez. LA.

* CENTAVO. En el Perú es 'moneda de cobre que vale un centésimo de *sol* oro'. EDTR.

* CENTELLA 'hierba que crece en todo Chile en los terrenos húmedos, tiene flores de un azul claro y mata a los animales que la comen'. (*Anemonoe decapetala*). JZ. Véase: *yerba centella*).

* CENTELLAZO. m. PRico. 'Golpe contundente'.

CENTILLERO 'candelabro de siete luces que hay en las iglesias'. Aunque MLAR y RAL no han oído llamar *centellero* ni *centillero* al tal candelabro, no hay iglesia pública que no lo tenga entre nosotros: candelabro de siete luces que se usa en las exposiciones del Santísimo Sacramento. Es de uso general en Chile. Lo que hay es, que como ésta es una palabra de mero uso eclesiástico, es desconocida de muchos seglares. La palabra está, pues, muy bien en el Dicc. como chileno. FJC.

- *CENTRAL 'hacienda importante donde se fabrica azúcar'. Igual en el Perú, donde se dice *el central*. EDTR. // Perú. También, por antonomasia, 'el sitio donde se hallan los laboratorios principales para el beneficio de los metales'. EDTR.
- *CENTRÍFUGA 'cierta máquina en las fábricas de azúcar'. Perú. PBM.
- *CENTRO. 3°. En Panamá, 'chaleco'. SSJ. // Bol. 'Alfombra pequeña'. // Colomb. 'Extensión interior de un edificio; fondo'. *Tantas varas de frente por tantas de centro*. RUU.
- CENZONTE 'cierta ave'. Variante: *censonte*. Guat. ABJ.
- *CEPA 'hoyo'. Voz de uso común y corriente y que se oye todos los días en la misma ciudad de México. *Abrieron una cepa para enterrar; ya están abriendo las cepas para los cimientos de la casa*. CEQ.
- *CEPILLAR 'adular'. Colomb. y Panamá. LT., SSJ.
- *CEPILLO 'adulador'. AmCentral y Panamá. SSG., SSJ.
- *CEPO *colombiano* 'cierto castigo militar'. Urug. JdV., EVP. // *Cepo de campaña* 'el mismo castigo anterior'. Perú Venez. PBM., LA.
- *CEQUIÓN. m. Venez. 'Acequia ancha y caudalosa'. LA. // 'Arroyo, acequión'. LA.
- *CERA (*Palmera de*) 'palma corpulenta cuya corteza está cubierta de una sustancia blanca que sirve para el alumbrado'. (*Ceroxylon*). Colomb., Perú y Venez. LT., FLH., LA. // *Sacar cera*. Venez. 'Explotar fácilmente un asunto; obtener gangas'. LA.
- *CERCANA. f. Cuba. 'Raya, juego infantil'. MMM.
- *CERCO 'cerca, vallado, seto vivo'. AmCentral, Colomb. y Chile. SSG., LT., FJC.

- * CERCHA. 2ª 'cimbra, armazón de maderos'. Colomb. LT.
(Igual en Andalucía: 'cimbra o galápago de chapa o madera para voltear bovedillas'. *Alcalá*).
- * CERDA. f. Colomb. 'Pista, conjunto de indicios o señales'. AS. // *Ir en cerdas*. Colomb. 'Participar en un negocio'. ER.
- * CERDEAR. intr. Colomb. 'Participar en un negocio'. ER.
- CEREICILLO 'cierto arbusto'. No en el Perú. PBM.
- * CEREZA 'la cáscara del grano de café'. Colomb. AS.
- * CEREZO 'cierto arbusto'. (*Malpighia*). Venez. LA. El *cimarrón* (*Cicca*) también en Venez. LA. *El cerezo de monte*, en Colomb. es árbol maderable frutal. (*Freziera cericea*). ER. El *cerezo macho*, en Venez., es un arbolillo muy ramoso. (*Trichilia trifolia*). LA.
- * CERILIA. f. Colomb. 'Planta cultivada cuyas flores parecen de cera'. (*Haya carnosa*). LT.
- * CERILLO 'cierto árbol gomero'. No en Perú. PBM.
- * CERNÍCALO. m. SDgo. 'Cuyaya, ave de rapiña'. ET.
- * CERNIDOR 'cernedor'. Méx. y SDgo. CEQ., PM.
- * CERNIR. intr. Azuay (Ecuad.). 'Mentir'. ACP. Derivado: *cernidor* 'mentiroso'. ACP.
- * CERNO. m. 'El corazón, el nudo vivo del árbol'. Se usa en muchas partes de América. « Estupenda palabra gaucha », dice Pedro Leandro Ipuche en *Júbilo y miedo* (Urug., 1926), p. 18. Es voz de Asturias equivalente a la general española « cerne », también conocida en América.
- * CEROSO (*Huevo*) 'el pasado por agua'. AmCentral. SSG.
Es el que se cuece sin endurecerse del todo. CG
- * CEROTE. 2ª 'zurullo, excremento'. (Cera, por 'excremento', se dijo en España. Alemán, *Guzmán de Alfarache*, 2ª

parte, cap. VI, nota de Samuel Gili Gaya. (Ed. de «La Lectura», p. 167) quien añade: véase Tirso de Molina, ed. Castro (1922), 278).

- * CERQUILLO 'flequillo o pelo recortado que usan las mujeres sobre la frente'; también 'el tupé que usan algunos hombres'. Ecuad., Perú y PRico. ACP., PBM. (La acepción proviene de la española, pues ya Fray Ramón Bueno (1801-1804), p. 61, decía: «Las guarichas... gastan el pelo largo y tendido; por delante recortado como cerquillo»).
- * CERRAJA. f. Colomb. 'Planta medicinal'. (*Sonchus oleraceus*). ER.

* CERRAZÓN. f. Venez. 'Sucesión de cerros'. LA.

- * CERRERO. 2ª 'amargo'. Colomb. y Cuba. AS., MEL. En Colomb. también se aplica a algunos manjares rústicos; así, bizcocho cerrero es el que se hace de maíz para distinguirlo del que se hace de trigo. LT.

CERTAJENAL. m. Cuba. 'Certeneja, saltaneja, sarteneja: bache'. Algunos dicen *saltajenal*. MMM.

- * CESTA *mayesta*. f. Cuba. 'Juego de niños que consiste en esconder algo en una mano y preguntar en cuál se tiene extendiendo los puños cerrados ante el adivinador'. MMM. (Pero entre los juegos infantiles del siglo XVI que cita FRM tenemos este mismo juego llamado «cesta ballesta» o «echar la china». Sebastián de Horozco citó el «cesta ballesta». En la Argent. dicen algunos *chista ballista*).

CESIVA. f. Venez. 'Acesiva, planta'. LA.

- * CESTÓN. m. Colom. 'Montón'. LT.

CETÍ. m. PRico. 'Setí, pececillo'. (*Pellona*).

CIBUCÁN 'espuerta o cerón'. No en Perú aunque Ac. lo diga. PBM., EDTR.

- * CÍCLÓN. adj. Colomb. 'Ciclán'. (*Echamdia*).
- CICUA. f. Méx. 'Vainas foliares que integran el falso tallo del plátano ya sean alimenticias u ornamentales'. (*Musa sapientum*). JGMO.
- CIDRACAYOTE. (*Citrulus vulgaris*; *Cucurbita ficifolia*). Jalisco (Méx). AMC.
- CIDRAYOTA. f. Colomb. y Esmeraldas (Ecuad.). 'La cucurbitácea *Sechium edule*'. ER., LT., RUU., JC. No es la *cidracayote*, *chilacayote* o *vitoria*. RUU.
- * CIDRÓN 'arbusto aromático'. (*Lippia citriodora*). Colomb. ER., JAU.
- * CIEGO. En juegos de naipes donde hay triunfos, se dice del jugador que no tiene ninguno. Perú. PBM. // *Volverse uno el cielo de Santana*. Venez. 'Obrar con frenesí al ejecutar una cosa'. LA.
- * CIELITO 'cierto baile popular'. Chile y Urug. FJC., MB., EReg. El *cielito Santafé* es el baile típico del Parag. (BAAL., V, 234).
- * CIELO 'cierto baile: el *cielito*'. Urug. EVP. // *Juntírsele a uno el cielo con la tierra* 'verse en aprietos'. Chile y Perú. FJC., PBM. // *Tapar el cielo con la mano*. Colomb. Zahiere a los que tratan de justicar lo que justificación no tiene, u ocultar algo importante que a la vista salta. AS. En Méx. dicen: *no se puede tapar el sol con un dedo*. CEQ.
- CIÉNEGO. m. Argent. y Azuay (Ecuad.). 'Ciénaga'. PPB., ACP.
- * CIENTO *en boca* 'la variedad de guineo pequeño'. Méx. CEQ.
- * CIÉRRATE *bruta*. f. Colomb. 'Sensitiva'. (*Mimosa pudica*). AS.

- * **CIERVO** *de las pampas* 'el rumiante *Blatoceros campestris*'. No en Perú. PBM.
- * **CIGARRERÍA**. f. Amér. 'Tienda en que se venden cigarros'. Ac. En PRico es el 'taller en que se hacen'.
- * **CIGARRO** 'cigarrillo o pitillo'. AmCentral, Chile, Perú, SDgo. y Venez. SSG., MAR., PBM., PM., LA. (También en Andalucía es 'cigarrillo de papel'. MTG.).
- CIGUA**. f. SDgo. 'Pájaro del que hay dos variedades: la *cigua mamonera* (*Dulus dominicus*) y la *cigua palmera* (*Phoenicophthicus palmarum*)'. ET., PM.
- CIGUANABA** 'ser fantástico'. AmCentral. SSG., quien escribe con s.
- CIGUAPA** 'cierta ave de rapiña'. SDgo. ET. // 2° 'cierto árbol'. (*Lucuma salicifolium*). CRica. CG.
- CIGUAPATE** '*ciguapacle*, planta'. Hond. Ac., JGS. La forma *siguapate* está en ABJ.
- CIGUATERA** 'intoxicación'. Venez. LA.
- CIGUATO**, TA. adj. Venez. 'Pálido, anémico'. LA.
- CILACAYOTE**. m. Méx. '*Chilacayote*'. VAN.
- CILAMPA**. f. Panamá. 'Frio de la madrugada'. JEH. // Panamá. 'Fantasma'. JEH.
- * **CIMARRÓN**. 3° 'rudo, mazorral'. No en Perú. PBM. // 4° 'mate amargo'. Urug. EVP., ABG. // Panamá. 'Clan-destino'. SSJ.
- CIMARRONEAR**. 2° 'tomar *mate cimarrón*'. Urug. JdV., ABG. (Voz genuinamente campesina. ABG). // r. 'fugarse, escaparse'. Es verbo reflexivo. Perú. EDTR.
- * **CIMARRONERA**. f. Colomb. y Venez. 'Conjunto de ganado alzado y vuelto montaraz'. MEL., LA.
- * **CIMARRONERO**. m. CRica. 'Gran jinete muy diestro en coger el ganado salvaje'. Es el *gaucho* costarricense. CG.

CIMBA 'trenza que usan algunos indios'. Argent. (César Carrizo, *El domador* (1934) VII, VIII). (Del quich. *chim-ba* 'trenza'. PJP.). En el Perú es muy usada esta voz entre los pobladores del sur del país, y se le aplica no sólo al pelo trenzado, sino a otros objetos como cintillas, mechones, etc. PBM.

CIMBORNIO, NIA. adj. Venez. 'Tonto, *cimborro*'. MBI.

CIMBORRO, RRA. adj. Venez. 'Zonzo, imbécil'. LA., MBI.

* **CIMBRA** 'trampa de caza'. Urug. JdV. En Argent., además, otra acepción: 'máquina sencilla para reducir a polvo la algarroba'. RC.

* **CIMBRÓN**. m. Colomb. 'Estremecimiento fuerte de alguna cosa flexible'. LT. No equivale a cintarazo o *planazo* 'golpe de plano'. VR.

* **CIMBRONAZO** '*cimbrón*'. AmCentral, Colomb., Urug. y Venez. Ac. CRey., LA.

CIMIENTO romano 'cal hidráulica'. AmCentral. SSG., CG. Desusado en Perú, donde hoy se dice: cemento romano, del país, etc. PBM.

CINACINA '*palo rayo*'. (*Parkinsenia*). Urug. EVP., MB.

* **CINCO**. 2° 'moneda de 5 centavos'. Argent. RC. (Dícese en España. «Le he dado un cupro-níquel en lugar de un cinquito». (Diario *Luz*, de Madrid, n° del 9 de noviembre de 1932). // *Cinco negritos* 'cierto arbusto'. AmCentral. CG. // *Ser uno más serio que un cinco de queso*. PRico. 'Ser muy serio'. En Perú se dice: *más serio que un queso*. Frase no muy usual. EDTR.

CINCOLITES. m. Méx. 'Especie de *huacales* altos que sirven para almacenar y conservar el maíz'. VAN.

* **CINCHA**. f. Colomb. 'Mezcla'. Se dice del blanco que tiene *cincha* cuando aun conserva algo de negro o de indio.

ER. // *A revienta cinchas* 'de mala gana'. CRica, Perú y PRico. CG., EDTR.

* CINCADO, DA. adj. Colomb. 'Mezclado, mulato, que tiene *cincha*'. ER.

CINCHAR. intr. Argent. 'Vivir a costa de sacrificios; *yugar*'. APort.

* CINHAZO 'cintarazo'. (Igual en Andalucía. *Alcalá*).

* CINCHO 'cincha o faja de la cabalgadura'. Perú. PBM.

* CINCHÓN. 1ª y 3ª 'sobrecincha, sobrecarga'. Colomb. y Venez. LT., RQU., LA.

CINCHONA '*quina, chinchona*'. Desusado en el Perú. PBM.

CINQUEÑO 'gallo de cinco dedos'. Riohacha (Colomb.). MEL.

* CINTA. f. Colomb. 'Graminácea de adorno'. (*Pharis arundinacea*). ER.

* CINTILLO. m. PRico. 'El encintado de una acera'.

* CINTURA. m. fest. Cuba. 'Conquistador, tenorio'. FO.

* CIPAYO 'nombre despectivo que se dió al paisano que servía en el Ejército Español'. (Cipayo ~~fué~~ nombre despect. que se dió en Asturias a los voluntarios. Machado, *Tradiciones*, 1886, VIII. 297).

CIPE 'niño enclenque'. (Del mexic. *tzipill* 'niño desmedrado'). CG., AM.

CIPERO. m. Venez. 'Poso, heces, asiento'. *En el café flotaba el cipero*. — *Café con pulgas*, dicen festivamente las cocineras en este caso, y, por consiguiente, es de buen gusto *despulsarlo* antes de servirlo. LA.

CIPIPA. f. Colomb. 'Producto de la *yuca* que se prepara con el almidón'. JAU.

* CIPO, PA. adj. Ecuad. '*Sipo*, picoso'. AMat., quien trae ambas formas.

- CIPÓ 'sipó, icipó, isipó, planta'. Urug. MB., GF.
- CIPOTAZO. m. Colomb. y Venez. 'Golpe violento'. AS., JP.
- CIPOTE 'zongo, bobo'. Venez. LA. // Venez. 'Lugar muy lejano'. JP. // Venez. 'Lo que vale poco'. JP. // adj. Colomb. 'Algo grande, abultado o disforme'. // *Irse* uno *al cipote*. Riohacha (Colomb.). 'Irse en hora mala'. MEL. (Nombre de un arma de indios mencionada por Oviedo. Según Gagini, *chipote* era una especie de cachiporra de los indios de Nicaragua. LA.).
- * CIRCULAR, dicese del ejercicio religioso de las 40 horas. También se dice en el Perú: 'ejercicio circular de las cuarenta horas; jubileo circular del Santísimo Sacramento', etc. PBM.
- * CÍRCULO 'facción o partido'. Perú. PBM. // 2° 'reunión de personas'. Perú. PBM.
- * CIRIAL. m. Méx. 'Calabazo de la planta *Parmentiera alata*'. JMA.
- CIRIGAÑA. f. Cuba. 'Cosa muy pequeña; pizca'. MMM. (Así en Andalucía. *Alcalá*).
- * CIRIO. m. Bol. y Perú. 'La cactácea *Cereus peruvianus*'. CB.
- CIRIRÍ. m. Colomb. 'Pájaro de un palmo de largo, amarillo por debajo y ceniciento al dorso, que persigue a las gallinas y a otras aves'. RUU. Variante: *sirirí*. ER., JAU.
- * CIRUELA 'el fruto del *Spondias purpurea*'. Colomb. y Venez. LT., LA.
- * CIRUELILLO 'cierto árbol'. No en Perú. PBM.
- * CIRUELO 'jobo, árbol'. Colomb., CRica y Venez. LT., JAU., CG., LA. El *jocote*, el *tronador* y el *ismoyo* son razas cultivadas de la misma especie. CG.

- * **CISCA**. 2ª 'enojo producido por una chanza u otro medio que predisponga el carácter'. No sólo en Tabasco sino en casi todo Méx. CEQ.
- * **CISCAR** 'avergonzar'. En Méx. no es 'avergonzar' sino 'enojar, molestar'. CEQ.
- * **CISCÓN**, NA. adj. Cuba. 'El que se avergüenza fácilmente'. FO., MMM. (Aciscado, en España, es igual a medroso, temeroso, atemorizado. *P. Mir*).
- * **CISIÓN** 'división, escisión'. Colomb.: RUU. (En español : 'cisura o incisión').
- * **CISMA**. f. Colomb. 'Chisme'. LT. // Argent. 'Preocupación'. LS. (Rf. : *sisma*).
- * **CISMÁTICO**, CA. adj. Colomb. 'Chismoso'. LT. // 'Melindroso, caprichoso'. RUU.
- CISMAR**. intr. Argent. y Urug. '*Sismar*'. LS. En Urug. predomina *sismar*. ABG.
- * **CISNE**. 2ª 'cierta ave'. No en Perú. PBM. // 3ª. Se dice del caballo bellorio o pardusco. Colomb. RUU.
- CISNO**, NA. adj. Venez. Se dice de la bestia belloria o pardusca. LA.
- * **CISQUERA**. f. Cuba. 'Vergüenza, bochorno'. FO.
- * **GLACO**. 2ª 'cosa de poco valor'. Guat. ABJ.
- * **GLACOTA** 'tumorcillo'. Creo que no; lo que he oído decir es *tlacote*, y más aún *tlacotillo*. CEQ.
- GLACUACHE** '*tacuache, zarigüeya*'. La grafía *clacuache* sigue en uso; véanse los *Corridos de amor* de Eduardo Guerrero (1931).
- CLANCHARSE** el sombrero. CRica. 'Calárselo, *canchárselo*'. En Hond. dicen *enclancharse*. CG.
- * **CLARINERO**. m. Guat. 'El macho del *sanate*'. (*Quiscalus maerurus*). ABJ.

- * CLARO 'espacio corto en que se suspende el agua en tiempo de lluvia'. Cuba. FO. (Hubo una clara, dicen en España, pero también Valle Inclán, en sus *Memorias del Marqués de Bradomín*, escribe : « Aprovechando un claro del tiempo... »). // Colomb. 'La parte líquida de la comida llamada *mazamorra*'. ER. // Perú. 'Bebida espumosa como la cerveza, llamada así por su casi perfecta transparencia'. El *claro* es la bebida típica de los departamentos norteños. PBM. // Venez. 'Aguardiente de caña'. MBI. // Cuba. 'Dulce de *guayaba* que se hace con azúcar y agua en que se ha hervido aquélla, y que adquiere la consistencia de la gelatina'. MMM.
- * CLAVARSE. r. Perú. 'Colarse en una parte sin ser llamado'. PBM.
- * CLAVEL *del aire* 'cierta planta parásita'. Urug. EVP.
- * CLAVEL *de muerto* 'el de la India'. (*Tagetes patula*). Venez. LA. En Colomb. conocen la esp. *Poulicoura speciosa*. LT.
- * CLAVITO. m. Medellín (Colomb.). 'Onagrariácea ornamental'. (*Jussiaea polygonoides*). ER.
- * CLAVO. 2ª 'cierta planta'. En Venez. se conocen las especies *Jussiaea hirta*; *peruviana* y *angustifolia*. LA. // 7ª 'artículo de comercio que no se vende'. (Igual en España. *Zerolo*). En Cataluña llaman *clavado* a un objeto invendible. (Antonio Palau, *Memorias de un Librero Catalán*, 1935, p. 101). // Venez. 'Moneda de 50 céntimos de bolívar'. LA. // Venez. 'Acedía, agrura del estómago'. LA., JP. // Colomb. 'Mal negocio'. AS. // Colomb. 'Chasco'. LT. (Igual en España : 'perjuicio que uno recibe'). // *Clavos de Cristo*. Colomb. 'Euforbiácea muy empleada para arriates en las eras, cuyas flores semejan

clavos ensangrentados'. (*Pedilanthus fendleri*). ER. // *Estar de clavo*. Argent. 'Estar arruinado'. JAC. // *Sacarse uno el clavo* 'vengarse'. Colomb. y Perú. AS., PBM. (En España dicen : sacarse la espina. AS). En Venez. *sacarse el clavo* significa 'librarse de una obligación'. LA. // *Un clavo saca otro clavo, si no se quedan los dos*. En Méx. varían la terminación, diciendo : o, si no, los dos se quedan. CEQ.

CLERICÓ. (Del ingl. *claret coup*). m. Argent. 'Vino clarete, al cual se le echan trozos de fruta de la estación, azúcar y soda'. ERC. (No es limonada como dice Díaz Salazar).

* CLÉRIGO. m. SDgo. 'Monaguillo'. PM.

CLINEJA. f. Venez. 'Crizneja, moño, trenza de cabellos'. LA.

CLOROFORMAR 'cloroformizar'. Cuba y Perú. FO., EDTR.

* CLUECO 'envanecido'. Voz burlesca. Perú y SDgo. EDTR., PM. // Azuay (Ecuad.). adj. 'Cobarde'. ACP.

CLUEQUERA. f. Azuay (Ecuad.). 'Cobardía'. ACP.

COA. (Del mexic. *coatl* 'culebra'. Por su figura tomó el nombre. EM.). 3ª 'instrumento de labranza; palo puntiagudo usado en el campo para cavar la tierra'. Tiene diversas formas. Panamá, PRico, SDgo. y Venez. SL., ET., PM., LA. // Hidalgo (Méx.). 'Pájaro de varios colores'. Nombre onomatopéyico. Probablemente es del género *Pharomacrus* como el *quetzal*. HR. // Venez. A menudo se toma esta voz por la siembra misma. *La coa de invierno se perdió*. LA. Para este autor, *coa* es voz cumanagota.

COATÁ 'mono platirrino'. (*Ateles paniscus*). Variante en Venez. *codita*. LA.

COAMIRRO. m. Hidalgo (Méx.). 'Árbol de tierra caliente, de la familia zapoteca, llamado también *tempezquite*'. HR. (¿Será el *tempisque* de AmCentral?).

COATÍ 'cuatí, mamífero'. AmCentral. SSG.

* COBERTERA. f. Ecuad. 'Garniel, bolsa'. HV.

COBALONGA. f. Venez. 'Fruta picante y aromática de varias lauríneas, como la *Ocotea pichurim*'. LA.

* COBIJA 'prenda de abrigo'. Urug. ElT., JdV. // 2ª 'techo de casa rústica'. SDgo. PM. // 5ª. adj. 'cobarde'. AmCentral. SSG., JCis. // *Palma de cobija*. Colomb. 'La *Copernitia tectorum*'. ER. // *Pata de cobija*. Venez. 'Inepto, imbécil'. LA. // *Ser cobija y colcha*. Venez. 'Ser persona diestra, habilidosa'. LA.

AUGUSTO MALARET.

(Continuará.)

« EL CORTESANO » DE CASTIGLIONE EN ESPAÑA ¹

DEL CABALLERO Y LA DAMA

III. Las armas

Empiezan los de Urbino a infundir en su hombre de linaje, gentil hombre de rostro y buena disposición corporal : calidades naturales primarias, una a una las otras calidades, que empezando por las que tienen directo asiento y ejercicio en el cuerpo, irán alcanzando la íntima y pura calidad espiritual, lo mismo que Miguel Ángel, con vista certera, elegido el blanco mármol sin falla, con mano de divino creador, desentrañaba de la noble materia la estatua con aliento de vida eterna. Es la grandeza del hombre perfecto. « Y todo el universo es una universal variedad, que al cabo viene a ser armonía. Pues si el hombre es un otro mundo abreviado ¿qué mucho que cifre en sí la variedad ? No será fealdad, sino una perfecta proporción compuesta a desigualdades » ².

Dice el conde Canosa : « Mas dexando esto, por venir ya á particularizar algo, pienso que el principal y más propio oficio del cortesano sea el de las armas, las cuales sobre todo

¹ V. *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, VIII (1940), 93-146, 423-435 y IX (1941), 135-142.

² GRACIÁN, *Discreto*, 79.

se traten con viveza y gallardía y el que las tratase sea tenido por esforzado y fiel a su señor, la fama destas buenas condiciones alcanzalla ha quien hiciere en todo tiempo y lugar las obras conforme á ello, faltar en esto no puede ser sin infamia. Y, como en las mujeres la honestidad una vez alterada mal puede volver á su primer estado, así la reputación de un caballero que ande en cosas de caballería, si una sola vez un solo punto se daña por cobardía ó otra vileza, siempre queda dañada y con menguã. Así que, cuanto más escelente fuere este nuestro cortesano en esto de las armas, tanto más merecerá ser alabado por todo el mundo » ¹.

Hay dos aspectos en el oficio de las armas : su necesidad en tiempo de guerra y su ejercicio en tiempo de paz. Cuanto al tiempo de guerra, desean los de Urbino para el cortesano, capacidad y honor : « que sea esforzado y fiel a su señor » ². Son los tiempos inciertos de guerra entre los distintos principados italianos, cruzados muchas veces, también, con las armas pontificias. Y las armas son el principal oficio de los nobles y el medio de ennoblecerse de los « condotieros » que, con ellas, alcanzaban los principados.

Para España son también y desde tanto tiempo, días de guerras. Italia misma será campo de cruzar armas españolas, con francesas o italianas. Recuérdense entre tanto mover de soldados, las correrías de César Borgia, vencedor de los Montefeltros, saqueador del palacio de Urbino ; o las campañas de Carlos V contra los franceses, o las de Florencia o Roma. ; Los hechos de armas hacían la fama guerrera de tantos ! Los príncipes y sus nobles, vivían en armas. Pero en *El Cortesano*

¹ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 57.

² CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 58.

no hay eco de estas guerras y más extendidamente discurren los de Urbino sobre el uso de las armas en tiempo de paz : « Aprovechan también las armas en tiempo de paz para diversos ejercicios. Muéstranse y hónranse con ellas los caballeros en las fiestas públicas, en presencia del pueblo, de las damas y de los príncipes ». Quieren que el cortesano sea diestro en toda clase de armas de a pie y a caballo, entendido principalmente en las que más se usan entre caballeros para salir con honra « en las quistiones particulares » que suelen levantarse entre ellos. Que sepa luchar, entienda en carteles de batalla, « sea muy buen caballero de la brida y de la jineta, y que no se contente sólo con tener buen ojo en conocer un caballo y ser diestro en menealle, mas aún trabaje de pasar algo más adelante que los otros en todo, de manera que se señale siempre y, como se lee de Alcibiades, que donde quiera que se hallase llevaba ventaja á todos, hasta en aquello en que ellos mayor habilidad tenían, así este de quien hablamos sea en la propia facultad de cada uno más escelente que todos aquellos con quien tratáre. De suerte que en cabalgar á la brida, en saber bien revolver un caballo áspero, en correr lanzas y en justar, lo haga mejor que los italianos ; en tornear, en tener un paso, en defender ó entrar en un palenque, sea loado entre los más loados franceses ; en jugar á las cañas, en ser buen torero, en tirar una vara ó echar una lanza, se señale entre los españoles » ¹. Se califican, pues, las naciones por sus artes caballerescas. Describe Góngora una fiesta en Valladolid y dice :

Juegan cañas, corren toros,
cortesanos caballeros,
por lo gallardo Rugeros

¹ *Ibidem*, 64-66.

y por lo lindo Medoros,
 con vistosos trajes moros ;
 quién suspende, quién engaña
 al gran teatro de España ;
 quién es todo admiración,
 valiente con el rejón
 como galán con la caña ¹.

Y en un soneto :

Hermosas damas, si la pasión ciega
 no os arma de desdén, no os arma de ira,
 ¿ quién con piedad al andaluz no mira
 y quién al andaluz su favor niega ?
 ¿ En el terreno, quién humilde ruega,
 fiel adora, idólatra suspira ?
 ¿ Quién en la plaza los bohordos tira,
 mata los toros, y las cañas juega ?
 En los saraos ¿ quién lleva las más veces
 los dulcísimos ojos de la sala,
 sino galanes del Andalucía ?
 A ellos les dan siempre los jüeces,
 en la sortija, el premio de la gala.
 en el torneo de la valentía ².

Recordemos las artes de toreros de los españoles, lucidas
 en los altos círculos de Italia ³.

Hay aún otros juegos que aunque no son directamente de
 armas, « tienen con ellas muy gran deudo y traen consigo
 una animosa lozanía de hombre » ⁴, se dice en Urbino, como
 la caza, la montería — don Quijote era amigo de la caza —,

¹ GÓNGORA, *Letrilla* 120, 331.

² Ídem, *Soneto* 273, 485-486.

³ CROCE, *España en la vida italiana*, 164.

⁴ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 66-68.

la natación, el salto, la carrera, tirar barras, el juego de pelota, etc., cuidando de no ocuparse de otros como « voltear en el suelo y sobre una cuerda, y otras tales cosas que no son para hombres de bien, sino para chocarreros que andan con ellas ganando dineros por el mundo ». Y en todos los juegos y ejercicios, señálese el caballero por « un buen juicio y una buena gracia » y trate con su habilidad de « quedar mejor, especialmente en la opinion del pueblo, al cual de necesidad ha de tener respeto el hombre que quieré vivir en el mundo » ¹.

Don Quijote dice que la ciencia del caballero andante encierra en sí todas o las más ciencias del mundo, así el caballero « ha de ser teólogo, para saber dar razón de la cristiana ley que profesa, clara y distintamente, adonde quiera que le fuera pedido ; ha de ser médico, y principalmente herbolario, para conocer en mitad de los despoblados y desiertos las hierbas que tienen virtud de sanar las heridas ; que no ha de andar el caballero andante a cada triquete buscando quien se las cure ; ha de ser astrólogo, para conocer por las estrellas cuántas horas son pasadas de la noche, y en qué parte y en qué clima del mundo se halla ; ha de saber las matemáticas... ha de saber nadar... herrar un caballo y aderezar la silla y el freno ; y volviendo á lo de arriba, ha de guardar la fe á Dios y á su dama ; ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, liberal en las obras, valiente en los hechos, sufrido en los trabajos, caritativo con los menesterosos, y, finalmente, mantenedor de la verdad, aunque le cueste la vida el defenderla » ². Hay puntos de contacto entre el caballero andante de España y el de corte de Italia. En

¹ *Ibidem*, 67.

² CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo XVIII.

otro lugar, don Quijote muestra las diferencias: « Mira, amiga — respondió don Quijote — no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros andantes: de todos ha de haber en el mundo; y aunque todos seamos caballeros, va mucha diferencia de los unos á los otros... » ¹. Aunque el andante profesa una suerte de apostolado de la justicia, la bondad, la caridad y la verdad, que no lleva el mismo sentido que el de corte, se unen los dos en la aspiración a una vida ejemplar, partiendo de sus propias singulares y esforzadas virtudes.

Como los ejercicios del cuerpo fatigan y pueden por muy repetidos, causar hastío, quieren los de Urbino que el caballero los alterne con « otras cosas más sosegadas y más mansas » y sin hacer « necedades y locuras, burla, ría, sepa estar falso, dance y se muestre en todo de tan buen arte que parezca avisado y discreto y en nada le falte buena gracia » ². Góngora diría en uno de sus romances:

Gran capitán en las guerras,
gran cortesano en las paces,
de los soldados escudo,
espejo de los galanes ³.

Dotes que considera Gracián cuando dice: « Fué el Gran Capitán idea grande de discretos; portábase en el palacio como si nunca hubiera cursado las campañas y en campaña como si nunca hubiera cortejado » ⁴.

Es la derivación del plano guerrero al caballeresco; la

¹ CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo VI.

² CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 67-68.

³ GÓNGORA, *Romance* 20, 45.

⁴ GRACIÁN, *Discreto*, 83.

vuelta del campo de batalla a las cortes y palacios, ejercitando en días de paz la destreza en las armas, para conservar la capacidad y estimular y tener siempre levantado el ánimo y valor personal. Don Quijote lo mostrará así : « Bien parece un gallardo caballero, á los ojos de su rey, en la mitad de una gran plaza, dar una lanzada con felice suceso á un bravo toro ; bien parece un caballero, armado de resplandecientes armas, pasar la tela en alegres justas delante de las damas, y bien parecen todos aquellos caballeros que en ejercicios militares, ó que lo parezcan, entretienen y alegran, y, si se puede decir, honran las cortes de sus príncipes »...¹.

En España el oficio de las armas tenía tradición secular. La guerra de reconquista hacía de ellas necesidad imperiosa y noble. Se rescataba palmo a palmo la tierra de España : las ciudades, los reinos. Esta gesta llevó a las letras la figura legendaria del Cid y cerró su ciclo bajo la corona de Fernando e Isabel, que rescataron, como último, el reino de Granada en los términos del siglo xv. No sólo contra infieles se movían las armas ibéricas, que entre sus príncipes y señores pasaron muchas contiendas y disputas de tronos, de fueros. Dificil fué la unión conyugal que afianzó la unidad nacional. A los pies de Isabel se desataban pleitos de sucesión : ganó Isabel. Por su mano se movieron los príncipes : ganó Fernando. Y emprendieron juntos la cruzada final. Triunfaron. Obra de secular esfuerzo nacional, se llevó a término por incontestable ánimo real. La corte decidió la empresa : « No había entonces tanta artillería como ha habido después y podían conocerse mejor que ahora los hombres bizarros. Todos los días se venía á las manos y todos los días se hacía alguna

¹ CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo XVII.

hazaña ; encontrábase allí toda la nobleza de España, y todos procuraban señalarse y adquirir renombre ; de manera que en esta guerra se formaron los hombres valerosos y los buenos capitanes de España. En ella, un hermano del Gran Capitán, adquirió grandísima fama, y éste empezó á señalarse y á dar muestras de lo que luégo llegó a ser, demas de que la emulación empujaba á cada uno á hacer más de lo que podía. No había señor que no estuviese enamorado de alguna dama de la Reina, y estando todas ellas presentes, eran testigos de lo que cada cual hacía, dando con sus propias manos las armas á los que iban á pelear, y con ellas algun favor, diciéndoles á las veces palabras que les esforzaban los corazones, y rogándoles que con su proceder dieran muestras de cuanto las amaban, quién sería hombre tan vil, de tan poco ánimo y fuerza que no venciese al más poderoso y valiente adversario y que no deseara perder mil veces la vida ántes que volver a su señora con ignominia ? Por eso se puede decir que en esta guerra el amor fué quien venció principalmente » ¹.

Trayendo a cuento hechos famosos alentados por el amor, recuerdan en Urbino la resistencia de Troya. — ; Cómo no tener presente la grande despedida de Héctor armado, de su Andrómaca, de su hijo, cantada por Homero ! — Se habla también de la epopeya de la reconquista española : « Dicen también muchos que las damas fueron en parte gran causa de las victorias del rey don Hernando y reina doña Isabel, contra el rey de Granada ; porque las más veces, cuando el ejército de los españoles iba á buscar los enemigos, la Reina iba allí con todas sus damas, y los galanes con ellas, hablán-

¹ NAVAGERO, *Viaje*, 301-303.

doles en sus amores hasta que llegaban á vista de los moros ; después, despidiéndose cada uno de su dama, en presencia dellas iban á las escaramuzas, con aquella lozanía y ferocidad que les daba el amor y el deseo de hacer conocer á sus señoras que eran amadas y servidas de hombres valerosos y esforzados ; y así muchas veces hubo caballeros españoles que con muy poco número de gente desbarataron y mataron gran multitud de moros » ¹. De esta epopeya de la reconquista nació la nobleza guerrera, caballerescá y conquistadora, de España, proyectándose hacia Italia : dominio de Nápoles, y, allende el Atlántico, en aventura legendaria de ultramar, levantada en los hechos y extendida en tan dilatados territorios a lo largo de tres siglos.

Pensando en esta grandeza de España será que Fregoso en Urbino dice : « ¿ cuál más honrada y provechosa demanda podría hallarse, que sería poner los cristianos todas sus fuerzas en sojuzgar los infieles ? ¿ No os parece que esta empresa, sucediendo prósperamente, y siendo causa que se convirtiesen de la falsa seta de Mahoma á la luz de la vèrdad cristiana tantos millares de hombres, sería tan buena para los vencidos como para los vencedores ? » ². Y Carlos V cruzaría sus armas con el turco sobre Hungría, como sus abuelos con los moros en los últimos baluartes andaluces, y sus capitanes de allende el mar con las exóticas razas aborígenes.

Croce recuerda el juicio de Guicciardini que dice que los españoles son más inclinados a las armas « que otra nación cristiana cualquiera » y aptos para ellas porque « de estatura ágil, muy diestros y esbeltos de brazo y muy devotos del

¹ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 367.

² *Ibidem*, 461.

honor en achaques de armas, por no mancharlo no temen para nada la muerte ». Y resumiendo la posición de España guerrera por necesidad y de Italia, madre de la cultura renacentista, se atribuye al Gran Capitán el aforismo : « España para las armas e Italia para la pluma » ¹.

¿ Cómo refleja España en su literatura la pasión de las armas ? Otra vez demos la palabra a Garcilaso, soldado de la corte guerrera de Carlos V, presente en la empresa de Túnez, en el asedio de Florencia, compañero de armas del gran duque de Alba y muerto en defensa de su emperador. En la *Égloga II*, canta por boca de Nemeroso los hechos de armas de los ascendientes del duque don Fernando y dice de don García de Toledo, primer duque de Alba, que en la época de don Álvaro de Luna se rebeló contra el rey tratando de conseguir la libertad de su padre el conde don Fernando, preso por don Juan II. Éstos son los versos :

Estaba con un brío desdeñoso,
con pecho corajoso, aquel valiente
que contra un rey potente y de gran seso,
que el viejo padre preso le tenía,
cruda guerra movía, despertando
su ilustre y claro bando al ejercicio
de aquel piadoso oficio ².

Del segundo duque, que llevaba sangre del rey católico, dice que :

Al campo sarracino en tiernos años
daba con grandes daños a sentillo ;
que, como fué caudillo del cristiano,

¹ CROCE, *España en la vida italiana*, 175-176.

² GARCILASO, *Égloga II*, 87-88.

ejercitó la mano y el maduro
 seso y aquel seguro y firme pecho.
 En otra parte, hecho ya más hombre,
 con más ilustre nombre, los arneses
 de los fieros franceses abollaba.

.
 Tantos, al fin, morían por su espada,
 a tantos la jornada puso espanto,
 que no hay labor que tanto notifique
 cuanto el fiero Fadrique de Toledo
 puso terror y miedo al enemigo ¹.

..

De don García de Toledo muerto a los veintitrés años en
 la conquista de la isla de los Gelves, canta el valor en encen-
 didos versos y llora la muerte del mancebo :

... o en el campo
 cual queda el lirio blanco, que el arado
 crudamente cortado al pasar deja,

 ¡ Tal está el rostro tuyo en el arena,
 fresca rosa, azucena blanca y pura !²

Garcilaso era un soldado valiente, ¡ cómo no iba a cantar
 en versos levantados el valor de las armas ! Pero era sobre
 todo una alma cultivada, ¡ cómo no iba a detestar las conse-
 cuencias de la guerra, si él mismo veía los extremos de la
 soldadesca, el horror de la destrucción y la muerte ! Los ver-
 sos elegíacos que eleva a la muerte del joven de la casa de
 Alba, dijéranse un preludio del dolor que causaría el malo-
 grado troncharse prematuro de la propia vida del poeta. Hay
 en esos versos como un oscuro presentimiento, son casi un

¹ *Ibidem*, 88-89.

² *Ibidem*, 91-92.

llanto sobre sí mismo, sabiéndose obligado a los senderos bélicos. Góngora pondría una de sus composiciones de *Arte Mayor*, « En el sepulcro de Garci-Lasso de la Vega », diciendo entre otras estrofas :

Si tu paso no enfrena
tan bella en mármol copia, oh caminante,
ésa es la ya sonante
émula de las trompas, ruda avena
a quien del Tajo deben hoy las flores
« el dulce lamentar de dos pastores » ¹.

Las armas y las letras. Se piensa en el cuadro de Rafael « El sueño del caballero ». Aldo Manuccio, sabio e infatigable exhumador de los tesoros de la cultura clásica, y primer editor del *Cortesano*, refiriéndose a sus propios empeños, decía que él había emprendido la noble tarea de revelar las letras antiguas « en una época en que las armas eran más manejadas que los libros » ².

Por tiempos del *Cortesano*, impregnada ya España del humanismo italiano, refleja también el contrapunto del espíritu y la fuerza. Garcilaso vivió y sufrió esta lucha que en la literatura, enciende la disputa de las armas y las letras.

Quiere el conde Canosa que el principal oficio del cortesano sea el de las armas ; pero sabe que « las letras no embarazan las armas » y que « la verdadera gloria es aquella que se encomienda a la memoria de las letras ». Por eso quiere que el cortesano sea en « las letras más que medianamente instruído, á lo menos en las de humanidad, y que tuviese noticia, no sólo de la lengua latina, mas aún de la griega, por las muchas y diversas cosas que en ella maravillosamente están

¹ GÓNGORA, *Arte Mayor*, 617.

² F. DIDOT, *Alde Manuce*, LV.

escritas. No dexé los poetas ni los oradores, ni cese de leer historias; exercítese en escribir en metro y en prosa, mayormente en nuestra lengua vulgar» — recuérdese la valoración del romance en las pláticas. — Y afianza este último deseo con aguda razón: que escriba aunque no lo haga muy bien « para que escribiendo, entienda mejor lo que otros escribieren. Que á la verdad, muy pocas veces acontece que quien no escribe sepa, por doto que sea, juzgar los escritos ajenos, ni guste de las diferencias y ventajas de los estilos y de aquellas secretas advertencias y finezas que se suelen hallar en los antiguos ». Pero que tenga en esto tal discreción y prudencia que muestre « siempre tener en efeto por su principal profesión la de las armas y significando que todas las otras buenas calidades son por ornamento de aquéllas. Esto en especial se ha de hacer entre hombres de guerra, por no ser como aquellos que entre letrados quieren parecer guerreros y entre guerreros letrados » ¹. Falta de oportunidad ésta que señala Canosa, semejante a la de la « *figurería* » que hace protestar a Gracián: « Otro género hay de éstos, que no son hombres, y son aún más figuras; pues si los primeros son enfadosos, éstos son ya ridículos; aquéllos, digo, que ponen el diferenciarse en el traje y singularizarse en el porte; aborrecen todo lo práctico, y muestran una como antipatía con el uso; afectan ir a lo antiguo, renovando vejedades. Otros hay que en España visten a lo francés, y en Francia a lo español, y no falta quien en la campaña sale con golilla y y en la corte con valona, haciendo de esta suerte celebrados matachines, como si necesitase de sainetes la fisga » ².

¹ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 109-111 y 113.

² GRACIÁN, *Discreto*, 124.

Con tan justo aprecio de las letras por el Conde, pica al Bembo, hombre de letras, que Canosa dé preeminencia a las armas : « Yo no sé, señor Conde, por qué queréis que este nuestro Cortesano, teniendo letras y tantas otras buenas calidades, tenga todas estas cosas por ornamento de las armas y no las armas con todo lo demás, por ornamento de las letras, las cuales, por sí sólas sin otra compañía, llevan tanta ventaja á las cosas de la guerra cuanta es la que el alma lleva al cuerpo. Porque el ejercicio dellas así pertenece propriamente al alma, como el otro de las armas pertenece al cuerpo. Respondió entonces el Conde. Antes al alma y al cuerpo pertenece el ejercicio de las armas ; pero yo no quiero que vos, señor micer Pietro Bembo, seáis juez desta causa, porque seríades algo sospechoso para una de las partes, ni tampoco hace agora al caso volver en campo esta disputa, habiendo ya sido otras veces largamente disputada por hombres sabios, aunque yo realmente la tengo por determinada en favor de las armas, y quiero también que el Cortesano, pues yo puedo formalleá mi voluntad, sea de mi parte en esto, y si vos todavía quisiéredes ser de parecer contrario, vengan aquí un hombre de guerra y un letrado, y como el letrado está en la mano que defenderá su opinión con las letras, así el de guerra defienda la suya con las armas, y veamos quién podrá más » ¹. Entonces Bembo trae por juez a Alejandro citando :

Giunto Alexandro a la famosa tomba
Del fiero Achile sospirando dise :
O fortunato che si chiara tromba
Trovasti e chi di te si alto scrisse ?

¹ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 113-114.

envidioso de Aquiles no en sus hechos, sino en la gloria de haber sido cantado por Homero. A lo que Canosa replica que desea para el cortesano las armas y las letras « asidas y ayudadas la una con la otra » ¹ y muestra la preeminencia de las armas justamente en que los hombres doctos toman por tema de sus escritos a los varones famosos en la guerra que dan « muy alta y singular materia a los que escriben » ², y que si Alejandro envidiaba a Aquiles por Homero, no es sino por un secreto loor de sí mismo, que igualando a Aquiles en el valor, sentía no tener quien, cantando sus hechos, los perpetuara con altura homérica. Es aquello de « ¿qué príncipes ocupan los catálogos de la fama, sino los guerreros? A ellos se les debe en propiedad el renombre de magnos. Llenan el mundo de aplauso, los siglos de fama, los libros de proezas, porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico » ³. Es claro, los de Urbino quieren formar un dechado de cortesanía y pareciera mucho pedir excelencias tan diferentes, pero puesto que las grandes virtudes no se hallan tan aisladas, no es desproporcionado que un hombre de grandes hechos pueda ser también de grandes palabras, aunque se diga: pocas palabras ante grandes hechos, como en « fiat lux ». No se trata en Urbino de formar un profesional en cada una de las calidades que se van dando al cortesano, sino que entre todas las que se le atribuyen en distintos grados, pero en aventajado nivel, formen la excelencia de este hombre que por ser modelo, bien se entiende que será de singulares dotes y, tan escogido, no fácil de encontrar. Hablando Gracián de las plausibles no-

¹ *Ibidem*, 114.

² *Ibidem*, 115.

³ GRACIÁN, *Héroe*, 27.

ticias, de la ciencia usual del arte de conversar, dice que « varones hay eminentes en esta galante facultad ; pero tan raros son como selectos tesoros de la curiosidad, emporios de la erudición cortesana, que si no hubiera habido quien observara primero y conservara después los heroicos dichos del Macedón y su padre los Césares romanos y Alfonsos aragoneses, los sentenciosos de los siete de la fama, hubiéramos carecido del mayor tesoro del entendimiento, verdadera riqueza de la vida superior » ¹. « El que con la espada en una mano i la pluma en la otra se le ofreze delante, que no menos atemoriza con lo feroz a los enemigos que con la elegancia a los que quieren imitalle, es Julio César, último esfuerzo de la naturaleza en el valor, en el ingenio i juicio » ², escribe Saavedra Fajardo en su *República Literaria*. Con razón pide Canosa que el cortesano sea de buen linaje, porque el alto nacimiento es la base que hace posible estimular, desarrollar o inculcar las calidades en grado de más completa y escogida posesión. « Aquel fénix Corvino, gloria de Hungría, solía decir, y practicar mejor, que la grandeza de un héroe consistía en dos cosas : en alargar la mano a las hazañas y a las plumas porque caracteres de oro vinculan eternidad » ³. Garcilaso, en su *Égloga*, lo muestra :

... A aqueste junto
la gran labor al punto señalaba
al hijo que mostraba acá en la tierra
ser otro Marte en guerra, en corte Febo.

Es el conde don Fadrique de Toledo. Y de don Fernando el gran duque de Alba, nacido bajo la influencia propicia

¹ Ídem, *Discreto*, 76.

² SAAVEDRA FAJARDO, *República*, 122.

³ GRACIÁN, *Héroe*, 37.

de los cielos, guiado por doctos preceptores, y alternando, según el parecer de Cánosa, las artes de las armas porque :

Venus aquel hermoso mozo mira,
y luego lo retira por un rato
de aquel áspero trato y son de hierro.
Mostrábale ser yerro y ser mal hecho
armar contino el pecho de dureza,
no dando a la terneza alguna puerta.

Luego se lo disputa Marte que corona al mozo :

el cual como la estrella relumbrante
que el sol envía delante, resplandece.
De allí su nombre crece, y se derrama
su valerosa fama a todas partes ¹.

Garcilaso no disputa en torno al lenguaje : escribe hermosos versos, a la manera italiana, a la manera latina, dando a estas formas arraigo español. Tampoco disputa sobre armas y letras : canta a sus héroes guerreros y los muestra fuertes, pero dueños también de las altas calidades del espíritu y el amor : tal es su retrato del gran duque de Alba en la *Égloga II*. Es el ideal de Urbino : famoso en las armas y espiritual, escogido, en virtudes de corte. De este ideal, puede ser ejemplo Garcilaso, que dirá de sí mismo, rendido a una dama, en su *Égloga III* :

Entre las armas del sangriento Marte,
do apenas hay quien su furor contraste,
hurté de el tiempo aquesta breve suma,
tomando, ora la espada, ora la pluma ².

¹ GARCILASO, *Égloga II*, 88, 97-98.

² *Ibidem*, III, 123.

lo mismo para los caballeros de Urbino, para los Alba, para los españoles famosos arraigados en Nápoles, el acorde es difícil de alcanzar. Ora las armas, ora las letras, llevan ventaja, según las aptitudes y las preferencias de los caballeros :

« Yo os prometo, si no fuese cosa contraria a mi profesión — dice Pacheco en el *Diálogo de la Lengua* de Valdés — que me avría algunos días ha, determinadamente puesto en hazer un libro en la lengua castellana como uno que diz que Erasmo ha hecho en la latina, alegando todos los refranes que hallasse y declarándolos lo menos mal que supiesse, porque he pensado que en ello haría un señalado servicio a la lengua castellana ». « También era Julio César de vuestra profesión — replica Valdés — pero no tuvo por cosa contraria a ella, con la pluma en la mano scrivir de noche lo que con la lança hazía de día, de manera que la profesión no os escusa. ¿No avéis oído dezir que las letras no embotan la lança? ». Y Pacheco : « Vos dezís muy bien, y yo lo conozco. Dadme a mí el sugeto que tuvo César, que scrivía lo que él hazía y no lo que otros dezían y entonces veréis si (me) tengo por deshonra scrivir — recordemos el párrafo referente a César citado de Saavedra Fajardo — , pero, porque parece que scrivir semejantes cosas a ésta pertenece más a hombres de haldas que de armas, no me he querido poner en ello ». A lo que aclara Valdés : « Pues aunque yo no hago profesión de soldado, pues tampoco soy hombre de haldas »... ¹.

Valdés, erasmita, era hombre de letras, y bien pudiera decirse que veía en su famoso y discutido maestro uno de los esforzados capitanes del espíritu : también se hace guerra y se libran rudas batallas con la pluma. ¡ Qué habían de ser

¹ VALDÉS, *Diálogo de la Lengua*, 13-14.

hombres de haldas, porque no anduvieran asediando plazas fuertes ! ¿ Acaso no se movían entonces en los campos del espíritu largas y ásperas contiendas, como en los de Italia o en los de Flandes ? El mismo Valdés trata, en amable contienda, luego de aquellas consideraciones, los problemas de las lenguas romances, en las que había que triunfar.

Fray Luis de León habla de esto en el prólogo a *Los Nombres de Cristo* : « Y aunque es verdad que algunas personas doctas y muy religiosas han trabajado en aquesto — levantar el espíritu del hombre — bien felizmente, en muchas escripturas que nos han dado, llenas de utilidad y pureza, mas no por esso los demás que pueden emplearse en lo mismo se deven tener por desobligados ni deven por esso alçar de las manos la pluma ; pues en caso de que todos los que pueden escribir escribiesen, todo ello sería mucho menos, no sólo de lo que se puede escribir en semejantes materias, sino de aquello que conforme á nuestra necesidad, es menester que se escriba, así por ser los gustos de los hombres y sus inclinaciones tan diferentes, como por ser tantas ya y tan recibidas las escripturas malas, contra quien se ordenan las buenas. Y lo que en las baterías y cercos de los lugares fuertes se haze en la guerra, que los tientan por todas partes y con todos los ingenios que nos enseña la facultad militar, esso mismo es necessario que hagan todos los buenos y doctos ingenios agora, sin que uno se descuyde con otro, en un mal uso tan torreado y fortificado como es este de que vamos hablando » ¹. Santa Teresa, gran luchadora y gran escritora, traerá también en sus páginas, como buena avilesa, símiles guerreros para sus razones ².

¹ FRAY LUIS DE LEÓN, *De los Nombres de Cristo*, I, 12-14.

² SANTA TERESA, *Conceptos del amor de Dios*, 508-509.

Pérez de Oliva, hombre de letras, dice en su *Diálogo* : « Agora considera — Aurelio — como no es malo el oficio de los que tratan las armas. Todo el bien que has oído puede haber en la república, éstos lo guardan : ellos son la causa de la seguridad del pueblo por los quales no osan los que mal nos quieren, venir a perturbarnos. Ellos visten hierro, sufren hambre, sufren cansancio por no sufrir el yugo de los enemigos, y han por mejor padecer aquestas cosas, que padecer vergüenza, y sudar en los campos sirviendo a la virtud, que sudar aprisionados en servicio de sus enemigos. Si vencen, alcanzan gloria para sí, y descanso para los suyos ; y si mueren siendo vencidos no han menester la vida, pues en ella no tenían libertad. Quanto más que estos espantos de hombres flacos, son los deleytes de hombres fuertes. Sufrir las armas, andar en cercos, defender los muros ó combatir con ellos y las otras durezas de la guerra no son pena de los animosos, sino ejercicios de virtud, en los quales se deleytan y gozan del excelente don que en su pecho tienen. Las heridas no las sienten con el amor debuenos hechos » ¹. « Desde la batalla de Olías, Garcilaso adquirió una personalidad nueva : aprendió a despreciar las heridas, ocultando las cicatrices. Garcilaso fué de los que formaron el nuevo espíritu del ejército. Con este espíritu los españoles arremetieron contra los franceses y los invasores no tuvieron más remedio que retirar sus tropas, perdiendo batallas y abandonando en poco tiempo el territorio conquistado » — dice Altolaquirre ². Siguiendo con Pérez de Oliva : « y su sangre dan por bien empleada, quando verterla ven por la salud de sus tierras ; en-

¹ PÉREZ DE OLIVA, *Diálogo*, 64-65.

² ALTOLAGUIRRE, *Vida de Garcilaso*, 70.

tonces se juzgan ser bienaventurados, cuando han hecho lo que la virtud les amonesta. No tienen en nada ver sus cuerpos llagados ó dispuestos á morir si el ánima tiene vida sin lisi3n ninguna » ¹.

Don Quijote en una de sus defensas de las armas frente a las letras dice : « que según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huída » ².

Termina Oliva su apología de las armas, reconociendo que pueden algunos carecer de estas excelencias dichas, pero ello es debido a que esos tales no saben elegir su estado, porque « el hombre que escoge estado en que vivir él y sus pensamientos; con voluntad de tratarlo como le mostrare la razón, vive contento y tiene deleyte : mas el que por fuerza siguiendo uno, muestra que tiene los ojos y el deseo en los otros más altos, sin templanza y sin concierto, éste vive disipado, y apartado de sí mismo, atormentado de lo que posee y atormentado de lo que desea » ³.

Pero como tantos problemas que debatió el Renacimiento en la vida y en el arte, es en Cervantes donde parece tener un eco más repetido y de razones más pesadas. El de las armas y su rivalidad con las letras se presenta muchas veces en el *Quijote*. Américo Castro, en *Pensamiento de Cervantes*, trata el problema, mostrando su tradición y fuentes y refiriéndose sobre todo al *Persiles*.

Pasando razones en viyo contrapunto marchan don Quijote y Sancho, y éste critica con respetuosa protesta a su señor diciéndole : « Más bueno era vuestra merced para predicador que para caballero andante ». « De todo sabían,

¹ PÉREZ DE OLIVA, *Diálogo*, 65.

² CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo XXIV.

³ PÉREZ DE OLIVA, *Diálogo*, 66.

y han de saber los caballeros andantes, Sancho — dijo don Quijote —, porque caballero andante hubo en los pasados siglos que así se paraba á hacer un sermón ó plática en mitad de un campo real como si fuera graduado por la Universidad de París; de donde se infiere que nunca la lanza embotó la pluma, ni la pluma la lanza » ¹. Plantea el problema y a poco más, muestra su preferencia por las armas como Canosa en Urbino: se lamenta de la pérdida de sus ruedas tan sanas, en la última aventura, y exclama: « ¡Sin ventura, yo!... que más quisiera que me hubieran derribado un brazo, como no fuera el de la espada », Razona en otra parte Sancho sobre que él es de parecer que, pues « he considerado cuán poco se gana y granjea de andar buscando estas aventuras que vuestra merced busca por estos desiertos y encrucijadas de caminos, donde, ya que se venzan y se acaben las más peligrosas, no hay quién las vea ni sepa, y así, se han de quedar en perpetuo silencio, y en perjuicio de la intención de vuestra merced y de lo que ellas merecen. Y así, me parece que sería mejor (salvo el mejor parecer de vuestra merced) que nos fuésemos á servir á algún emperador ó á otro príncipe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio vuestra merced muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento; que, visto esto del señor á quien sirviéremos, por fuerza nos ha de remunerar, á cada cual según sus méritos, y allí no faltará quien ponga en escrito las hazañas de vuestra merced para perpetua memoria » ². Es la vinculación de las armas con las letras. No quiere Sancho, por lo que a él pueda alcanzarle,

¹ CERVANTES, *Quijote*, primera parte, capítulo XVIII.

² *Ibidem*, capítulo XXI.

que caigan en olvido « en perpetuo silencio » las hazañas de su señor. Dijérase la secreta ambición de Alejandro recordada por el soneto del Petrarca en la plática de Urbino. Pero más adelante levanta su tono don Quijote, como en sus mejores momentos de enajenada exaltación y comienza a decir: « Verdaderamente, si bien se considera, señores míos, grandes é inauditas cosas ven los que profesan la orden de la andante caballería. Si no, ¿cuál de los vivientes habrá en el mundo que ahora por la puerta deste castillo entrara, y de la suerte que estamos nos viera, que juzgue y crea que nosotros somos quien somos? ¿Quién podrá decir que esta señora que está a mi lado es la gran reina que todos sabemos, y que yo soy aquel caballero de la Triste Figura que anda por ahí en boca de la Fama? Ahora no hay que dudar, sino que esta arte y ejercicio excede a todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima cuanto á más peligros está sujeto. Quítenseme delante los que dijeren que las letras hacen ventaja a las armas: que les diré, y sean quien fueren, que no saben lo que dicen: porque la razón que los tales suelen decir, y a lo que ellos más se atienen, es que los trabajos del espíritu exceden a los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan, como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas; o como si en esto que llamamos armas los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, ó como si no trabajase el ánimo del guerrero que tiene a su cargo un ejército, o la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo » ¹. Responde

¹ *Ibidem*, XXXVII.

como protesta lejana, y a la letra, el discurso de don Quijote a la opinión del Bembo sobre la preeminencia de las letras y concuerda con Canosa en que las armas son ejercicio que pertenece « al alma y al cuerpo » ¹. En otra parte, don Quijote, loando la poesía, aconseja a don Diego de Miranda que deje a su hijo por la senda elegida, por donde podrá subir « a la cumbre de las letras humanas, las cuales tan bien parecen en un caballero de capa y espada, y así le adornan, honran y engrandecen, como las mitras á los obispos ó como las garnachas a los peritos jurisconsultos » ². Es la opinión de Canosa de las letras por ornamento de las armas ³.

Infiere don Quijote la ventaja de las armas de que su fin es dar a los hombres paz ⁴. Octavián Fregoso, en el Libro IV de *El Cortesano* ⁵, muestra también cómo el fin de la guerra es la paz y cómo los príncipes y sus consejeros, hombres de armas en la concepción de Urbino, deben tener por el más alto fin educar a sus pueblos para la vida de paz y no ser como aquellos que sólo para la guerra sirven y en paz se pierden y quedan deslustrados. Y este fin de la paz, hace para Don Quijote tan superior el ejercicio de las armas sobre las letras, que es tan junto a la pobreza, que aunque muchos por ellas hayan llegado a mando y holgura, « premio justamente merecido de su virtud. Pero contrapuestos y comparados sus trabajos con los del milite guerrero, se quedan muy atrás en todo,

¹ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 113.

² CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo XVI.

³ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 113.

⁴ CERVANTES, *Quijote*, primera parte, capítulo XXXVII.

⁵ CASTIGLIONE, *El Cortesano*, 445-447.

como ahora diré ». Y levanta don Quijote su « curioso discurso de las armas y las letras » ¹.

Recordemos cómo era singular la posición de Cervantes para dilucidar el problema : blasonado en Lepanto, por heridas que él mismo mentaba con orgullo y autor de *Novelas y Entremeses*. La posteridad no dió la razón a Don Quijote : Cervantes llegó a la alta cumbre de la fama por las letras y no por las armas, aunque se conozcan sus fortunas de soldado. Y más aún : con un libro de caballerías, el género exagerado, formó en la primera fila de los escritores de todos los tiempos.

En varios otros puntos del *Quijote* se toca el tema de las armas y las letras : así, luego de escuchar el discurso de don Quijote a favor de aquéllas, narra el cautivo su historia ² desde que su padre lo llamó junto con sus dos hermanos para hablarles de la necesidad de tomar estado, mostrando su voluntad de que el uno « siguiese las letras, el otro la mercancía, y el otro sirviese al rey en la guerra... que ya que la guerra no dé muchas riquezas suele dar mucho valor y mucha fama ». El cautivo eligió « el ejercicio de las armas, sirviendo en él á Dios y á mi rey » ; el segundo eligió camino de las Indias, y el tercero « y, á lo que yo creo el más discreto, dijo que quería seguir la iglesia ó irse á acabar sus comenzados estudios á Salamanca ». El más discreto. ¿ Es que se desvanece el espejismo de las armas ? Es el soldado el que juzga discreto a su hermano el de las letras. ¿ Se le esfumó a él la gloria en los senderos de guerra ? Hay ese entendimiento en Gracián cuando dice : « Son agudezas coronadas ordinarios dichos de

¹ CERVANTES, *Quijote*, parte primera, capítulos XXVII y XXXVIII.

² *Ibidem*, capítulo XXXIX.

un rey. Perecieron grandes tesoros de monarcas, mas consérvanse sus sentencias en el guardajoyas de la fama. Valióles más a muchos campeones tal vez una agudeza que todo el hierro de sus escuadrones armados, siendo premio de una agudeza una victoria » ¹.

En el discurso del linaje, enlaza don Quijote el de las armas : « Dos caminos hay, hijas, por donde pueden ir los hombres á llegar á ser ricos y honrados : el uno es el de las letras ; otro, el de las armas. Yo tengo más armas que letras, y nací, según me inclino á las armas, debajo de la influencia del planeta Marte ; así, que casi me es forzoso seguir por su camino, y por él tengo de ir á pesar de todo el mundo » ².

Dijéranse majestuosamente señalados por el Greco esos dos caminos de la fama en el *Entierro del Conde de Orgaz*. Las armas y las letras, senderos de inmortalidad.

En otro lugar insiste don Quijote « porque no hay otra cosa en la tierra más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente, y luego, á su rey y señor natural, especialmente en el ejercicio de las armas, por las cuales se alcanzan, si no más riquezas, á lo menos, más honra que por las letras, como yo tengo dicho muchas veces ; que puesto que han fundado más mayorazgos las letras que las armas, todavía llevan un no sé qué de las armas á los de las letras, con un sí sé qué de esplendor que se halla en ellos, que los aventaja a todos » ³, « ... porque lo belicoso tiene más de plausible que lo pacífico » ⁴. Es el esplendor de los arreos,

¹ GRACIÁN, *Héroe*, 15.

² CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo VI.

³ *Ibidem*, capítulo XXIX.

⁴ GRACIÁN, *Héroe*, 27.

las galas y caballos, la gallardía y cortejos y el aquel de buscar y mirar cara a cara a la muerte, seguramente, lo que hace este no sé qué y sí sé qué, que dice don Quijote. «¿Qué príncipes ocupan los catálogos de la fama?»¹.

Signe el duque la farsa de la insula y le dice a Sancho: « Vos, Sancho, iréis vestido parte de letrado y parte de capitán, porque en la insula que os doy tanto son menester las armas como las letras y las letras como las armas. Letras, respondió Sancho, pocas tengo, porque aun no sé el ABC, pero básteme tener el Cristus en la memoria para ser buen gobernador. De las armas manejaré las que me dieren hasta caer, y Dios delante »².

Por la repetición del tema y sus consideraciones, por las atinadas razones con que lo expone, se diría que Cervantes, en éste de las armas y las letras, como en el del linaje, la edad de oro y la caballería misma, quiere poner el punto final. Juzga y sentencia. Así, como un eco más a las pláticas de Urbino sobre linaje, armas y letras, habla en *La Señora Cornelia* de dos « cavalleros principales de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dexar sus estudios por yrse a Flandes, llevados del hervor de la sangre moça, y del desseo (como dezirse suele) de ver mundo, y por parecerles que el exercicio de las armas, aunque arma y dize bien a todos, principalmente assienta y dize mejor en los bien nacidos y de illustre sangre »³.

ERNESTO KREBS.

¹ *Ibidem*, 27.

² CERVANTES, *Quijote*, segunda parte, capítulo XLII.

³ *Ibidem*, *La Señora Cornelia*, 212.

HACIA EL GRAN DICCIONARIO DE LA LENGUA ESPAÑOLA

DOS MIL VOCES NO INCLUIDAS HASTA HOY
EN EL DICCIONARIO DE LA ACADEMIA DE LA LENGUA
NI EN EL DE AMERICANISMOS

(Continuación) ..

F

FACTORÍA. s. Perú : maestranza, fábrica.

FALCA. s. Perú : aparato que, para destinar el caldo de la uva, construyen los indígenas de las comunidades de Ica.

FALJA. s. Ica, Perú : véase falca.

FALSIFICABLE. adj. Varias repúblicas y España : susceptible de falsificar.

FANEGA. s. Arequipa, Perú : medida arbitraria, para granos. Varía según éstos. Si trátase de trigo, verbigracia, la fanega equivale a siete arrobas y diez libras ; si se trata de maíz, a seis arrobas y diez libras.

FANEGADA. s. Perú : medida de superficie, muy variable en sus dimensiones. De Lambayeque a Pisco, por ejemplo, la fanegada es un rectángulo de doscientas ochenta y ocho varas de largo por ciento cuarenta y cuatro de ancho ; es decir, aproximadamente, 120.384 metros cuadrados. Pero en otros lugares la superficie es muy distinta. Así, en la provincia de Hualgayoc, la fanegada se calcula en 42.000 varas cuadradas.

FARERO, A. S. Perú : persona encargada de un faro ; mujer del farero.

FASCÍCULA. S. Varias repúblicas : fascículo.

FATALERO, A. adj. Perú : fatalista.

FECHURÍA. S. Perú, Ecuador : fechoría.

FELICIANO, A. adj. Perú : en lenguaje íntimo equivale a feliz.

FEMINIDAD. S. Varias repúblicas : femeneidad.

FERNANDINO, A. Perú : referente a la escuela o facultad de ciencias médicas de Lima, denominada de San Fernando por haber sido el Virrey don José Fernando de Abascal su fundador.

FERROVIEJERÍA. S. Perú : lugar donde se venden fierros viejos.

FERROVIEJERO, A. S. Perú : persona que negocia en fierros viejos.

FEÚRA. S. Varias repúblicas : fealdad.

FIBRUO, A. adj. Varias repúblicas : fibroso, fibrosa.

FIDELERÍA. S. Varias repúblicas sudamericanas : fábrica de fideos ; lugar donde se venden fideos.

FIDELERO, A. Varias repúblicas : persona que hace o vende fideos.

FIEBRE DE CARRIÓN. S. Perú : véase verruga.

FILATELISTA. Varias repúblicas : filatélico.

FILMAR. V. Varias repúblicas : hacer películas cinematográficas. Es voz tomada del inglés, *to film*.

FINFÍN. S. Reg. orient. del Perú : nombre de ave, cuyo grito parece ser finfin.

FLACUCHENTO, A. adj. Perú : un tanto flaco, id. flaca.

FLAGELAMIENTO. S. Varias repúblicas : flagelación.

FLÁQUINSON. Perú, Chile : flaco, en lenguaje de mucha confianza.

FLETE. s. Perú : tipejo ; mujerzuela.

FLETERA. Perú : mujer del fletero ; embarcación que se destina al transporte de equipaje.

FLETERO. s. Perú : dueño de embarcación fletera ; el que trabaja en ésta y se ocupa en transportar pasajeros y equipaje entre los barcos que llegan a un puerto y poblados vecinos.

FLIRTEADOR, a. adj. Varias repúblicas : persona que flirtea.

FLIRTEAR. v. Varias repúblicas : coquetear, galantear. Es voz tomada del inglés, *to flirt*.

FLIRTEO. s. Acción de flirtear.

FLOJIENTO, a. adj. Perú : que se inclina a la pereza o flojera.

FLOR DE Balsa, s. Cajamarca, Perú : producto vegetal que obtiéndose de una planta indígena denominada tunsho. La flor de balsa se emplea para hacer colchones.

FLOR DE SEMANA SANTA. s. Costa Rica : pasiflórea, posiblemente la misma planta de adorno llamada ñorbo en el Perú, *Passiflora coerulea*.

FOBIA. s. Varias repúblicas : odio, aversión, enemiga.

FOCO. s. Perú : bomba de alumbrado eléctrico.

FOLLETERO. s. Varias repúblicas : folletista.

FOLLETINERO. s. Varias repúblicas : folletinista. Casi siempre lleva intención despectiva esta voz.

FOLLEQUE. s. Perú : automóvil de alquiler ya muy viejo y de feo aspecto.

FONDERO, a. s. Perú, Chile : fondista. (No es siempre despectiva la voz).

FORMAL. s. Chile y otras repúblicas : refiriéndose a trajes, el de etiqueta.

FORMATO. s. Varias repúblicas y España : tamaño (hablándose de publicaciones).

FOTOGÉNICO, A. Varias repúblicas : se dice de las caras que al ser fotografiadas impresionan satisfactoriamente los negativos.

FRAILECILLO. S. Panamá : nombre de la planta *Jathropa gossypifolia*.

FRAILERÍO. S. Varias repúblicas : frailería, en sentido despectivo.

FRANCACHELEAR. V. Varias repúblicas : participar en franca-chelas.

FRANCÉS. adj. Varias repúblicas : se dice de lo artificioso, de lo que está mal hecho.

FRANCHUTE. Varias repúblicas : despectivo de francés.

FRASEÓLOGO, A. adj. Varias repúblicas y España : dicese del orador o escritor que incurre en los defectos de la fraseología.

FREGATINA. S. Perú, Chile, Bolivia : fastidio.

FREGATIS NOBIS. interj. Perú : curiosa exclamación, por lo general de carácter íntimo, para denotar que se siente uno en situación de dificultad, de fastidio, a causa de algo que inesperadamente se produce, contrario a los planes trazados.

FREIDURÍA. S. Perú : lugar en donde se preparan cosas fritas.

FREJOL. S. Costa del Perú : frisol, frijol, fréjol.

FREJOLADA. S. Perú : comilona en la que abundan los guisos hechos con frejol.

FRENEAR. V. Perú : enfrenar, frenar.

FRESQUERO, A. S. Perú : persona que vende refrescos.

FRIÓN, A. adj. Perú : no es aumentativo de frío sino un tanto frío, fría.

FRITO, A. adj. Varias repúblicas : equivale a fastidiado, reven-tado, sobre todo en expresiones como « estamos fri-

- tos», muy semejantes a la ya anotada «fregatis nobis».
- FRITURERÍA.** s. Perú : freiduría.
- FUELLE.** s. Perú : nombre con que se califica al soplón.
- FUERANO,** a. Perú : en algunos lugares se llama así a las personas que no son de la comarca.
- FUMADOR.** s. Varias repúblicas : sala para fumadores.
- FUMERÍA.** s. Varias repúblicas : fumadero. (Principalmente se refieren con esta voz a los fumaderos de opio).
- FUNDAMENTADOR,** a. adj. Varias repúblicas : que fundamenta.
- FUREL.** s. Perú : véase jurel.
- FUSTIGAMIENTO.** s. Varias repúblicas : acción de fustigar.
- FÚTBOL.** s. Nombre del conocido juego deportivo, de nombre inglés — *foot*, pie ; *ball*, bola, — que no ha sido posible traducirlo ni literalmente al español, y cuya pronunciación más generalizada hace esa voz llana.
- FUTBOLISTA.** s. Jugador de *foot-ball* ; equivale a la voz inglesa *footballer*.
- FUTBOLÍSTICO,** a. adj. Referente al juego de *foot-ball*.
- FUTURISMO.** s. Perú : sobrenombre que diósele a una organización política formada por intelectuales jóvenes.
- FUTURISTA.** s. Perú : perteneciente a la organización política, ya inexistente, que se conoció como futurismo.

G

- GALOPINA.** s. México : muchacha ; doméstica que ayuda en las labores de la cocina.
- GALLINACIEGA.** s. Ica, Perú : ave nocturna, de tamaño no mayor que el de un chotacabras. Su nombre obedece a que cuando vuela, parece no ver los peligros, lo cual

suele acarrearle algunos golpes, pues fácilmente tropieza contra los árboles.

GALLINACIENTO, A. adj. Perú : se refiere, por lo general, esta voz, a la ropa interior, con manchas de suciedad. Es voz familiar.

GALLINACITOS. S. Ú. en pl. Perú : manchas de suciedad, especialmente en los calzoncillos.

GALLINAZO. S. Perú : nombre de un pez, *Brachydeuterus nitidus* ; de unos diecisiete centímetros de largo, cuerpo grueso y dorso fuertemente arqueado ; su color es plateado obscuro.

GALLITO DE LAS ROCAS. S. Perú : ave, *Rupicola peruviana*, a la que se le atribuye por el naturalista Bravo del Rivero la categoría de « maestro de baile » de los antiguos peruanos, pues « tiene la costumbre de buscar la música de una catarata », y allí, en medio de un círculo que le forman las hembras, baila con los mismos pasos y cadencias que se observan en las danzas aborígenes ; y cuando, fatigado, se detiene, las hembras gritan « jaja-jajay », a fin de que otro macho se presente a proseguir la danza.

GAMITANA. S. Reg. orient. del Perú : pez de grandes dimensiones, muy codiciado por los loretanos, cuya carne la consideran exquisita.

GARIBA DE PEÑA. S. Panamá : nombre de una planta, de propiedades eméticas.

GARUADA. S. Reg. occidental del Perú : caída de la garúa.

GASFITERÍA. S. Perú : taller o establecimiento en el que trabajan los gasfiteros.

GASFITERO. S. Perú : plomero. La palabra gasfitero se ha tomado del inglés : *gas*, gas del alumbrado ; *fitter*, aju-

tador. Parece ser que cuando en Lima se implantó el alumbrado por gas, estableciéronse en el país algunos británicos, *gas-fitters*; de allí la formación, castellанизada, de las palabras gasfitero y gasfitería.

GATERO, A. S. Perú: vendedor que acude a los mercados al aire libre. La voz es de origen quechua: *ccatu*, mercado.

GATO. S. Perú: véase suño.

GEDEONADA. S. Hispanoamérica y España: bellaquería; bertoldinada.

GELATINERO, A. S. Varias repúblicas: persona que prepara o vende gelatinas.

GELATINUDO, A. adj. Perú: gelatinoso, sa.

GERMANIZACIÓN. S. Países de habla española: acción y efecto de germanizar.

GERMANIZAR. V. Ú. t. como r. Países de habla española: someter a la influencia, o usos y costumbres, de Alemania, un pueblo o un individuo.

GIMOTERO, A. Perú y otras repúblicas: gimoteador, gimoteadora.

GITAÚCHU. S. Reg. oriental del Perú: variedad, existente en nuestras selvas, de ají, *Capsicum sp.*

GOBIERNO. S. Provincias septentrionales del Perú: el gobernador lugareño.

GOLFISTA. S. Varias repúblicas: jugador o jugadora de *golf*, o golfo.

GOLFO. S. Varias repúblicas: el juego escocés llamado *golf*.

GOLPEO. S. Puno, en el Perú: nombre que se le da a una forma de hacer la trilla; y se la denomina así, porque la operación se efectúa golpeando los granos con grandes palos.

- GOLPETEADOR**, A. adj. Perú : que golpetea. Especialmente se dice de quien golpetea el cajón en una jarana.
- GOMUDO**, A. adj. Perú y otras repúblicas : gomoso, sa ; con exceso de goma.
- GORDO**. S. Perú : en lenguaje familiar, la moneda de cobre de dos centavos.
- GORGOJIENTO**, A. adj. Varias repúblicas : gorgojoso, a.
- GORREADOR**, A. adj. Perú : que gorrea ; gorrón, gorrero, a.
- GOTEADOR**. S. Perú : cuentagotas.
- GRAJO**. S. Varias repúblicas sudamericanas : olor desagradable que caracteriza el del sudor de las axilas.
- GRANADILLERO**, A. S. Perú, Costa Rica : persona que negocia en granadillas, fruto de la *Passiflora ligularis*.
- GRIFO**. S. Perú : se da tal nombre a los lugares o estaciones destinados a vender gasolina.
- GRINGADA**. S. Varias repúblicas : conjunto de gringos ; acción propia de los gringos.
- GUABITO AMARGO**. S. Panamá : es el nombre de la planta *Quasia amarga*.
- GUABITO CANSABOCA**. S. Panamá : nombre de la madera que suministra el árbol *Phithecolobium sp.*
- GUACA**. S. Véase huatia, guatia.
- GUACAPÚ**. S. Reg. orient. del Perú : nombre de un árbol de la selva, y de su madera, muy resistente.
- GUACAU**. S. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera incorruptible.
- GUACAZO**. S. Ica, Perú : nombre del ave ardeida, *Nycticorax pilcatus*.
- GUACIMILLO**. S. Panamá : nombre de la planta, de propiedades eméticas, *Walteria glomerata*, también llamada palo de soldado.

GUÁCIMO COLORADO. s. Panamá : árbol, y su madera, conocido por los botánicos como *Luthea rufescens*.

GUACO. s. Ica, Perú : otro nombre del guacazo.

GUACHAPELÍ. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una durísima madera de nuestras selvas.

GUACHIMÁN. Panamá, Perú : vigilante, guardián. Es voz tomada del inglés : *watchman*, vigilante, sereno, guardián.

GUÁGARA DE PUERCO. s. Panamá : nombre vulgar de la planta *Achrosticum aureum*, cuyas frondas llegan a medir hasta tres metros de altura.

GUAICHAU. s. Huánuco y Junín, Perú : nombre de un ave que acostumbra hacer su nido entre las más escarpadas rocas de la cordillera.

GUAIRURO. s. Lima, Perú : sobrenombre con que se conoce a los miembros de la policía urbana, debido al color rojo de las franjas del uniforme.

GUAJA. s. Véase guatia.

GUAJE. s. Interior del Perú : grito, guaj !, que en un corro o una fiesta familiar, suele lanzarse con el fin de estimular a los que luchan, o a las parejas de baile.

GUAJEAR. v. Perú : echar guajes.

GUAJOTE. s. Ica, Perú : mezcla de maní tostado y sin cáscara, nueces, trozos de coco, confites de anís, almendras y pasas, y se le suele agregar maíz y frejolitos tostados. Se dice que el guajote fué introducido en Ica, hace más de un siglo, por el franciscano guatemalteco Fray José Ramón Rojas, más conocido como el Padre Guatemala.

GUALO. s. Reg. oriental del Perú : nombre de una rana de grandes dimensiones, que vive en los ríos y lagos de la selva ; es comestible.

GUALULO. s. Ayacucho, Perú : quena.

GUALLATA. s. Perú, Bolivia : nombre del ave palmípeda *Anser melanopterus*, que caracterízase por su vida, siempre a orillas de las lagunas o aguas estancadas, fuente de su alimentación.

GUAMBRA. s. Véase huambra.

GUAMBRILLO, A. s. Véase huambrillo.

GUANCAPÚ. s. Perú : guacapú.

GUANCHACO. s. Perú : el que logra entrar en una sala de espectáculos, sin derecho a ello, y sin embargo, gratuitamente, para gozar de la función.

GUANCHAQUEAR. v. Perú : burlar la vigilancia y entrar gratuitamente en una sala u otro sitio en el que se ofrecen espectáculos.

GUANCHAQUERO, A. adj. Perú : persona que guanchaquea ; guanchaco.

GUANEAR. v. Perú y otras repúblicas : mezclar el terreno de labranza removido, con guano, a fin de vigorizar el suelo.

GUANERO, A. adj. Sudamérica : referente a la existencia o explotación de las islas donde se encuentran las ingentes cantidades de guano o estiércol de las aves marinas.

GUANI. s. Interior del Perú : deidad femenina que, entre algunas comunidades de indígenas, representa a la muerte.

GUANLLA. s. Jaén, Perú : mazo de tabaco, del peso de dos libras.

GUAPALA. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera de las selvas.

GUAPEAR. v. Perú : acicatear con gritos y otras manifesta-

ciones, a los contendores en un pugilato. // Interior de Piura, Perú : retar, desafiar.

GUAPEADOR. adj. Ayabaca y Huancabamba, Perú : el que guapea o reta.

GUAQUI. s. Puno, Perú : sociedad de dos o más personas, destinada a la explotación de tierras labrantías. El propietario aporta éstas y la semilla ; los otros socios su trabajo personal. La cosecha se reparte por partes iguales.

GUARACHERÍA. s. Véase huarachería.

GUARACHERO, a. Véase huarachero, a.

GUARANGO. s. Ica, Perú : nombre con que se conoce el algarrobo.

GUARDA. s. Interior del Perú : franja, por lo general, de seda, que ostentan ciertos trajes regionales.

GUARDATIEMPO. s. Perú : nombre que lleva en los talleres grandes el empleado que tiene a su cargo las anotaciones del trabajo que realizan los operarios, y del tiempo que en ello han empleado ; persona que verifica, en oficinas o talleres, las horas de entrada y de salida de los empleados y operarios. Es traducción literal de la voz inglesa *timekeeper*.

GUARIHUBA. s. Reg. orient. del Perú : nombre de un árbol, y de su madera.

GUATARI. s. La Mar, Perú : nombre regional del cerdo salvaje, que vive y marcha en grandes manadas.

GUATEGUATE. s. Panamá : nombre de una planta pasiflorácea, *Passiflora biflora*, a la que se le atribuyen virtudes antisépticas.

GUATIA. s. Lima, Ica, en el Perú : especie de pachamanca, consistente en hacer un gran hoyo en el suelo y fabricar con tierra dura y algunas piedras un como horno

en torno al hoyo, dejándose una abertura, por la cual se introducen palos y paja ; cuando el hoyo está muy caliente, se extraen las brasas y el combustible y se apartan las cenizas, e introdúcense por esa misma boca papas, yucas, camotes, choclos, quesos, carne de aves, o de vaca, conejos enteros, rellenos o simplemente aderezados ; derribase el horno y se agrega encima buena cantidad de tierra a fin de conservar el mayor calor posible por largo tiempo ; dos horas después, todo está cocido y listo para servirse. La guatia de Ica se caracteriza por el exclusivo empleo de carne de carnero.

GUATOPA. s. Huamachuco, Perú : aguja de enjalmar, aguja de arrieros.

GUAVITO. s. Véase guabito.

GUAYO. s. Reg. orient. del Perú y Cajamarca : planta arbórea, cuya corteza úsase en curtiduría y que ventajosamente puede reemplazar al quebracho colorado de la Argentina.

GUBERNATICO, a. adj. Varias repúblicas : gubernativo, a.

GUBERNATORIAL. adj. Varias repúblicas : gubernamental.

GÜICOY. s. Guatemala : cucurbitácea, *Cucurbita vulgaris*, y su fruto. Este último se come tierno con cierta sazón, o se cuece y hace entrar en la preparación de algunos platos nacionales.

GUIJARRIENTO, a. adj. Perú : guijarroso, a.

GÜIMBA. s. Véase huimba.

GÜINCHE. s. Perú, Chile : montacarga. Es voz tomada del inglés : *winch*, torno, malacate, montacarga.

GÜINCHERO. s. Perú : operador de un *winch*.

GUINEO. s. Reg. orient. del Perú : variedad de banano o plátano. Pero los de Loreto no llaman plátano al guineo ;

llaman plátano a cualquier otra variedad del fruto de los bananeros.

GÜÑAPO, o GÜÑAPU. s. Interior del Perú : maíz germinado en agua, para la preparación de la chicha.

GUIPURE. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera.

GÜIRI. s. Véase huirí.

GÜISQUIL. s. Guatemala : chayote.

GUIARRA. s. Perú : pez, *Rhinobatus planiceps*. En verdad, son varias las especies conocidas con el genérico nombre vulgar que es materia de esta papeleta. Se caracterizan por su cuerpo rómbico, que llega a tener hasta un metro y cincuenta centímetros de ancho ; la cabeza es aplanada ; el color del cuerpo es oliváceo, pero la porción ventral es blanca.

GUSANIENTO, A. adj. Perú : se dice de lo que está atacado de gusanos, o que se halla propenso a ser cebo de gusana.

H

HACENDARIO, A. adj. Varias repúblicas : referente a la Hacienda, a las finanzas nacionales, de un estado o provincia, de una institución.

HACER AGUAS. expresión común en todos los pueblos hispanoparlantes : efectuar la micción, orinar.

HACER MILPA. México : efectuar la recolección del maíz.

HACER LA PLAZA. Hispanoamérica : adquirir en los mercados cuanto se necesita para preparar los alimentos del día.

HACER PLAZA. Hispanoamérica : abrir campo para algo más por venir.

HALLAR. v. r. Hispanoamérica : adaptarse, adecuarse.

HAMBREADO, A. adj. Acosado por el hambre ; puesto en situación de hambrearse.

HANGAR. S. Hispanoamérica y España : recinto cerrado en donde se guarda un aeroplano, o varios.

HERNIADO, A. adj. Hispanoamérica : hernioso, herniosa.

HERVIDA. S. Perú : hervor. Así, se dice : después que da una hervida el caldo, se retira del fuego.

HERVIDERO. S. Perú : fuente de agua burbujeante que preséntase en los sitios donde hay petróleo.

HETERODOJO, A. Hispanoamérica : heterodoxo, a.

HERBA MEONA. S. Panamá : planta diurética, de las solanáceas, *Cestrum panamensis*.

HERBA DE PASMO. S. Panamá : planta insecticida y vermificada, *Siparuna guianensis*.

HERBA SANTA. S. Perú : planta solanácea, *Cestrum hediondum*, de olor muy desagradable pero de magníficas propiedades medicinales.

HERBILLA. S. Guatemala, Costa Rica : nombre de una tela ordinaria, de muy escaso valor.

HILACHENTO, A. adj. Perú : se dice de frutos con muchas fibras.

HILACHOSO, A. adj. Perú : fibroso, fibrosa.

HILO. S. Loreto, Perú : denomínase así la fuerza de sugestión que la boa ejerce sobre sus víctimas.

HISPANIZANTE. Pueblos de habla española : españolizante.

HOCIQUEAR. V. Perú : hociocar.

HOCQUIENTO, A. adj. Perú : hociado, hociada.

HOGAREÑO, A. Hispanoamérica : casero, afecto a su hogar.

HOJÉ. S. Véase Doctor ojé.

HOJÉN, S. Perú : ojé ; Doctor ojé.

HORIZONTAL. S. Varias repúblicas : meretriz.

HORMIGUENTO, A. Perú : que hormiguea.

HORTALIZA. s. Ica, Perú : huerta. •

HOTELERO, A. s. Pueblos de habla española : propietario o conductor de un hotel ; concerniente al servicio de hoteles.

HUACA. s. Perú : guatia.

HUACAPÚ. s. Perú : guacapú.

HUACAU. s. Perú : guacau.

HUACAZO. s. Perú : guacazo.

HUACO. s. Perú : guacazo.

HUACRAHUACRA. s. Interior del Perú : especie de corneta que se hace de un asta de buey. La voz *huacra* es quechua y equivale a cuerno o asta.

HUACHAFO, A. s. Lima, Perú : persona que pretende aparentar lo que no es, con detrimento de la propia personalidad e incurriendo en ridiculeces. Es un limeñismo típico, y fué autor de esta creación el escritor Jorge Miota.

HUACHAFEAR. v. Hacer el huachafo, la huachafa.

HUACHAFERÍO, RÍA. s. Perú : conjunto de huachafas.

HUACHAFERO. Lima, Perú : el que gusta de mezclarse con huachafas.

HUACHAFISMO. s. Perú : lo característico de lo huachafo.

HUACHAPELÍ. s. Perú : guachapelí.

HUACHIMÁN. s. Perú : guachimán.

HUAICHAU. s. Perú : guaichau.

HUAICHÓ. s. Interior de Ancash, Perú : nombre de un pájaro de plumaje gris, que es considerado como de mal agüero.

HUAIRURO. s. Perú : guairuro.

HUAJA. s. Perú : véase guatia.

HUAJÓTE. s. Perú : guajote.

HUALO. s. Perú : gualo.

HUALULO. s. Perú : gualulo.

HUALLATA. s. Perú : guallata.

HUAMANI. s. Fajardo en el Perú : deidad, entre los indios, que protege el ganado.

HUAMBRA. s. Sierra y región de las selvas, Perú : niño o niña ; hijo, hija. Es voz de la lengua quechua.

HUAMBRILLO, A. s. Loreto, Perú : diminutivo español de la voz quechua huambra.

HUANCAPÚ. s. Perú : guacapú.

HUANCHACO y sus derivaciones : ver en la letra G.

HUANEAR. v. Perú : guanear.

HUANERA, O. Perú : guanera, guanero.

HUANI. s. Perú : guani.

HUANLLA. s. Perú : guanlla.

HUANYA. s. Perú : guanlla.

HUAPALA. s. Perú : guapala.

HUAQUEAR. v. Perú : trabajar, en las huacas o antiguos cementerios prehispánicos del Perú, con el fin de sorprender tesoros arqueológicos allí sepultos. Desde luego, huaquean los profanos en materia de arqueología.

HUAQUERO. s. Perú : persona que huaquea.

HUAQUI. s. Perú : guaquí.

HUARACA. s. Perú : cordel retorcido que sirve para hacer bailar las peonzas o trompos.

HUARACAR. v. Perú : envolver la huaraca a fin de hacer bailar el trompo.

HUARACHERÍA. s. México : taller o establecimiento donde se hacen o venden huaraches.

HUARACHERO, A. México : persona que negocia en huaraches.

HUARANGO. s. Perú : guarango.

HUARAQUEADOR. adj. Perú : que huaraquea.

HUARAQUEAR. v. Perú : poner en acción una honda ; zurriagar.

HUARIHUBA. s. Perú : guarihuba.

HUATACAY. s. Arequipa, Perú : nombre regional del huacatay, *Tagetes minuta*.

HUATARI. s. Perú : guatari.

HUATIA. s. Perú : guatia.

HUATOPA. s. Perú : guatopa.

HUAYACHO, A. San Martín, Perú : persona natural del valle de Huayllabamba, en la provincia de Rodríguez de Mendoza.

HUAYO. s. Perú : guayo.

HUELEGUIOS. Perú : se dice de ciertas personas que siempre acuden, invitadas o no, a fiestas familiares, como cumpleaños, días de boda o de bautizo, etc.

HUELGUEAR. v. Perú : hacer huelga.

HUEQUELE. s. Reg. del lago Titicaca, Perú y Bolivia : nombre de un anuro, conocido por los zoólogos como *Telmatobius escomelii*.

HUESERÍO. s. Perú : en el comercio se da este nombre a la mercadería que no tiene demanda.

HUESERO. s. Perú : cementerio, osario.

HUILCO. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera.

HUILLAC UMA. s. Perú : nombre con que se conocía al sumo sacerdote de la religión entre los incas.

HUIMBA. s. Loreto, Perú : árbol espinoso. Son tan grandes esas espinas o púas que con un golpe de machete sólo puede cortarse una.

HUINCHE y sus derivados : ver en la letra G.

HUINCHU. s. Interior de Ancash y Huánuco : nombre regional del colibrí o pájaromosca.

HUIÑAPO y HUIÑAPU. s. güiñapo, güiñapu.

HUIRACOA. s. Interior del Perú : tratamiento que se da por los indígenas a algún hombre que ellos consideran importante o distinguido. Es voz quechua y equivale a caballero.

HUIRACUCHA. s. Reg. oriental del Perú : huiracocha.

HUIRATSA. s. Interior de Ancash, Perú : huiracocha.

HUIRI. s. Puno, Perú : nombre de un arado primitivo, que hacen los indígenas.

HUÍSCUR. s. Interior de La Libertad y Cajamarca, Perú : nombre que se da al cóndor.

HUITO. s. Reg. orient. del Perú : nombre de un árbol, y también de su fruto. Este último es agridulce ; y cuando no está aún maduro empléase para pintarse el cuerpo de un color azul muy oscuro, casi negro. Recomiendan el uso del huitto para hacer desaparecer las manchas de la piel.

I

IBAMBA AMARILLA. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera de las selvas.

ICHU. s. Interior del Perú : paja, yerba que crece espontáneamente en los páramos serranos. No es totora.

IHUANCO. s. Reg. occidental del Perú : río adventicio cuyas aguas torrentosas arrastran lodo, piedras, arbustos, etc. No producen el ihuanco los deshielos de los Andes, sino las copiosas lluvias de la zona interandina del país.

ILÁN-ILÁN. s. Varias repúblicas : nombre de una planta de adorno, como de su flor, ésta de perfume exquisito.

ILANYA s. Ancash, Perú : nombre de un arácnido sumamente ponzoñoso.

ILLANCO. s. Perú : huayco o suerte de huayco — no es tan impetuoso como los huaycos, — que arrastra tierra fina y arena.

IMPERIAL. s. Ica, Perú : nombre que se le da al género blanco de algodón.

INADVERTIR. v. Varias repúblicas : no observar ; no fijar la atención en algo.

INAPTITUD. s. Varias repúblicas : sin aptitud ; ineptitud.

INAPTO, A. Varias repúblicas : inepto, a ; no apto.

INCANATO. s. Perú : la época de la historia peruana correspondiente al imperio de los Incas.

INCANO, A. adj. Perú : incaico, a.

INCARIO. s. Perú : los monarcas del imperio de los Incas.

INCONDICIONALIDAD. s. Varias repúblicas : calidad de incondicionalismo.

INCHICAPI. Reg. orient. del Perú : sopa de maní, hecha en caldo de gallina.

INDIGENISMO. s. Varias repúblicas : preocupación por los problemas referentes a la raza indígena.

INDIGENISTA. Varias repúblicas : referente al indigenismo.

INDOCHE. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera de las selvas ; por su dureza excesiva utilizase para hacer mangos de palas y machetes.

INFORMAL. s. Varias repúblicas : refiriéndose a trajes, el de calle.

INFLUENZADO, A. Varias repúblicas : se dice de las personas enfermas de gripe, o influenza.

- INFLUENZA.** s. Varias repúblicas : nombre, que se admite como de origen italiano, que también se le da a la gripe.
- INFLUENZAR.** v. r. Varias repúblicas : enfermar de gripe o influenza.
- INGAINA.** s. Región orient. del Perú : nombre de cierta madera, usada en construcciones.
- INGENIERO,** A. Ica, Perú : lo originario del distrito de Ingenio.
- INGUIRE.** s. Reg. orient. del Perú : nombre que se da al plátano verde cuando está ya cocido. El inguire, o inguiri, reemplaza al pan.
- INGUIRI.** s. Inguire.
- INJONEAR.** v. Perú : vulgarismo, equivalente a zaherir, fastidiar con indirectas.
- INODORO.** s. México, Perú y otras repúblicas : el lugar excusado ; el retrete.
- INTI.** s. Perú : nombre quechua del sol, que era denominado padre de los Incas.
- INTICANCHA.** s. Perú : templo del sol.
- INTIHUATANA.** s. Perú : observatorio solar de los incas. La palabra es de origen quechua : *inti*, sol ; *huatana*, amarar.
- INTISUNCA.** s. Interior del Perú : nombre indígena de la planta *Ramalina flascenses* ; se la denomina también pape-lito, y goza fama por sus propiedades curativas, sobre todo de las vías respiratorias.
- INVERNA.** s. Perú : potrero con gramalote o alfalfa para el consumo de los ganados.
- INVERNAR.** v. Perú : tener en inverna al ganado.
- ISCA.** s. Loreto, Perú : cebo que se destina a la pesca.
- ISHPI.** s. Reg. del lago Titicaca, en Bolivia y el Perú : nombre de un pez propio del lago.

ISHPINGO. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera de las selvas, utilizada por ebanistas y toneleros.

ISOTE. s. Véase izote.

ISULA. s. Loreto, Perú : nombre de una hormiga de color azul, muy ponzoñosa y voraz.

ITAHUBA. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera dura, incorruptible, liviana por su peso y que presenta varios matices de diversa coloración. Utilízase para durmientes y construcciones.

ITALIA. s. Perú : nombre de cierta variedad de uva, procedente de la península italiana ; los aguardientes con ella elaborados son muy famosos, y también denominanse italia.

IXTLE. s. México : la fibra del maguey.

IZQUIERDISMO. s. Mundo de habla española : tendencia política radicalmente opuesta al derechoismo.

IZQUIERDISTA. Mundo de habla española : lo que favorece las tendencias del izquierdismo.

IZOTE. s. Guatemala : nombre vulgar de la liliácea *Yuca guatemalensis* ; es un arbusto, cuyas flores blancas suelen comer los indígenas, en forma de torta.

J

JACA. s. Interior de Ancash, Perú : nombre indígena, pero castellanizado, del conejillo de Indias, cobaya, cuy, cuye.

JACACAYO. s. Perú : nombre de un pajarillo, también conocido con el nombre de pito, al que se le atribuye algo interesante. Dicese que el jacacayo arranca una hoja de

la planta denominada aracchama por los indígenas ; la mantiene, con el pico, sobre una piedra, dándole con el mismo pico unos golpecitos, hasta que logra formar así, con el líquido de la hoja, una oquedad en la piedra, y formar, de tal modo, su nido. Créese por algunos, que los incas conocieron, también, las virtudes de la hoja del aracchama, y que así podrían explicarse las admirables construcciones de piedra que nos han legado, por cuyas junturas no es posible introducir la hoja de un cuchillo.

JACHA. s. Perú : véase cacha (en este glosario).

JALADERA. s. Perú : en el lenguaje estudiantil, equivale a aplazamiento de muchos examinandos por un tribunal examinador.

JALADO, A. adj. Perú : desaprobado o desaprobada en los exámenes.

JALAMATE. s. México : nombre de un árbol, también llamado amate y amatl, de cuya corteza, blanca, se hacía papel para la escritura geroglífica.

JALAR. v. Perú : en el lenguaje estudiantil, equivale a desaprobado o aplazar a un estudiante en los exámenes.

JALCA. s. Perú : es lo mismo que puna. En la región septentrional del país, se usa la voz jalca ; en el resto del Perú, puna.

JALEA. s. Lima y sus contornos, Perú : nombre especial de cierta forma de preparar el pescado llamado lisa o liza, y que consiste en abrirlo por el lomo ; sin quitarle las escamas se le lava bien y después se le echa abundante sal y se le clava en una pared ; el siguiente día se asa en una parrilla y se le unta manteca con ají molido y

agregánsese jugo de naranja agria y unas cebollitas picadas.

JAÑAPE. s. Piura, Perú : especie de salamanquesa, muy ofensiva.

JAÑAPE, NEGRA. Piura, Perú : se dice de la gente de piel muy trigueña, muy oscura.

JAPONIZACIÓN. s. Países de habla española : acción y efecto de japonizar.

JAPONIZAR. v. Países de habla castellana : sometimiento a la influencia política, económica, etc., del Japón, de una persona o un pueblo.

JARACCHAMA. s. Interior del Perú : nombre indígena de la planta tintórea *Eupatorium cuscoense* ; tinte de color negro intenso.

JARANISTA. Perú : jaranero, a.

JARHUINCHU. s. Perú : véase carhuinchu.

JATO. s. Perú : véase cato, en este mismo trabajo.

JEBERO. s. Perú : explotador del jebe.

JEDER. v. Varias repúblicas : heder. (Es de observarse que los mismos individuos que emplean voces arcaicas como ansina, entoavía, truje, etc., digan jeder, jediondo, dir, etc.).

JEDIENTO, A. adj. Varias repúblicas : hediento, a.

JEDIONDO, A. adj. Varias repúblicas : hediondo, a.

JERGÓN. s. Reg. orient. del Perú : sierpe de colores brillantes y hermosa presencia, pero temible por lo ponzoñosa que es su mordedura.

JERINGUEAR. v. Perú : jeringar ; molestar.

JERINGUILLA. s. Países de habla española : jeringa de Pravatz, jeringa para aplicar inyecciones hipodérmicas, intramusculares, etc.

JETONIENTO, A. adj. Perú : jetón, jetona.

JITOSO, A. Guatemala : persona que padece de pitiriasis o empeine.

JIRIMIQUEANTE. adj. Perú, Bolivia : jeremiquiante.

JIRIMIQUEAR. v. Perú, Bolivia : jeremiquear.

JITAÚCHU. s. Perú : véase gitaúchu.

JOBITO DE PUERCO. s. Panamá : nombre vulgar de la planta

Spondia spinosa.

JOCOTAL. s. Guatemala, Nicaragua, Costa Rica : árbol del jocote, muy hermoso y de deliciosos frutos.

JOCOTE AMARILLO. s. Guatemala : la variedad de jocotal denominada *Spondia lutea*.

JOCOTE CISMOLLO. Nicaragua, Costa Rica : variedad del jocotal.

JOCOTE DE CORONA. Guatemala : la variedad llamada *Spondia purpurea*.

JOCOTE ROJO. Guatemala : jocote de corona.

JOL. s. Perú : prunciación de la voz inglesa, muy usada por todas las clases sociales, *hall*, que la Academia recomienda se diga recibidor.

JOLCITO. s. Perú : curioso diminutivo de la voz inglesa *hall*, pronunciada *jol*.

JOLONGO. s. Cuba : mochila.

JORNADA. s. Perú : dase este nombre a la distancia que se recorre a caballo en un día, y se admite que ella equivale a doce leguas, o sesenta kilómetros.

JUAN. s. Reg. orient. del Perú : budín que se hace con carne de gallina y que después se envuelve en hojas, como los tamales. En algunas localidades, el jua se prepara con arroz, maní, yuca y carne de cerdo.

JUERGUISA. adj. Varias repúblicas : inclinado a la juerga.

JUMAZO, DAR. Sur del Perú : dar humazo.

JUMEADO, A. adj. Sur del Perú : jumado, jumada.

JUMEAR. V. T. Sur del Perú : jumarse.

JUÑUÍPAC. S. Interior del Perú : conopa.

JURELCITO. S. Perú : pez, *Trachurus symmetricus*, también llamado jurel ; de menos de medio metro de largo, cuerpo alargado y cabeza grande.

K

KALEIDOSCOPIO. S. Varias repúblicas : calidoscopio. Rara vez se encuentra esta voz escrita como c, como lo indica el Léxico.

KALEIDOSCÓPICO, A. adj. Varias repúblicas : calidoscópico, calidoscópica.

KEPI. S. Varias repúblicas : quepis.

KILOMETRAJE. S. Perú : longitud dada en kilómetros ; cantidad de kilómetros que se puede recorrer en cierta unidad de tiempo.

KILAJE. S. Perú : peso dado en kilos.

KINDERGARTEN. S. Varias repúblicas : sección de las escuelas elementales, para niños de muy corta edad. Es voz alemana, pero universalmente empleada y oficializada por los gobiernos.

KIOSQUERO, A. Perú, México y otras repúblicas : persona que atiende al público en un quiosco o kiosco.

KLAXON. S. Varias repúblicas : bocina de automóvil. Es voz alemana, *klazo* (hago un sonido agudísimo, perforador), y seméjase un tanto a clangor. Deriva la voz klaxon de una marca de fábrica, especializada en la construcción de bocinas para automóvil.

L

LABERINTERO, A. adj. Perú : que hace laberinto, enredos, escándalo, bullicio.

LABERINTO. S. Perú : escándalo, bullicio, alboroto.

LABERINTOSO, A. adj. Perú : más o menos lo mismo que laberintero o laberintera, esto es, bullicioso (y su femenino), o que provoca discusiones que pueden originar disgustos.

LACEADOR, A. adj. Varias repúblicas : persona experta en el manejo del lazo para sujetar cuadrúpedos que viven en libertad en las llanuras o praderas.

LACERANTE. adj. Varias repúblicas : que provoca laceración.

LÁCHAC. S. Interior de Ancash, Perú : nombre indígena del sapo.

LAGARADA. S. Ica, Perú : cantidad de uva que, para los efectos de la pisa, entra en el lagar.

LAGARTO CASPI. S. Reg. orient. del Perú : nombre de un árbol, y de su madera ; esta última, de color blanco, es incorruptible y utilizase en construcciones que exigen cierto arte.

LAICCA. S. Perú y Bolivia : hechicero, curandero, brujo. La voz es de las lenguas aborígenes que se hablan en la región del lago Titicaca.

LÁLUSH. S. Reg. orient. del Perú : nombre indígena de una planta que suministra la resina conocida como incienso.

LAMEDOR DE GATILLO. S. Varias repúblicas : fórceps de los dentistas ; pistola, revólver.

LAMISCÓN, A. adj. México : persona aduladora, que por algún interés halaga a otros.

LAMISQUEAR. v. Varias repúblicas : lamiscar.

LAMPARIENTO, A. adj. Perú : dicese del traje que ostenta manchas o lamparones.

LAMPARÓN. s. Perú : mancha en las ropas, que puede ser de accite, como dice Malaret que es en México y Puerto Rico, o también de grasa, leche, etc.

LANGHI. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera de las selvas.

LAPA. s. Perú : calabazo de grandes dimensiones, dividido a lo largo del fruto, y que los indígenas utilizan como pieza de vajilla, o como artesanía.

LAPICERO. s. Perú : portaplumas.

LARILARI. Perú : demonio que, según creencias de los indígenas aimaráes, encarna, a fin de hacer sus fechorías, en animales irracionales, y algunas veces en los seres humanos ; y para hacerse impune, en algún extranjero.

LAUREÑO. s. Panamá : planta leguminosa, *Cassia alatu*, que goza de fama por sus propiedades medicinales, en especial para ciertas dolencias hepáticas.

LAYO. s. Perú : árbol de la familia de las leguminosas, *Trifolium peruvianum*, cuya madera, de color amarillo, se utiliza para hacer bastones.

LECLISH. s. Perú : véase liclic.

LECHE CASPI. s. Reg. orient. del Perú : árbol de las selvas, de madera a la vez fina y densa, excelente para ebanistería ; las ramas del árbol comienzan a separarse del tronco a una altura de quince metros ; las flores son amarillentas ; su fruto, de cáscara gruesa, como la de la guayaba, contiene una sustancia lechosa y pegajosa, y la pulpa es amarilla, dulce, agradable al paladar, pero astringente ; el hueso del fruto tórnase elástico

como el chicle cuando se le mastica ; el látex que sale de la corteza de éste árbol, es semejante, por su color, a la leche de vaca, y de sabor grato, aun cuando poco dulce, y goza de propiedades medicinales.

LECHUCEAR. v. Lima, Perú : entre choferes de servicio público, equivale a trabajar durante toda la noche.

LECHUCEO. s. Lima, Perú : acción y efecto de lechucear.

LECHUCERO. adj. Lima, Perú : automóvil que se dedica a hacer el trabajo de lechuceo ; chofer que guía un automóvil lechucero.

LECHUGUINO. s. Jaén, Perú : tabaco sacado de las almácigas, a los ocho o quince días, pero siempre a la sombra.

LEGAÑENTO, a. adj. Perú : legñoso, legañosa.

LEGUA. s. Perú : distancia equivalente a, poco más o menos, cinco kilómetros ; para ser más exactos, a 5,555 metros y 55 centímetros.

LEGUAJE. s. Perú : longitud recorrida en leguas.

LENGUA, HABLAR EN. Interior del Perú : hablar el idioma quechua.

LENGUA DE PERRO. s. Perú : nombre vulgar de la borraginácea *Cinoglossum officinalis*, de un color verde muy pálido y olor ingrato ; crece espontáneamente y posee propiedades medicinales.

LENGUALARGA. adj. Perú : persona que habla con imprudencia o desvergüenza.

LENGUE. s. Ancash, Perú : pájaro de medianas dimensiones, cuyo plumaje ostenta tonalidades semejantes al del pavo real, y el del pecho es azul o amarillo ; es domesticable, y hace su aparición en los prados de la costa cuando se presentan las lluvias en el interior o región interandina.

LENTEJA DE AGUA. s. Perú : planta nayadácea, *Lemna minor*, que se desarrolla en la superficie de los estanques, en donde forma espesa capa que le impide la respiración a las larvas de ciertos zancudos ; considérasela, pues, como un eficaz auxiliar en la lucha contra la fiebre amarilla y las fiebres palúdicas.

LEQUELEQUE. s. Perú : véase liclic.

LIBERALOTE, A. adj. Varias repúblicas : dicese de la persona que hace gran alarde de sus ideàs contrarias al catolicismo ; comecuras ; clerófobo.

LIBRA. s. Perú : en las tabernas, copa de pisco, de grandes dimensiones.

LICITA. s. Perú : pez marino de la familia de los mugílidos, conocido por los ictiólogos con el nombre de *Mugil cephalus* ; de poco menos de treinta centímetros de longitud, cuerpo vigoroso y algo arqueado. Se le llama también liza, lisa y lisita. No es pez de río, como dice la Academia.

LICLIC. s. Perú : nombre de una palmípeda, que vive a inmediaciones de las lagunas de los Andes ; llámasela en zoología *Charadrius resplandens*, y su nombre vulgar, que obedece al peculiar grito de esta ave, varía según las localidades, y se la denomina leclish, liclic, lequeleque y liclique ; caracterízase, además, por su plumizo plumaje y la albura de sus patas.

LICLIQUE. s. Perú : liclic.

LICOR. s. Perú : nombre que, por extensión, se le da al aguardiente de uva.

LICOBERA. s. Perú : vasija, por lo general, de cristal, destinada a guardar el aguardiente de uva para el consumo doméstico.

LICORERO, A. Perú : licorista ; la mujer del licorista.

LÍDER. S. Varias repúblicas : cabecilla, director, conductor.

Es palabra del lenguaje político y se ha tomado de la voz inglesa *leader* ; ha venido a reemplazar las antiguas denominaciones políticas de cabecilla, jefe, etc.

LIDERATO. S. Varias repúblicas : jefatura. De la voz inglesa *leader*, pronunciada líder, se ha formado este neologismo que en nuestra América tiende a prosperar.

LIENDRERO, LIENDRERA. S. Perú : lendrera.

LIENDROSO, A. adj. Perú : lendroso, lendorosa.

LIJUANA. S. Aymaraes, Perú : nombre de un arado que construyen los indígenas, consistente en un palo como del tamaño de un hombre, que remata en forma de punta.

LIMÓN CEUTIL. S. Perú : variedad del limonero, *Citrus limonum*, cuyos frutos son redondos, agrios y pequeños.

LIMÓN SUTIL. S. Perú : limón ceutil.

LIQUIDÁMBAR. S. Varias repúblicas : árbol de las hamamelidáceas, *Liquidambar styraciflua* ; produce una resina muy estimada en medicina y perfumería ; la madera es aromática y hermosísima.

LIRIO ATIGRADO. S. Perú : planta liliácea, de adorno ; su nombre botánico es *Lilium tigrinum*, y se la da, también, como nombre vulgar, el de azucena atigrada.

LISA. S. Perú : licita.

LISITA. S. Perú : licita.

LISURA. S. Perú : coquetería, intención, malicia.

LISURERO, A. adj. Perú : persona que dice palabras groseras.

LISURIENTO, A. Lisurero, lisurera.

LIZA. S. Perú : licita.

LOBELIA. S. Varias repúblicas : planta de adorno, de las

campanuláceas, *Lobelia inflata* ; sus flores son azules, y tiene fama por sus propiedades antiespasmódicas.

LOBERIA. s. Perú : paraje solitario, a inmediaciones del mar, donde se retiran las focas a hacer su vida en tierra.

LOBO, LOBO MARINO. s. Perú : foca, de cualquiera de sus variedades.

LOCUTOR. s. Perú y otras repúblicas : se singulariza esta palabra cuando se trata de las estaciones de radiodifusión, pues locutor es, en ellas, el que se encarga de hacer los anuncios y de mantener la vinculación entre la estación misma y los radio oyentes.

LOGRERO. Perú : voz despectiva, aplicable preferentemente al político profesional u ocasional que en sus actividades busca como principal objetivo la satisfacción de sus apetitos de dominio y enriquecimiento.

LOMA. s. Perú : colina que se encuentra en la faja del litoral del país. También dase este nombre a la vegetación musgosa que, debido a las lluvias, ostentan las colinas.

LOMERO. s. Perú : persona encargada de llevar los rebaños a las lomas, para que trisquen la rala vegetación que éstas tienen.

LONCHAR. v. Perú : tomar el lonche.

LONCHE. s. Perú : comida ligera que se toma hacia la caída de la tarde, consistente en pasteles, o algo de fritos, y una taza de café. Pero entre los escolares, el lonche consiste en un poco de fruta, bizcochos, o un « sandwich » de carne, que toman, a la hora del recreo.

LORITO. s. Perú : ave psitacídea, de tamaño pequeño, *Psittacula passerina*, que vive en sociedades numerosas, por los prados ; se la denomina, también, viudita.

LORO MACHACUY. s. Loreto, Perú : sierpe de nuestras sel-

vas, de color verde brillante, como el plumaje de los loros.

LOTEAR. v. Perú : división de tierras en lotes.

LOTEO. s. Varias repúblicas : acción y efecto de lotear.

LOTIZACIÓN. s. Perú : loteo.

LOTIZAR. v. Perú : lotear.

LUGACHA. s. Perú : nombre de un temible arácnido, el *Latru-dectus mactans*.

LUPUNA. s. Reg. orient. del Perú : nombre de un árbol sumamente grueso, de las selvas, cuya madera tiene útiles aplicaciones.

LUSUMBRE. s. Reg. orient. del Perú : nombre de una madera de las selvas.

LL

LLACHO. s. Perú, Bolivia : yerba, grata al ganado, que crece en los alrededores del lago Titicaca.

LLANSAQUIRO. s. Reg. orient. del Perú : árbol de unos diez o doce metros de altura y medio metro de diámetro ; sus fibras son finas y muy resistentes, y utilizanse como las del yute ; las hojas constituyen excelente alimento para el ganado ; de la madera se puede obtener papel.

LLANTÉN HEMBRA. s. Perú : nombre de una planta plantaginácea, *Plantago media* ; goza de mucha reputación por sus propiedades medicinales.

LLANTÉN MACHO. s. Perú : plantaginácea, de mayor tamaño que la anterior ; se la conoce en botánica como *Plantago major*, y es excelente por sus virtudes terapéuticas.

LLAPANA. s. Perú : véase illanco.

- LLIPTA.** s. Bolivia e interior del Perú : pasta que los indígenas preparan con cal, carbonato de cal y algo de sal, a fin de neutralizar un tanto el mal gusto de las hojas de coca.
- LLOCLLA.** s. Perú : riachuelo repentinamente engrosado, que forma un verdadero torrente estrepitoso, de color turbio y de fuerza destructora.
- LLOCLLADA.** s. Perú : lloclla ; acción y efecto que produce la lloclla.
- LLOQUE.** s. Reg. orient. del Perú : nombre de una planta tintórea, *Kageneckia lanceolata* ; tinte de negro.
- LLOQUE.** s. Perú : nombre de una planta bixácea, *Pineda incana* ; produce madera durísima, que se la utiliza para bastones y también como combustible y para preparar carbón.
- LLOQUENA.** s. Bolivia y Perú : instrumento para la pesca, consistente en un palo cilíndrico que termina en una aguja afilada, con la cual se atraviesan los peces ; es muy usada en el lago Titicaca.
- LLOTO.** s. Arequipa, Perú : nombre vulgar de una planta bacelácea, *Boussingaltia basseloides*.
- LLUCÚYUSH.** s. Interior del Ancash, Perú : nombre indígena del zorzal.
- LLUPICÍN.** s. Piura, Perú : especie de mazamorra que se prepara con las semillas del algarrobo.
- LLUVIAR.** v. Sur del Perú : llover.

ENRIQUE D. TOVAR Y R.

{Continuará}.

ACUERDOS

Plan de cooperación entre la Academia Argentina de Letras y la Real Academia Española. — En la sesión del 19 de junio, a la que concurrió especialmente invitado el señor José María Pemán, de la Real Academia Española, se resolvió llevar a la práctica un plan de cooperación entre las mencionadas Instituciones.

Después de exponer sus ideas al respecto el señor Pemán y los miembros de la Academia, ésta encomendó al señor Presidente que, de acuerdo con el nombrado académico español, redactara las bases de esa colaboración. En junta del 17 de julio, la Academia aprobó el comunicado que entregó al señor Pemán para que a su vez lo pusiera en manos del señor Director de la Real Academia Española. Se transcriben a continuación, el oficio enviado al académico español y el escrito dirigido a la Academia Española.



Buenos Aires, 28 de julio de 1941.

Señor doctor don José María Pemán, de la Real Academia Española.

Tengo el agrado de dirigirme a usted en nombre de la Academia Argentina de Letras, que tengo el honor de presidir, y de rogarle quiera ser portador del escrito adjunto, en el cual se expresan las bases tendientes a hacer efectiva la colaboración entre la Real Academia Española, de la cual es usted ilustre miembro de número, y esta Corporación.

La Academia Argentina de Letras no duda que estas proposiciones recibirán favorable acogida, y queda, a su vez, a la espera de una comunicación en la cual la Academia Española exprese su conformidad.

Ruego a usted quiera expresar, en mi propio nombre y en el de nuestra Corporación, nuestro más cordial saludo al señor Director de la Real Academia Española, el Excmo. señor don Francisco Rodríguez Marín, que honra a este Cuerpo con ser su miembro correspondiente, y, por su alto intermedio, a todos y cada uno de los miembros de la ilustre Academia de la Madre Patria.

Saludo a usted con mi más distinguida consideración.

Carlos Obligado,
Académico Secretario.

Carlos Ibarguren,
Presidente.

A LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Reunidos en junta del 5 de julio los señores académicos de número de la Academia Argentina de Letras y el señor don José María Pemán, de la Real Academia Española, para tratar acerca de la mejor forma de colaboración entre ambas entidades, se resolvió que el señor Pemán presentara a la Real Academia Española la siguiente proposición :

« La Academia Argentina de Letras entiende que corresponde hacer efectiva la colaboración convenida con la Real Academia Española el año de 1931. En efecto, el 17 de noviembre de ese año el señor Presidente de la Academia don Calixto Oyuela se dirigió a la Academia Española para comunicarle la fundación de nuestra Institución con el propósito, dice esa nota, de establecer entre ambas instituciones las relaciones de la más decidida cooperación y armonía en el logro de los elevados propósitos que les son comunes : la conservación de la unidad y pureza de nuestra lengua tan vastamente difundida en el mundo.

El 28 de diciembre del mismo año el Director de la Real Academia don Ramón Menéndez Pidal respondió al Presidente de la

Academia Argentina de Letras lo siguiente: «Cumpliendo el deseo expresado por V. S. en su comunicación he dado cuenta de ella a la Academia Española, y, tanto en nombre de ésta como en el mío personal, me es grato dar a V.S. las gracias por su amable escrito y expresarle el agrado con que acogemos la oferta de colaboración que nos trasmite. Tenga V.S. la seguridad de que toda contribución de esa Academia Argentina encaminada a la conservación de la unidad y pureza de la lengua que nos es común hallará siempre por parte de la Academia Española la más simpática correspondencia».

En virtud de estos antecedentes, y para poner en práctica la colaboración acordada, la Academia Argentina de Letras estudiará los vocablos de uso corriente en nuestro país que no han sido registrados en el *Diccionario de la Academia Española*, última edición, y hará llegar a esa Academia las observaciones y sugerencias pertinentes. Además, la Academia Argentina de Letras comunicará a la Academia Española, los vocablos de uso corriente en nuestro país que no han sido registrados en el *Diccionario* de la lengua, o que están en él con otras acepciones, comunicación que se hará a medida que nuestra corporación los vaya estudiando, a fin de que la Academia Española los tenga presentes en la preparación de futuras ediciones del *Diccionario*.

Tanto la Academia Argentina como la Española mantendrán correspondencia para informarse recíprocamente de los trabajos que sobre el idioma realicen, y mantendrán constantemente canje de todas sus publicaciones.

Carlos Obligado,
Académico Secretario.

Carlos Ibarguren,
Presidente.

Elección de Académico de número. — La Academia, en junta secreta del 17 de julio, acordó elegir al señor Arturo Capdevila académico de número para ocupar el sillón «José Manuel Estrada», vacante por fallecimiento del señor Juan B. Terán. El señor Capdevila aceptó esta designación por oficio del 21 de julio dirigido al señor Presidente.

Trasmisiones radiotelefónicas. — La Academia recibió un oficio del señor Director General de Correos y Telégrafos, doctor Horacio C. Rivarola, en el cual solicitaba la cooperación de este Cuerpo en las trasmisiones de la Estación Radiotelefónica del Estado. Con tal motivo, en junta del 14 de agosto acordó contestar en los siguientes términos :

Buenos Aires, 8 de septiembre de 1941.

Señor Director General de Correos y Telégrafos de la Nación, doctor don Horacio C. Rivarola.

S/D.

Tengo el agrado de dirigirme a usted en nombre de la Academia Argentina de Letras, que me honro en presidir, y de comunicarle que esta Corporación ha recibido su oficio DR n° 12462, en el cual solicita la colaboración de este Cuerpo para llevar a cabo un plan sistemático de disertaciones por medio de la Estación Radiodifusora del Estado.

La Academia ha considerado su iniciativa y en su última sesión acordó prestar el concurso necesario para la realización de ese proyecto. La Academia resolvió, en consecuencia, proponer a esa Dirección transmitir quincenalmente, durante media hora, breves disertaciones y noticias de interés, y además, de una manera especial, los discursos académicos que se pronuncien en actos de recepciones solemnes, y las conferencias públicas que esta Corporación realice.

A fin de concertar los pormenores relacionados con las trasmisiones se ha comisionado al señor Virgilio O. Sordelli, empleado de esta Academia, para que se ponga en contacto con la persona encargada de organizar los programas de trasmisiones.

Saludo al señor Director General con mi más distinguida consideración.

Carlos Ibarguren.
Presidente.

Consulta acerca de la palabra *debenture*. — A una consulta acerca de la palabra *debenture*, formulada por el señor Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Dimas González Gowland, la Academia, en junta del 14 de agosto, dió la respuesta que se transcribe a continuación :

Buenos Aires, 20 de agosto de 1941.

Señor Decano de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, doctor Dimas González Gowland.

S/D.

Tengo el agrado de dirigirme al señor Decano y de comunicarle que la Academia Argentina de Letras, que me honro en presidir, ha considerado en su última sesión la consulta por usted formulada en su oficio número 343 acerca de la palabra *debenture*. Esta Academia en la misma junta acordó contestar que :

« La palabra *debenture* es un tecnicismo jurídico que designa con precisión una clase especial de obligaciones emitidas por las sociedades anónimas y en comandita por acciones, y las administraciones autónomas del Estado, legisladas por la ley número 8875, del 23 de febrero de 1912. A pesar del origen latino del vocablo, del latín *debentur*, es un anglicismo porque el lenguaje jurídico lo ha tomado del inglés. Como los equivalentes castellanos que pudieran proponerse, tales como *obligación*, *vale*, *certificado*, *título*, *cédula*, etc., no expresan con análoga precisión lo que designa la voz *debenture*, debe considerarse que no existe otra palabra que la reemplace exactamente en idioma castellano; por lo tanto, es de uso correcto ».

Dejo así contestada su consulta y saludo al señor Decano con mi más distinguida consideración.

Carlos Ibaiguren,
Presidente

Consulta acerca de la ortografía de la palabra *Velasco*. — La Academia fué consultada por el señor Intendente Municipal de La-Rioja acerca de este punto, y en junta del 14 de agosto acordó contestar como sigue :

Buenos Aires, 20 de agosto de 1941.

Señor Intendente Municipal de La Rioja, don Rafael Torres.

La Rioja

Tengo el agrado de dirigirme a usted y de comunicarle que he recibido su oficio del 9 de julio en el cual consulta a esta Academia acerca de la ortografía de la palabra Velasco, si debe escribirse con *s* o con *z*.

Esta Corporación ha estudiado su consulta en su última sesión y ha resuelto comunicar a usted que el apellido del conquistador don Juan Ramírez de Velasco debe escribirse con *s* ajustándose a la ortografía que el propio personaje usó en su firma.

Dejando así contestada su consulta saludo a Vd. muy atentamente.

Carlos Ibarguren,
Presidente.

Consulta acerca de las construcciones pasivas con *se*. — Consultada la Academia acerca de esta cuestión, acordó aprobar el informe del señor Luis Alfonso y contestar en los términos siguientes :

Buenos Aires, 20 de agosto de 1941.

Señor Presidente de la Comisión Nacional de la Unificación de Materiales, Vicealmirante don Francisco Stewart.

S/D.

Tengo el agrado de dirigirme a usted en nombre de la Academia Argentina de Letras, que me honro en presidir, y de comunicarle que esta Corporación ha considerado su consulta del 13 de junio del corriente en la cual pregunta acerca de las construcciones gramaticales de *se* con pasiva. Estudiado el punto en su última junta, acordó esta Corporación responder en los términos del informe adjunto.

Dejando así contestada su consulta, saludo a usted con mi más distinguida consideración.

Carlos Ibarguren,
Presidente.

CONSTRUCCIONES PASIVAS CON « SE »

Las oraciones como *se extraerán muestras de cinco de ellos, se inspeccionarán las condiciones del envase, etc.*, están constituidas por la forma *se* del pronombre de tercera persona, un verbo en voz activa y un sustantivo de cosa solo o acompañado de complementos. Se ha discutido si en estas oraciones, llamadas pasivas reflejas o, según Bello, cuasi-reflejas, el sujeto es el pronombre *se* o el sustantivo y si, en consecuencia, el verbo debe ir en singular o en plural. La historia de estas construcciones demuestra que el sustantivo de cosa, originariamente complemento directo, se ha convertido en sujeto de la oración y que el pronombre *se* no es más que el signo de la voz pasiva no expresada por la forma verbal ¹. El verbo debe concordar con el sujeto gramatical: ha de decirse, por lo tanto, *se extraerán muestras, se inspeccionarán las condiciones* y no *se extraerá muestras, se inspeccionará las condiciones*. Es la regla seguida por todos los buenos escritores de todas las épocas, desde el origen del español hasta nuestros días: « Et otrosí por este cuento, segunt dixieron los santos, hobo Santa Maria siete placeres muy grandes, del su fijo, que *se cantan* en santa elesia » (Alfonso el Sabio, *Partidas*, prólogo). « Aquel portillo *se guarde*; aquella puerta *se cierre*; aquellas escalas *se tronquen*! ¡ Vengan alcancías; pez y resina en calderas de aceite ardiendo! ¡ *Trinchéense* las calles con colchones! (Cervantes, *Quijote*, parte segunda, cap. LIII). « Debe huir como peste las riquezas, porque ellas *se pretenden* con trabajo, *se adquieren* con dificultad, *se guardan* con desvelo, *se poseen* con peligro, y *se pierden* con grave dolor » (Francisco Núñez de Cepeda, *Empresas Sacras*, empresa 3o). « Libreme de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo *se pone* la mesa decente para los invitados, en que creen hacer

¹ V. FEDERICO HANSEN, *La pasiva castellana*, en *Anales de la Universidad de Chile*, CXXXI (segundo semestre de 1922), 97-112 y 507-514 y AMÉRICO CASTRO, *Una cuestión gramatical tratada históricamente*, en *La Enseñanza del Español en España* (Madrid, Victoriano Suárez, 1922), 39-53.

obsequios cuando dan mortificaciones, en que *se hacen* finezas, en que *se dicen* versos » (Larra, *El castellano viejo*). « Lo que más me interesó en la fábrica de géneros de punto, fueron las ingeniosas y variadas máquinas con las cuales *se han resuelto* los problemas de tejer el pie de la media » (Emilia Pardo Bazán; *Por la Europa Católica*). « Mas no hace falta conquista, ni la conquista purifica, porque a su pesar y no por ella, *se civilizan* los pueblos » (Miguel de Unamuno, *Ensayos*, I, 23). « *Se alzan* lamentos sobre la descastación de nuestra lengua » (*Ídem*, 35). « Los faroles *se encendían* en la calle a eso de las tres de la tarde » (Pío Baroja, *La Ciudad de la Niebla*). « En la vida española ha debido haber una época magnífica : la época en que *se construyen* las grandes plazas con soportales » (José Ortega y Gasset, *El Espectador*). « Hay calles de herbolarios, donde *se venden* raíces y yerbas de salud » (Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac*).

No obstante, a veces se encuentran ejemplos de verbos en singular, sobre todo en la lengua hablada. Esto se debe a diferentes causas : a la repugnancia popular por el uso de la pasiva, que ya se nota en latín; a la analogía con construcciones en las que el verbo se refiere a personas y no a cosas y especialmente a la influencia francesa de las oraciones con *on*. En estas últimas, *on* es el sujeto, porque proviene de *homo*, que también podía serlo en latín. En castellano antiguo se empleaba con este sentido el vocablo *omne* 'hombre' : « Por la piedad de Dios et por buen consejo / Sale *homne* de coita, et cumple su deseo » (Don Juan Manuel, *El Conde Lucanor*, enxemplo I). Esta construcción ha caído en desuso. Solemos emplear a veces, en lugar suyo, el pronombre *uno*¹, pero en general, la falta de un pronombre personal indefinido se remedia en castellano con la construcción refleja impersonal. El francés *on chante* se traduce por *se canta*. Eso no implica que la oración francesa *on vend des légumes* deba traducirse por *se vende legumbres* (y no *se venden legumbres*); en aquella la construcción es recta y el verbo, en singular, concuerda

¹ « La verdad es que no sabe *uno* cuál calle tomar » (JOSÉ ORTEGA Y GASSET, *op. cit.*).

con el sujeto *on*; en ésta la construcción es pasiva refleja y el verbo, en plural, concuerda con el sujeto *legumbres*. Julio Casares observa atinadamente que, también en francés, las oraciones pasivas con *se* llevan el verbo en plural cuando el sujeto pertenece a este número: se dice *les chapeaux blancs ne se portent plus* y no *les chapeaux blancs ne se porte plus*¹.

Consulta acerca del significado de las palabras *muebles* y *etcétera*.

— La Academia, en junta del 28 de agosto, consideró la consulta acerca de las palabras citadas, aprobó el informe preparado por el señor Luis Alfonso y acordó contestar en los términos del mismo a la consulta del señor Juez en lo Comercial de la Capital. doctor Luis Gómez Molina. El informe dice así:

MUEBLE

La palabra *mueble* tiene en castellano dos acepciones:

1°. Como sustantivo y adjetivo designa los bienes que pueden trasladarse de una parte a otra, sea por sí, sea en virtud de una fuerza exterior a ellos, a diferencia de las cosas inmuebles o bienes raíces, que están fijos en un lugar determinado: «Decimos otrosi que cosa *mueble* es la que home puede llevar o mandar de una parte a otra, o se mueve ella por sí misma» (*Partida VII*, tít. 33, ley 10). «Ya en este tiempo era muerto el padre de nuestro Crisóstomo, y él quedó heredado en mucha cantidad de hacienda, así en *muebles* como en raíces (Cervantes, *Quijote*, parte primera, cap. XII). La distinción entre cosas muebles e inmuebles se basa en el hecho de que puedan ser transportadas o no.

2°. Como sustantivo significa cada uno de los enseres, efectos o alhajas que sirven para comodidad o adorno de una casa: «Entretanto vivía doña Luz en el caserón de don Asiselo, donde tenía holgada e independiente habitación, y donde había traído, para adornarla, sus más bonitos y preciosos *muebles* y sus libros mejores» (Juan Valera, *Doña Luz*, cap. II).

¹ JULIO CASARES, *Crítica Profana*, en *Obras Completas*, I, 289.

ETCÉTERA

Etcétera, del latín *et* 'y' y *cetera*, plural de *ceterum* 'lo demás, lo que falta, todo el resto de', es un sustantivo que se emplea para interrumpir el discurso indicando que en él se omite lo que quedaba por decir: «¿No has rezado en la festividad de Sant Juan, do dize: las mugeres é el vino hazen los hombres renegar; do dize: ésta es la muger, antigua malicia que a Adán echó de los deleytes de parayso; ésta el linaje humano metió en el infierno; a ésta menospreció Helias propheta, *etcétera*?» (*La Celestina*, aucto primero).

✓ Ésta es la acepción que tiene en el artículo 1º, inciso 27 y en el artículo 55 de la ley 11288. Cuando el artículo 1º de esta ley establece que «en la Capital y Territorios Nacionales y Distritos de jurisdicción federal, regirá el impuesto de patentes para los ramos de comercio e industrias y las profesiones enumeradas en esta ley» y que, de acuerdo con el inciso 27, el impuesto que abonará la «casa de préstamos prendarios sobre alhajas, muebles, etcétera», será de 5.000 a 20.000 pesos, no cabe más que una interpretación lingüística: la que comprende en el vocablo *etcétera* todas aquellas cosas que puedan ser objeto de préstamos prendarios, excepción hecha de las alhajas y de los muebles, que la ley designa expresamente con sus nombres. Igual sentido se da a la abreviatura *etc.* en el texto del artículo 55.

Dejando así contestada la consulta formulada por V.S. lo saludo con mi mayor consideración.

Carlos Obligado,
Académico Secretario.

Carlos Ibarguren,
Presidente.

210
1
Mensaje de la Sociedade de Homens de Letras do Brasil. — La Academia, en junta del 28 de agosto, dió lectura a un mensaje de confraternidad que la «Sociedade de Homens de Letras do Brasil» envió a esta Academia por intermedio de la doctora Adalzira Bittencourt. Dicho mensaje fué contestado en los siguientes términos:

Buenos Aires, 3 de septiembre de 1941.

Al señor Presidente de la « Sociedade de Homens de Letras do Brasil ».

Rio de Janeiro.

En nombre de la Academia Argentina de Letras, que me honro en presidir, tengo el agrado de comunicar a usted que he recibido de manos de la ilustre escritora brasileña, doctora Adalzira Bittencourt, un mensaje de solidaridad intelectual de la « Sociedade de Homens de Letras do Brasil », en el cual se expresa el elevado propósito de intensificar las relaciones literarias entre el Brasil y la Argentina.

La Academia Argentina de Letras oyó en la última sesión con la más viva complacencia la lectura de tan expresiva manifestación de simpatía intelectual y de deseo de colaboración en el orden cultural, y por unánime acuerdo resolvió contestar el mensaje y encomendarle a la doctora Bittencourt lo ponga en las manos de usted.

Hondamente vinculados los pueblos argentino y brasileño estrechan cada vez más sus relaciones en lo espiritual, intelectual y material, dando así prueba inequívoca de interpretar en todo su alcance la importancia que esta colaboración tiene en el desenvolvimiento de ambos países.

Sea este mensaje portador del profundo agradecimiento de la Academia Argentina de Letras y del mío propio, a las expresiones del mensaje de esa Sociedad, cuyos altos conceptos retribuyo.

Ruego al señor Presidente quiera transmitir con este mensaje un fraternal saludo a todos los miembros de esa entidad de parte de todos y cada uno de los académicos argentinos.

Saludo al señor Presidente con mi más distinguida consideración.

Carlos Obligado,
Académico Secretario.

Carlos Ibarguren,
Presidente.

NOTICIAS

Sesión en honor del señor José María Pemán. — Como había sido acordado anteriormente, la Academia Argentina de Letras celebró sesión en honor del señor José María Pemán, miembro de la Real Academia Española, el jueves 19 de junio. Concurrieron a esta sesión, especialmente invitados, el Excmo. señor Embajador de España Almirante Antonio de Magaz, acompañado del señor Ministro Consejero don Buenaventura Caro y del Arroyo. del Agregado Cultural Profesor Pedro Ara Sarría y del Agregado de Prensa señor Ignacio Ramos Rey.

Estuvieron presentes los señores Académicos Rafael Alberto Arrieta, Juan Álvarez, Enrique Banchs, Leopoldo Díaz, B. Fernández Moreno, Mons. Gustavo J. Franceschi, Bernardo A. Houssay, Carlos Ibarguren (Presidente), Gustavo Martínez Zuviría, Álvaro Melián Lafinur, Carlos Obligado (Académico Secretario), José A. Oría, José León Pagano, Juan P. Ramos, Matías G. Sánchez Sorondo, Eleuterio F. Tiscornia, Mariano de Vedia y Mitre y Juan Alfonso Carrizo.

El señor Presidente declaró abierta la sesión y dió la bienvenida al señor Pemán, quien contestó con un elocuente discurso. Ambos oradores fueron calurosamente aplaudidos. Las dos disertaciones se publican en este número del *Boletín*. Acto continuo el señor Presidente invitó al señor Pemán a concurrir a una sesión próxima con el objeto de trazar un plan de colaboración entre la Academia Argentina de Letras y la Real Academia Española.

Recepción del señor Académico Enrique Banchs. — Según había sido resuelto, la recepción del señor Académico de número don Enrique Banchs, que ocupa el sillón « Olegario V. Andrade », se efectuó el jueves 31 de julio. Ésta, como las anteriores recepciones, se celebró en la sede de la Academia, Avenida Alvear 2802, en el gran « hall » del palacio.

Presidió esta sesión el titular don Carlos Ibarguren, y concurren los señores Académicos Enrique Banchs, Arturo Capdevila, Ramón J. Cárcano. Juan Pablo Echagüe, Martín Gil, Roberto F. Giusti, Bernardo A. Houssay, Arturo Marasso, Álvaro Melián Lafinur, Carlos Obligado, José A. Oría, José León Pagano, Mariano de Vedia y Mitre y Pedro Henríquez Ureña.

Concurrieron, especialmente invitados, numerosos miembros del cuerpo diplomático acreditado ante el Gobierno de la Nación, altos magistrados, miembros del clero, personalidades de las letras y un calificado y numeroso público.

Después de declarar abierta la sesión el señor Presidente, el señor Académico de número don Roberto F. Giusti pronunció el discurso de bienvenida en nombre de la Academia, en el que hizo un penetrante estudio de la personalidad literaria del señor Banchs. Acto continuo, el nuevo Académico leyó su discurso de recepción. Ambas disertaciones, que fueron muy aplaudidas, pueden leerse en este número del *Boletín*.

Conferencia del señor Juan Pablo Echagüe. — El viernes 1° de agosto la Academia celebró sesión pública para escuchar la conferencia del señor Académico de número don Juan Pablo Echagüe acerca del tema : *El amor en la literatura. Edgar Poe y Virginia Clemm*. Asistió numeroso público, que aplaudió calurosamente al orador. El discurso del señor Echagüe, que se transmitió por la Estación Radiodifusora Municipal, aparece en este número del *Boletín*.

